
HEATHER
BOYD
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
SANTOS Y PECADORES
EL SOLTERO DE AL LADO

EL SOLTERO DE AL LADO

SANTOS Y PECADORES
LIBRO 2

HEATHER BOYD

HEATHER-BOYD.COM

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

Acerca del Autor

Derechos de autor © 2025 by Heather Boyd
Edición en español

Reservados todos los derechos. Este libro o cualquier parte del mismo no puede reproducirse ni utilizarse de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan en broma. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

CAPÍTULO UNO

1 de abril de 1819

Tener fama de poseer un carácter afable y no tener otras responsabilidades era una maldición que debía soportarse en una reunión campestre. Gideon se abría paso por la asfixiante taberna, con el sudor corriendo por su espalda mientras llevaba dos bebidas a través de la bulliciosa multitud de dolientes. Decidido a no derramar ni una sola gota, lo que significaría tener que empezar de nuevo, se concentró en su tarea e ignoró las miradas evaluadoras que le lanzaban.

El difunto señor Grieves había sido muy apreciado y parecía que todo el distrito había acudido a compartir el duelo en la taberna del pueblo. *Todos*, desafortunadamente, incluían a unas cuantas viudas de más, o esposas con hijas en edad casadera en busca de marido.

Ser el único soltero en una multitud era una experiencia incómoda a la edad de Gideon.

—Aquí tiene, señora —murmuró a la señora Hawthorne mientras le entregaba el ponche, y luego miró alrededor buscando a la joven señorita Natalia Hawthorne. Al no verla de inmediato, se quedó con su vaso.

La señora Hawthorne estiró el cuello para mirar más allá de él.

—¿Qué ha sido de mi marido, señor Whitfield?

Gideon miró por encima de su hombro sorprendido. El señor Hawthorne, que llevaba dos jarras de cerveza, había desaparecido. Gideon reprimió un gemido. Hawthorne debía de haberse escabullido afuera en lugar de regresar con su esposa.

—Estoy seguro de que volverá en cualquier momento.

Gideon no tuvo más remedio que permanecer en el calor opresivo con la señora Hawthorne, al menos hasta que la señorita Hawthorne regresara para tomar su vaso de ponche. Estudió la multitud de nuevo, preguntándose dónde se habría metido la chica esta vez. Natalia Hawthorne tendía a desaparecer del lado de su madre con una frecuencia alarmante.

Los labios de la señora Hawthorne se apretaron con fuerza y él desvió la mirada. Ella estaría, por supuesto, disgustada porque su marido había abandonado la abarrotada taberna sin atender a la comodidad de su familia. Se decía que las esposas eran muy combativas, no es que él lo supiera por experiencia personal. Nunca se había casado. Pero había escuchado alguna que otra discusión, quejas susurradas y cosas así, de conocidos masculinos. Nunca se les permitía un momento de paz. Aun así, hoy, el señor Hawthorne estaba muy equivocado.

Buscó a la hija discretamente una vez más. Nunca debería haber hecho esa tonta promesa de vigilar a Natalia Hawthorne.

Se acercó a la señora Hawthorne.

—¿Adónde ha ido?

La señora Hawthorne le dio una palmadita en el brazo.

—Está sentada con la señora Grieves, justo detrás de usted.

—Ah, bien. —Miró por encima del hombro y, efectivamente, la chica —o mujer, debería decir ahora, porque llevaba dos años presentada en sociedad— estaba hablando seriamente con la recién enviudada, que parecía estar llorando de nuevo.

—Es usted muy amable al preocuparse —dijo la señora Hawthorne—. Significa mucho para nuestra familia que se interese por nosotros cuando no tiene ninguna obligación.

Gideon no estaba emparentado con los Hawthorne, pero eran amigos de *sus* amigos ausentes, y por lo tanto importantes. Había intentado asegurarse de que las damas Hawthorne no se desmayaran de sed en este calor espantoso. ¿Qué más se podía esperar de un soltero?

Nada. Miró el vaso de ponche en su mano con una sonrisa irónica, deseando que fuera la cerveza que el señor Hawthorne se había llevado.

—Debe de anhelar reunirse con los caballeros en el exterior —murmuró la señora Hawthorne, con los labios curvándose en una media sonrisa. El acto de sonreír, olvidando el descuido de su marido, transformó su rostro, haciéndola parecer una mujer muy alegre. Recordó que una vez había sido así todo el tiempo. Al menos, al principio de su matrimonio lo había sido.

—En absoluto —murmuró él.

Su sonrisa se ensanchó.

—Mi querido señor Whitfield, qué terrible mentiroso es usted.

—No, no. No digo más que la verdad —prometió—. No hay ningún otro lugar donde preferiría estar.

La señora Hawthorne rio suavemente.

—Usted, señor, es la mejor compañía cuando el ánimo de una mujer está por los suelos. Gracias por acompañarme.

—Feliz de ser de utilidad —prometió.

—Oh, ¿sigue usted aquí? —Natalia Hawthorne apareció a su lado, extendiendo la mano para tomar la copa de ponche destinada a ella, con el desagrado curvando sus labios hacia abajo—. Gracias.

Él le entregó el vaso sin decir palabra.

La señorita Hawthorne lo miró por encima del borde de su copa, entrecerrando los ojos.

—No tiene que quedarse hoy.

—Puede que tenga razón. —Sonrió—. Me alegra observar que todos los sinvergüenzas parecen haber evitado el velatorio.

—Eso no es nada por lo que alegrarse —refunfuñó la señorita Hawthorne en voz baja—. No puedo reformar a un calavera si ninguno de ellos se presenta para empezar.

Él asintió solícitamente. Reformar a un calavera era todo de lo que hablaba la señorita Hawthorne.

—Encontrar marido nunca es fácil, según tengo entendido.

—En efecto, está usted en lo cierto —murmuró la señora Hawthorne—. Los mejores cónyuges son a menudo los más difíciles de atrapar.

—Eso es lo que todos me dicen. —Gideon no estaba muy seguro de qué tipo de carácter merecía atrapar a la señorita Hawthorne, pero pensó que más le valdría tener paciencia de sobra. La mujer hablaba sin tapujos y admiraba abiertamente a los caballeros más jóvenes.

¿Por qué Lady Jessica Westfall, la hija de su mejor amigo, el Duque de Stapleton, le había suplicado que ayudara a Natalia a conseguir un marido mientras ella estaba en Londres disfrutando de su primera temporada? ¿Había sido puramente para torturarlo desde lejos?

Lo más probable, aunque ella probablemente no lo viera así.

La señora Hawthorne estiró el cuello para mirar por la habitación de nuevo.

—Aún no he visto a la hermana de la señora Napier. Estaba segura de que la señora Beck haría acto de presencia.

Gideon frunció el ceño.

—¿Quién?

La señora Hawthorne chasqueó la lengua.

—La hermana viuda de la señora Napier ha venido a vivir con ella por fin. Se lo conté todo la semana pasada cuando vino de visita. Qué tragedia perder a un marido a una edad tan temprana, y además tiene dos hijos que necesitan la influencia estabilizadora de un padre.

—Oh, sí. —Napier tenía las manos llenas, y Gideon recordaba parte de la conversación, ahora que pensaba en el asunto, pero apenas conocía a los implicados como para sentir el mismo nivel de preocupación que la señora Hawthorne aparentemente sentía. Extendió la mano para tomar su vaso vacío—. Muy triste, en efecto. Si me disculpan...

—Sí, sí. Vaya, pero nosotras, por supuesto, debemos quedarnos por el bien de la pobre señora Grieves.

Aceptó también el vaso vacío de la señorita Hawthorne, dirigiéndose ansiosamente hacia la mesa de refrescos y la puerta que conducía a la libertad. Desafortunadamente, se topó de lleno con la señora Napier antes de lograr su objetivo.

—¡Señor Whitfield! —exclamó ella emocionada.

—Señora —saludó cortésmente a la matrona con un gesto de cabeza, pero sin verdadero interés en iniciar una conversación. Miró hacia la puerta con anhelo, y su corazón dio un vuelco al vislumbrar una figura bien formada bloqueando su camino. Por un momento, la esperanza floreció en su pecho. Sin embargo, la pequeña mujer, tan pálida que casi parecía translúcida con la luz del sol brillando detrás de ella, era de hecho una desconocida para él.

El pueblo no era tan grande como para que los rostros nuevos no fueran instantáneamente el centro de atención. Esta mujer era diez veces más hermosa que las recién llegadas anteriores, y su sonrisa confiada insinuaba que sabía que era atractiva.

—Señor Whitfield, permítame presentarle a mi hermana, la señora Alice Beck, anteriormente de Bath —murmuró la señora Napier a su lado.

Por un momento, se sintió frustrado de que su escape se viera nuevamente retrasado, pero luego recuperó sus modales y ofreció una pequeña reverencia.

—Es un placer conocerla.

—Lo mismo digo, señor —dijo suavemente la señora Beck—. He oído mucho sobre usted desde mi llegada.

Él se rio, pero sintió nervios saltando en su interior.

—Todas cosas buenas, espero.

—Las mejores —sonrió y un encantador par de hoyuelos adornaron sus mejillas—. Mi cuñado me estaba contando durante el desayuno que su interés por la botánica es conocido hasta en Londres.

—Dudo que tan lejos, pero soy miembro de la Real Sociedad de Horticultura. ¿Tiene usted interés en el tema?

La señora Beck se acercó un poco más.

—En muchas cosas, señor. Me encantaría ver los especímenes que cultiva. También he oído que tiene una asombrosa variedad de invernaderos.

—En efecto, los tengo, pero muchos menos que los que presume la finca del Duque de

Stapleton.

Ella le sonrió radiante, mostrando nuevamente esos hoyuelos.

—Me encantaría traer a mis hijos, si puede soportar el ruido de dos niños menores de diez años haciéndole mil preguntas.

La señora Napier se acercó más, y Gideon se sintió completamente acorralado.

—El señor Whitfield tiene la paciencia de un santo cuando se trata de niños.

La señora Beck sonrió.

—¿Tiene usted familia?

—No, ninguna.

La sonrisa de la señora Napier se ensanchó.

—Ninguna propia, pero está estrechamente relacionado con el Duque de Stapleton y sus hijos, sobre lo cual te he escrito antes, estoy segura.

—Sí, recuerdo algo al respecto.

A Gideon no le gustaba cuando la gente comentaba sobre su amistad con el duque. Rara vez hablaba de la familia con otros.

—Los hijos del duque ya son adultos —le dijo a la señora Beck, para asegurarse de que no hubiera malentendidos sobre las edades de los *niños* Westfall.

La señora Beck asintió.

—¿Viven cerca?

—¿Los Westfall? Cielos, no —Gideon movió los pies un poco y luchó contra el impulso de aflojarse el pañuelo del cuello—. Cada uno se mudó hace años.

—¿Tiene alguna noticia sobre el éxito de la temporada londinense de Lady Jessica? —preguntó la señora Napier.

Él negó con la cabeza.

—No he recibido noticias de una boda todavía.

Pero había estado esperando una carta de alguien de la familia cualquier día. Lady Jessica Westfall seguramente conquistaría corazones dondequiera que fuera.

La señora Beck se llevó la mano a la frente repentinamente.

—Hace mucho calor aquí dentro, ¿verdad?

—En efecto. Justo iba de salida por esa razón. Vi a unas damas afuera hace un rato, donde está más fresco. Vi sillas si le gustaría sentarse a la sombra —Acompañar a la señora Beck y a la señora Napier hasta allí también le ayudaría a escapar más rápido.

La señora Beck sonrió radiante, pero la señora Napier declinó acompañarlos, aunque prometió seguirlos.

Al quedarse solo con la señora Beck, Gideon permaneció indeciso. Se había maniobrado a sí mismo en otra situación donde tenía que hacer de acompañante. ¿Alguna vez aprendería a morderse la lengua?

—Le estaría muy agradecida por su compañía, señor —murmuró la señora Beck.

Sin otra opción, asintió.

—Muy bien.

Acompañó a la señora Beck a sentarse en una silla a la sombra, pero permaneció de pie.

—¿Mejor?

—En efecto —La señora Beck le mostró nuevamente sus hoyuelos y abrió un delicado abanico. Lo agitó frente a su rostro, pero sus ojos estaban fijos en los de él—. Realmente aprecio su ayuda hoy. Venir a vivir a un nuevo lugar no es fácil. Mi hermana quiere que me sienta como en casa aquí, pero estas ocasiones traen tantos recuerdos desagradables.

—Ah, sí —murmuró él. *Viuda*. Mediría sus palabras cuidadosamente a menos que quisiera ser responsable de un ataque de lágrimas—. ¿Hace cuánto tiempo falleció su esposo?

—Hace más de un año ya —Ella miró alrededor, con los labios hacia abajo—. Vivimos con su hermano y su esposa por un tiempo, y luego mi hermana me mandó a buscar. Es mejor vivir en un lugar que no guarde recuerdos de él.

Él sonrió rápidamente.

—Lo entiendo.

Ella se volvió hacia él rápidamente.

—¿Usted también ha perdido a alguien que ama?

—No. Nunca me casé —Negó con la cabeza—. Sin embargo, un buen amigo mío enviudó hace años y le tomó mucho tiempo recuperarse de la pérdida. Recientemente volvió a casarse y ahora es muy feliz.

—Entonces hay esperanza para mí —dijo ella, y luego suspiró.

—Estoy seguro de que la hay —prometió. Una mujer como la señora Beck, tan bonita, tan obviamente necesitada de apoyo para sus hijos, no sería pasada por alto. Pronto sería arrebatada por cualquiera que pudiera permitirse su manutención.

La señora Beck se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Ojalá tuviera su confianza, pero la seguridad de una mujer es algo caprichoso. Tanto de lo que sucede está fuera de nuestro control.

Gideon levantó la mirada cuando escuchó que alguien llamaba su nombre con urgencia.

Natalia Hawthorne irrumpió afuera, con los ojos muy abiertos mientras miraba alrededor. La señora Napier se cernía detrás de ella.

—Señor Whitfield, aquí está —reprendió la señorita Hawthorne mientras se sacudía el agarre de la señora Napier y se apresuraba hacia él—. Me preguntaba si estaría listo para acompañarnos a mamá y a mí a casa ahora.

Él parpadeó y se preguntó si la señorita Hawthorne habría probado la cerveza hoy. Él no era su acompañante. Había venido solo y tenía la intención de irse solo también.

—¿Dónde está su padre?

La señorita Hawthorne se inclinó para susurrarle al oído.

—Necesito su ayuda. Por favor, no discuta.

Él suspiró. Lo más probable es que ayudar a la señorita Hawthorne implicara describir a algún pobre y apuesto joven sobre el que la chica debía saberlo todo inmediatamente. Eso era mejor hacerlo cuando nadie pudiera escuchar sus atrevidas preguntas.

Consideró la petición. Había hablado con la señora Grieves, ofrecido su simpatía y apoyo, no es que ella estuviera sola en el mundo. Había poco más que pudiera hacer aquí hoy.

—Muy bien.

Se volvió hacia la señora Beck, quien se había levantado y ahora lo miraba con los ojos entrecerrados. Últimamente, muchos lo miraban de esa manera, a menudo cuando Natalia Hawthorne estaba cerca también.

Hizo una reverencia a la señora Beck. —Me temo que debo disculparme. Parece que me necesitan en otro lugar.

—Estoy segura de que así es —murmuró la señora Beck, con una sonrisa forzada en los labios—. Espero volver a verle pronto, señor.

—Estoy seguro de que nos encontraremos de nuevo pronto —asintió él. Hizo un gesto con la cabeza a la señora Napier—. Que tenga un buen día, señora.

La señorita Hawthorne enlazó su brazo con el de él. —Adiós, señora Beck. Señora Napier.

—Señorita Hawthorne —dijo la señora Beck con un gesto tenso.

Gideon se dejó guiar hacia el camino antes de volver a hablar. —Eso apenas fue cortés. ¿A qué viene tanta prisa?

—Sabe exactamente lo que pretendo. Me hice una promesa a mí misma de proteger los intereses de Lady Jessica.

Jessica se había ido hacía meses, y su vida era mucho más tranquila por su ausencia. —¿Qué promesa?

—La que te mantiene soltero.

Detuvo a la joven de inmediato. —Las únicas promesas intercambiadas fueron para ayudarte a encontrar un marido digno.

—Bueno, hice una enmienda al acuerdo original sin decírselo a ninguno de los dos. Es lo mejor, de verdad. Pretendo protegerte de cualquier dama que intente aprovecharse de tu bondadosa naturaleza. —Frunció el ceño cuando su madre se unió a ellos. La señora Hawthorne estaba jadeando, y Natalia Hawthorne lo soltó por fin para ir a su lado—. ¿Estás bien, mamá?

—Sí, por supuesto —dijo, pero lanzó una expresión amarga hacia el grupo de hombres que bebían hasta la inconsciencia en la distancia. Gideon notó que el señor Hawthorne se escabulló rápidamente.

—El señor Whitfield se ha ofrecido a acompañarnos a casa, mamá. ¿No es una noticia maravillosa?

Gideon trató de no poner los ojos en blanco ante esa mentira. —Ya iba de camino a casa.

La señora Hawthorne, con el rostro más rojo de lo que podía ser saludable, no pensó en cuestionar la audaz afirmación de su hija. —Oh, esas son buenas noticias, porque mis queridos, estoy muerta de cansancio por este calor.

No hacía tanto calor afuera, e intercambió una mirada preocupada con la señorita Hawthorne. Afortunadamente, el camino a la residencia de los Hawthorne era corto, y la señora Hawthorne desapareció dentro casi tan pronto como él la instó a entrar.

La señorita Hawthorne, sin embargo, se demoró junto a la verja, con los ojos llenos de preocupación.

—¿Su madre no se encuentra bien?

—Oh, mamá está bien. Estos episodios van y vienen. Nada de qué preocuparse, y debo agradecerle nuevamente por acompañarnos a casa hoy.

—Y sin embargo, sigue frunciendo el ceño.

—Estoy un poco preocupada. —Lo miró un largo momento, con expresión evaluadora, antes de hablar—. Me di cuenta hoy de que usted es un caballero de hábitos tan retraídos que puede haberse confundido sobre su atractivo para el sexo opuesto.

Usualmente, la única preocupación de la señorita Hawthorne al hablar con él era el atractivo de otros hombres, y cómo podría conquistarlos. Retrocedió rápidamente. —Espero que no haya puesto ahora sus miras en mí como marido.

—¡Jamás me atrevería! —Pero luego suspiró—. Pero debo advertirle que la *pobre señora Beck* no es una viuda afligida. Se dice que es una *Viuda Alegre*. ¿Sabe lo que eso significa, verdad? Escuché a mamá y a su amiga, la señora Clay, hablando de ella ayer. Creo que la señora Beck vino al velorio con el expreso propósito de conocerle a usted, nuestro soltero más codiciado. ¿No le pareció extraño que se le presentara a usted primero, señor, y no se acercara a la señora Grieves?

Negó con la cabeza, asombrado por tal ridícula especulación. —La señora Beck también sintió el calor hoy, y quizás se distrajo con mi sugerencia de que tomara aire. Estoy seguro de

que no pretendía ofender a la señora Grieves.

—Creo que pretende conquistarle. —La señorita Hawthorne alzó una ceja altiva—. Confío en que no necesito deletreárselo también.

—No, no es necesario —dijo bastante indignado—. ¿De dónde saca estas ideas ridículas?

—Oh, no se altere, señor Whitfield, y no me mire como si me lo estuviera inventando. Sé lo que sé y veo. La señora Beck es una mujer decidida a seducirle.

Se pellizcó el puente de la nariz, sin encontrar nada divertido en la conversación. Natalia Hawthorne se estaba convirtiendo en una mujer controladora. Igual que su madre. —Mi vida privada realmente no es asunto suyo —dijo firmemente, esperando poner fin a la discusión.

La señorita Hawthorne se enderezó, con los ojos muy abiertos. —Usted es el muy buen amigo de mi amiga. Debería avergonzarse.

—¿De qué? No he hecho nada. —No había razón para que Gideon viviera una vida casta, pero había elegido el camino del celibato años atrás sin arrepentimiento. Natalia Hawthorne no tenía derecho a cuestionar sus intenciones si *él* no lo hacía—. Y si alguna vez hiciera *algo* como usted sugiere que estoy considerando, será enteramente asunto mío.

La señorita Hawthorne frunció el ceño severamente. —A Lady Jessica no le gustará esta situación cuando se entere. Es su cumpleaños.

Lady Jessica Westfall estaría casada con un par a estas alturas, o lo estaría muy pronto, y él se contentaría con saber que estaría celebrando en buena compañía. —Lo que suceda en mi vida personal difícilmente podría ser de interés para la hija del duque.

CAPÍTULO DOS

16 de abril de 1819

Mansión Stapleton

—Te aseguro que Lord James y yo nunca haremos pareja —insistió Jessica mientras terminaba de desempacar sus pertenencias en su tocador en la Mansión Stapleton y luego miró alrededor—. Estoy segura de que se casará con Lady Hannah Alexander dentro de quince días.

La acompañante de Jessica, Natalia Hawthorne, se dejó caer en el sofá.

—Pero estaba tan segura de que te lo propondría. Fue tan atento cuando visitó la finca en Navidad.

—Parece que Lord James encontró a alguien más a quien cortejar muy rápidamente. Lady Hannah Alexander es muy popular entre la *alta sociedad*, especialmente entre los solteros conocidos por querer una esposa hermosa. Nunca le faltó pareja de baile y a menudo está rodeada de media docena de caballeros cuando no está bailando. *Su* temporada estaba destinada a terminar en matrimonio. Apenas lo vi —Jessica se encogió de hombros—. Los hombres son criaturas verdaderamente desconcertantes. Dicen una cosa pero luego actúan de otra manera.

—A menudo hacen eso —concordó Natalia.

—Pensé que al menos nos habríamos hecho amigos alguna vez —Sin embargo, una vez dentro de los brazos de la *alta sociedad*, Lord James prácticamente había ignorado su existencia —. No debería quejarme de que Lord James la haya elegido a ella cuando en realidad nunca lo quise cerca. En realidad, estoy impresionada de que haya elegido con el corazón en lugar de con el bolsillo, porque está bastante necesitado de fondos para reparar la deteriorada finca que heredará pronto y la dote de ella era bastante pequeña.

—Pero estaba segura de que te elegiría a ti.

—Mi familia también lo estaba, pero parece que todos nos equivocamos al final. A él le gustó más ella —Jessica se alegraba por Lord James. Lo último que quería hacer era casarse con un cazafortunas. Los últimos tres meses en la ciudad habían borrado su diversión con el mundo educado. Había visto y oído mucho en Londres que la preocupaba, pero suponía que por fin estaba viendo el mundo como realmente era y no la fantasía que todos le habían dicho que esperara.

Natalia tomó un cojín de seda y lo acomodó en su regazo.

—Así que estás de vuelta en casa por ahora, pero ¿cuánto tiempo pasará antes de que te vayas de nuevo?

Jessica miró a su amiga con sorpresa.

—No tengo intención de volver a Londres.

Natalia se quedó boquiabierta.

—Pero Jessica, tu temporada apenas ha comenzado. Tienes que volver.

Se sentó cerca de Natalia en el sofá.

—He hecho lo que mi padre quería. Tuve el placer de ver a él y a mi madre casarse en Londres, hice mi presentación, y bailé y probé las diversiones de la gran ciudad. Pero por mucho que quisiera complacerlos, fui miserable todo el tiempo que estuve fuera.

—Bueno, si fuera por mí, nunca diría que no a una temporada en Londres, ni a una segunda o una tercera —prometió Natalia con una risa irónica.

—Lo sé —Apretó la mano de Natalia—. Y he estado pensando en esto. Si me obligan a volver, insistiré en que tú y tu madre nos acompañen a Londres. Te encontraremos un marido allí.

Natalia la abrazó.

—¿Lo harías? Madre estaría tan emocionada. Siempre habla de su único viaje a Londres. Yo también quiero ver la ciudad, incluso si nunca encuentro marido. Estaría eternamente en deuda contigo por esos recuerdos.

—Ahora es tu turno. Quiero todas las últimas noticias del distrito. Las cartas son demasiado breves para compartir todo lo que debe haber pasado desde la semana después de Navidad.

Jessica, su padre y su futura madre, Gillian Thorpe, se habían ido algo apresuradamente en la primera semana de enero, con los labios apretados sobre la verdadera razón por la que iban a Londres tan repentinamente. El matrimonio de su padre había sido algo sorprendente para muchos, pero Jessica estaba orgullosa de llamar madre a Gillian. La suya propia había muerto cuando Jessica era muy pequeña, y siempre había sentido esa falta.

Natalia se sentó de lado en el sofá para mirar a Jessica.

—Bueno, déjame ver. Te conté sobre el fallecimiento del viejo Sr. Grieves. Su velorio duró hasta bien entrado el día siguiente. Hubo... —Natalia se acercó para susurrar algunos detalles que hicieron que los ojos de Jessica se abrieran de asombro—. No podía poner nada de eso en una carta. Padre estaba tan ebrio después del velorio que madre no le habló durante toda una semana.

Jessica hizo una mueca.

—Lamento oír que tus padres encontraron otra razón para discutir.

—Me estoy acostumbrando —Natalia se encogió de hombros—. El Sr. Whitfield nos acompañó a casa ese día.

Jessica se inclinó hacia adelante, ansiosa por noticias de su vecino. No había hablado con Gideon Whitfield desde enero. Eso era inusual y nada agradable.

—Eso fue muy amable de su parte.

—Madre estaba terriblemente fatigada.

—Confío en que la Sra. Hawthorne está en buen estado de salud ahora —preguntó Jessica rápidamente. La madre de Natalia era una mujer dulce y maternal, pero había pasado una cantidad considerable de tiempo en su diván de desmayos antes de Navidad.

—Oh, sí. Madre prometió que era solo el calor del día lo que la afectaba —Natalia frunció el ceño de repente—. El Sr. Whitfield ha estado muy atento mientras tú no estabas. Ciertamente cumplió su promesa contigo.

Jessica sonrió. Le había pedido al Sr. Whitfield que vigilara a Natalia mientras ella estuviera fuera, que se asegurara de que no se metiera en problemas y que discretamente alejara a cualquier tipo indeseable. Natalia era demasiado aficionada a coquetear con apuestos sinvergüenzas.

—Me alegro.

—Yo no —refunfuñó Natalia—. Resultó demasiado bueno en la tarea que le encomendaste, pero últimamente no lo hemos visto mucho.

—¿No estará enfermo, verdad? —Jessica frunció el ceño—. Oh, cielos, y solo tiene a la Sra. Mills y a la Sra. Harrow para cuidarlo. El Sr. Lewis es prácticamente inútil como ayuda de cámara. Le pediré a Madre que vaya a Quigley Hill para ver si hay algo que podamos hacer por él.

Natalia le agarró la mano y la mantuvo en su lugar cuando se hubiera levantado y corrido a buscar a su nueva madre.

—No está enfermo.

Jessica se hundió en el sofá con alivio.

—Bueno, ¿por qué no lo dijiste de inmediato? Sabes que nos preocupamos por él. El Sr. Whitfield es simplemente terrible cuidándose a sí mismo, viviendo solo como lo hace, con apenas suficientes sirvientes para manejar la casa eficientemente.

Una suave sonrisa se dibujó en los labios de Natalia. —Lamento haberte preocupado. Pensé que quizás ya te habrías enterado, y que por eso habías regresado antes.

—¿Enterarme de qué? Acabamos de llegar a casa.

Natalia se acercó un poco más. —Pensé que tú y el señor Whitfield podrían haber mantenido correspondencia.

—No, por supuesto que no hemos intercambiado cartas. Eso no sería apropiado —protestó Jessica. Pero le habría escrito si se lo hubieran permitido—. Mi padre me habría informado de cualquier noticia importante.

—Quizás no sobre este asunto. —Natalia le tomó la mano y la apretó con fuerza—. Se espera que el señor Whitfield se case pronto, querida.

Jessica solo pudo mirarla fijamente, cegada por la conmoción y la total incredulidad. —Tonterías. Ha dicho una docena de veces que nunca se casaría. ¿Quién está difundiendo tan terribles chismes sobre él?

—Bueno, todo el mundo. —Natalia se reclinó—. Y no son falsas especulaciones. La hermana viuda de la señora Napier ha venido a vivir con ellos, y la he visto con el señor Whitfield casi todos los días desde entonces.

¿Whitfield casado? Jamás en un millón de años Jessica habría imaginado eso. Él era demasiado exigente con... bueno, con todo, especialmente con su independencia y privacidad. Jessica entrecerró los ojos. —¿Quién es ella?

—La señora Alice Beck. Es viuda y tiene dos hijos que criar, así que su hermana la trajo aquí para que viviera con ellos. Los niños a menudo corren por el camino para visitar Quigley Hill.

Jessica volvió a negar con la cabeza, descartando los chismes como meras especulaciones. —El señor Whitfield es muy tolerante con los niños.

—Ha cenado con la señora Beck.

Jessica se quedó inmóvil. —¿Organizó una cena en Quigley Hill?

—No, nada tan obvio como eso. —Natalia la miró fijamente—. Todavía no, al menos.

—Bien. La última vez que el señor Whitfield intentó organizar una cena, el señor Lewis encendió demasiadas velas en el comedor. Ese descuido arruinó un hermoso mantel y podría haber incendiado la casa. —Jessica se puso de pie de un salto y rebuscó en su pequeño baúl hasta que encontró el regalo que había comprado para Natalia. Se volvió, sonriendo, y le tendió el paquete—. Ahora, antes de que se me olvide de nuevo, feliz cumpleaños, por el mes pasado.

Natalia chilló. —¡Te acordaste!

—Por supuesto que me acordé. —Jessica abrazó rápidamente a Natalia—. Eres una de mis

mejores amigas.

—Mi turno. —Natalia levantó su chal del sofá, revelando un pequeño paquete que yacía debajo—. Feliz cumpleaños para *este* mes.

Jessica se rio y desató su regalo apresuradamente. Natalia le había regalado una pieza de bordado. Su labor de aguja era, como siempre, muy fina, mucho mejor que los variados intentos de Jessica. —Esto es perfecto.

Natalia se apresuró a desatar su paquete entonces. Dentro, descubriría un par de elegantes guantes de noche y un chal de seda a juego. Cada artículo era comprado, pero Jessica esperaba que los amara de todos modos.

Natalia sostuvo cada uno a la luz de la ventana para verlos mejor. —¡Oh, Dios mío!

—¿Te gustan? Sé que son un poco sencillos, pero estoy segura de que puedes bordar algo en cada uno si quieres.

—No cambiaría nada de ellos. —Natalia se secó rápidamente los ojos—. Esto es demasiado.

—Tonterías. —Pero los ojos de Jessica también se empañaron de lágrimas—. Toda dama debería tener un par perfecto de guantes de noche y un bonito chal para envolver sus hombros. Especialmente una que intenta atraer a un marido.

Natalia se rio con desdén. —Mis perspectivas siguen siendo bastante escasas, pero estoy segura de que la adición de estos guantes y un chal de seda aumentará enormemente mi atractivo. Gracias.

—De nada. —Se abrazaron de nuevo, y casi todo estaba bien en el mundo de Jessica. Estaba en casa, pero aún tenía un regalo de cumpleaños más que entregar —al señor Whitfield— antes del final del día.

Desafortunadamente, a Giddy simplemente le disgustaba que alguien hiciera un alboroto por su cumpleaños. Tendía a avergonzarse cuando se mencionaba el tema de su envejecimiento, también. Más aún si se hacía un evento de su cumpleaños con cualquier tipo de celebración.

El señor Whitfield había llegado al mundo el vigésimo noveno día de febrero, una fecha que ocurría una vez cada cuatro años. Solo tenía siete años, si uno contaba solo esas ocasiones. Una vez había dicho que había pasado ocho años enteros entre celebraciones de cumpleaños. Eso sonaba espantoso para Jessica, que encontraba cualquier excusa para celebrar eventos importantes.

Independientemente de la falta de veintinueve de febrero este año, Jessica sentía que el mes de su nacimiento debía ser marcado con un regalo, ahora que era lo suficientemente mayor para tener su propio dinero para gastos personales.

Natalia tiró de su vestido para reclamar su atención. —No pareces diferente después de tu temporada. Pensé que podrías haber cambiado.

—Puede que haya viajado, pero sigo siendo la misma mujer que era antes —prometió Jessica. Pero era una joven armada con mucho más conocimiento sobre los hombres que cuando había dejado su hogar. Los pocos días que había pasado con su hermana mayor Fanny mientras su madre y su padre celebraban su matrimonio a solas le habían abierto los ojos a otro mundo de secretos y seducciones. Fanny, una viuda independiente, y sus amigas habían hablado abiertamente sobre los caballeros que les gustaban, hablaban de hacer el amor de una manera que sugería que todas ellas disfrutaban inmensamente de sus amantes. Fanny, también, disfrutaba de una existencia más liberal de lo que Jessica jamás había sabido que era posible para una mujer.

—Bien. Esperaba que siguiéramos siendo tan cercanas como lo estábamos volviendo en Navidad. Ha sido tan aburrido por aquí sin ti. —Natalia se inclinó hacia adelante—. Ahora, he estado esperando con gran paciencia, pero por favor, cuéntame todo sobre Londres. ¿Cómo fue?

—Sucio y ruidoso —respondió sin vacilar.

—Me refería a los caballeros compitiendo por tu mano, tonta —la regañó Natalia.

Jessica arrugó la nariz. —Sabía a qué te referías, y mi respuesta sigue siendo la misma.

Natalia se rió a carcajadas. —Así que los caballeros en Londres no son diferentes a sus primos del campo.

Jessica hizo una mueca. —Había muy poca diferencia y pocos que merecieran el término caballero.

Natalia arqueó una ceja.

—¿No había nadie como el señor Whitfield para encantarte con charlas sobre hongos durante la cena?

Al parecer, Gideon Whitfield era único entre los hombres. Inteligente. Ingenioso. Confiable.

—Ninguno en absoluto. Muchos lores titulados solo hablan de caballos, apuestas y política. Se ahogan en perfumes y apestan a cigarro al final de la noche.

La expresión de Natalia se volvió seria una vez más.

—Nunca dijiste si habías encontrado un hombre para casarte allí.

—No lo hice —admitió.

—¿De entre todos los solteros más codiciados de Londres?

Se frotó la frente.

—Por favor, no te enfades conmigo tú también.

—Oh, no lo estoy. Nunca eso. Pero estoy decepcionada de que ninguno pudiera ver la joya que eres. ¿Están tus padres muy disgustados contigo? ¿O es tu hermana la que está removiendo el caldero de nuevo?

Se encogió de hombros, sintiéndose tonta e incómoda.

—Madre y padre nunca han dicho que estuvieran decepcionados conmigo, pero la forma en que sus sonrisas disminuían cada mañana cuando hablábamos de posibles pretendientes es una pista suficiente de que estaban preocupados por mi falta de éxito.

—Entonces, ¿por qué has vuelto a casa tan temprano? No esperaba que regresaras hasta dentro de un mes por lo menos. ¿Estuviste involucrada en algún escándalo? ¿Besaste a alguien a quien no debías?

—No. —Jessica rió suavemente y respondió solo a la primera pregunta de Natalia—. Mi padre nos trajo a casa para sorprender a Gillian con la llegada de su hermano y su familia mañana, pero es tan terrible guardando secretos que yo ya sabía bien antes de que saliéramos de Londres para qué volvíamos a casa.

La sonrisa de Natalia disminuyó.

—Así que estarás demasiado ocupada con las visitas como para ver mucho a nadie.

—No demasiado ocupada para verte a ti —prometió—. El señor y la señora Garland tienen dos hijos, ambos menores de ocho años. No se me requerirá que los entretenga. Espero que Gillian quiera pasar cada momento libre conociéndose de nuevo con su familia. Hace mucho tiempo que no los ve.

Natalia sonrió ampliamente.

—El duque es tan dulce al organizar eso. Mamá ha estado positivamente regodeándose, sabiendo sobre el matrimonio antes de que todos los demás leyeran el anuncio publicado en el pueblo. Nunca pensé que su excelencia se casaría de nuevo, y menos aún con tu querida acompañante.

—Estoy encantada de que lo hiciera, porque mi padre enamorado es muy divertido.

—Me alegro. Durante años todos habían hablado de cómo Stapleton necesitaba una duquesa

de nuevo. Bueno —comenzó Natalia mientras se ponía de pie—, si tienes visitas que vienen, será mejor que me escabulla. Envíame una nota cuando pueda venir a visitarte de nuevo, y luego, cuando el alboroto haya pasado y estés libre, podemos hablar apropiadamente sobre todos los hombres guapos que besaste mientras estabas fuera.

Las mejillas de Jessica se enrojecieron.

Natalia la abrazó de nuevo y afortunadamente nunca vio la incomodidad de Jessica.

—Te he echado de menos, Jess. Quiero escuchar cada delicioso detalle sobre tus pretendientes cuando te vea la próxima vez. Gracias de nuevo por los regalos.

—Es un placer —prometió Jessica—. Gracias por los míos. Sé exactamente para qué usar el bordado.

Natalia salió apresuradamente, y Jessica se hundió en el sofá bajo su ventana una vez más, sus pensamientos en su futuro incierto.

No había habido nadie a quien hubiera querido alentar en Londres. Ni un solo caballero había intentado robarle un beso, tampoco. Empezaba a preocuparse de que hubiera algo mal en ella. La mitad de las jóvenes que había conocido en Londres estaban casadas, comprometidas o siendo cortejadas seriamente. Las otras, mujeres con dotes lamentablemente pequeñas, tenían mejores experiencias que compartir con sus amigas sobre su temporada de las que Jessica tendría jamás. Su temporada había sido un rotundo fracaso en todos los aspectos.

CAPÍTULO TRES

Gideon subió corriendo la larga escalinata de Stapleton Manor el sábado por la tarde y llamó a la pesada puerta de roble. Acababa de enterarse de que la familia del duque había regresado el día anterior. No era normal que se retrasara tanto en visitar a su amigo. Pero había bebido demasiado oporto en la cena de anoche con los Napier y, como consecuencia, había dormido hasta el mediodía.

El mayordomo lo recibió con una sonrisa. —Buenas tardes, señor Whitfield. Su excelencia esperaba verlo ayer.

—Señor Brown —se apresuró a quitarse el sombrero y los guantes y se los entregó—. Estoy seguro de que así fue.

—La familia está en el salón con sus invitados.

Gideon vaciló en el acto de alisarse el cabello ondulado. —¿Invitados?

El señor Brown asintió. —El duque organizó la visita sorpresa del hermano de su excelencia, su esposa y sus hijos.

Sonrió, pero dio un paso atrás. —Quizás debería volver en otro momento.

Un suave paso sonó detrás de él. —¿Por qué cree que no sería bienvenido hoy, señor Whitfield?

Gideon giró lentamente al oír la voz de Lady Jessica, su corazón saltándose un latido al ver su esbelta figura acercándose.

—Yo acompañaré al señor Whitfield hasta mi padre, señor Brown —murmuró ella.

Jessica se deslizó silenciosamente por el parqué, sus labios curvándose en las comisuras, como si tuviera un secreto que quisiera contarle. Había visto esa mirada tantas veces que su anticipación creció a medida que ella se acercaba.

—Jess —pronunció su nombre suavemente, porque no debía usar la forma diminutiva donde un sirviente pudiera oírlo. A primera vista, no parecía haber cambiado mucho. Su cabello oscuro descubierto estaba intrincadamente recogido sobre su cabeza, su cuerpo elegantemente envuelto en metros de muselina.

Una enorme sonrisa estalló en su rostro cuando se detuvo frente a él. Sus ojos color avellana brillaban de felicidad, y él se inclinó mientras Jess hacía una perfecta reverencia. Absorbió sus sonrisas y su corazón se aligeró. Jessica siempre había sido una niña feliz, y se alegraba de ver que los meses de ausencia no habían cambiado eso. Irradiaba confianza y buena salud, como siempre.

Sus ojos se posaron en un paquete envuelto en papel que crujió cuando ella lo cambió a su cadera izquierda. Jessica siempre estaba ocupada, siempre involucrada en alguna actividad para

la finca en lugar de travesuras ociosas. Sin duda, se enteraría del contenido de ese paquete eventualmente.

—Padre esperaba que vinieras ayer, Giddy. Yo también. ¿Dónde has estado, señor?

Su tono era ligeramente acusador, y él se apresuró a explicar su ausencia. —Me levanté tarde hoy y acabo de enterarme de su regreso. Perdóneme, mi lady.

Extendió la mano hacia ella. Hubo una ligera vacilación antes de que sus dedos desnudos se deslizaran delicadamente sobre los suyos callosos. Gideon le apretó la mano y luego la soltó. —No deseo entrometerme en la reunión. Puedo volver otro día.

—¿Y perderte toda la diversión? Jamás —Jess se rio—. Mamá definitivamente quiere que conozcas a su hermano mientras está aquí. Disfrutarás las historias que el señor Garland ha compartido sobre su infancia esta mañana. Me he reído tanto que me duelen los costados.

Sonrió al mencionar a la nueva Duquesa de Stapleton, una mujer que había sido la acompañante de Lady Jessica la última vez que estuvieron todos juntos. —¿Mamá, dices?

Jessica asintió con decisión. —Es la única madre que conoceré.

Sonrió a pesar de la pérdida que Jess había sufrido de niña. Nunca había conocido a su propia madre, pero había sido criada por su afligido padre, hermanas en disputa y una serie de eficientes niñeras. —Entonces hicimos algo bueno el invierno pasado.

Sus ojos se iluminaron de placer al recordar sus esfuerzos combinados de casamenteros para su padre y su querida acompañante. Fue una idea inspirada, ayudar al duque a admitir que sus sentimientos por la señora Gillian Thorpe habían crecido más allá de los de un simple empleador, pero había requerido la ayuda de Jessica y no poca planificación privada para lograrlo. —Ciertamente lo hicimos. Padre ha sido muy feliz con su matrimonio.

La sonrisa de Jessica se apagó ligeramente, y dejó su paquete a un lado en una mesa lateral. Apoyó su mano sobre él por un momento, pero luego sacudió la cabeza. —Venga, señor Whitfield. Su excelencia está ansioso por verlo.

Claramente, lo que fuera que contenía el paquete no era importante. Gideon casi se sintió decepcionado, pero cuando Jessica enganchó su brazo con el suyo, no pudo seguir sintiéndose así mientras la miraba.

Jessica no era particularmente alta, la parte superior de su cabeza apenas le llegaba al hombro. Gideon había cuidado de esta chica —mujer, se corrigió— desde que era niña, escoltándola cuando su padre y hermanos estaban ocupados en otra parte. Ahora era presentada en sociedad. Por fin tenía dieciocho años y se mostraba obviamente segura de sí misma.

Apartó su atención de ella cuando entraron juntos al salón.

El Duque de Stapleton se puso de pie inmediatamente, con una sonrisa tan acogedora como la de Jessica iluminando la habitación. —Ya era hora, señor.

—Su excelencia, bienvenido a casa —dijo, soltando a Jessica para poder hacer una reverencia.

—Nada de esas tonterías —exclamó Stapleton, acercándose rápidamente para estrecharle la mano con vigor—. Siéntase como en casa, como de costumbre.

—Como desee —dijo mientras ocultaba su alivio. Nunca asumiría que siempre sería bienvenido, pero le agradaba mucho Stapleton, aunque Gideon fuera bastante más joven que el duque, sin el estatus de un título que añadiera a su distinción. Gideon estudió a su vecino de cerca, notando su comodidad y apariencia de buena salud. Stapleton debía estar complacido con los cambios en su vida, a juzgar por su aspecto. De repente, le golpeó el hombro con la emoción de un hombre mucho más joven, lo que le hizo reír—. Es bueno verlo de nuevo.

—Igualmente —respondió el duque, y luego hizo un gesto a su lado.

Gideon se volvió hacia la nueva Duquesa de Stapleton, anteriormente conocida como la señora Gillian Thorpe. —Su excelencia —dijo mientras hacía una profunda reverencia a la mujer de la que el duque se había enamorado perdidamente.

—Querido Whitfield —exclamó ella, mientras se adelantaba para tomarle las manos. La duquesa le besó ambas mejillas en señal de bienvenida—. Nuestro amigo más leal.

Él sonrió, aunque un poco avergonzado por su cálida bienvenida. La mujer prácticamente resplandecía al verlo, pero se veía más pálida de lo que solía estar.

—Debo decir que el matrimonio le sienta bien.

Sus ojos brillaron brevemente.

—Eso lo dice el hombre que hizo posible mi felicidad.

Él inclinó la cabeza.

—No fue todo obra mía.

Miró hacia Jessica, pero ella ya se había alejado. Estaba sentada recatadamente en una silla, observándolo desde la distancia con una sonrisa feliz. Él le devolvió la sonrisa y luego se volvió hacia la duquesa.

—Tuve una cómplice dispuesta.

—Oh, conozco demasiado bien la confabulación que ustedes dos debieron tramar a mis espaldas. Y, sin importar quién se atreva a reclamar el crédito, estoy muy agradecida —prometió su excelencia. Hizo un gesto hacia la pareja que estaba detrás de ella—. ¿Puedo presentarles a mi hermano menor, Lincoln Garland, y a su esposa, la señora Hazel Garland? Sus hijos están actualmente tomando un refrigerio en la habitación de los niños.

—Vaciarán la vasta cocina de la duquesa si no tenemos cuidado, y me temo que agotarán a sus pobres sirvientes —añadió Garland, y luego rio de buen humor mientras se estrechaban las manos. El tipo era alto, incluso desgarbado, y Gideon pudo ver un fuerte parecido con la duquesa cuando Garland sonrió.

—Bienvenido, señor Garland. Señora Garland. ¿Cuánto tiempo se quedarán con sus excelencias?

—Unos pocos días como mucho —murmuró la señora Garland en un tono suave que revelaba a una mujer de inteligencia y modales educados—. Mi esposo debe volver pronto a su trabajo, pero no podíamos perder esta oportunidad de conocer a la hermana de mi marido y descubrir lo bien que le ha ido. También le estamos agradecidos por haberla traído de vuelta a nuestras vidas a través de su matrimonio con un hombre tan amable y gentil.

—Ah, veo que Stapleton ya los ha engañado bien —bromeó Gideon, y luego sonrió con descaro a Stapleton cuando este balbuceó—. Esperen a que llegue la Navidad y verán los verdaderos colores de su excelencia.

—Ellos me ven como realmente soy, mientras que tú solo notas las fabricaciones de tu vívida imaginación —exclamó el duque—. Y además, he cambiado de opinión sobre la necesidad de las festividades invernales. Grandes cosas buenas pueden surgir de colgar muérdago por todos lados.

Stapleton tomó la mano de su esposa y la besó apasionadamente.

Jessica rio.

—Dice eso ahora, ¡pero en diciembre estaba furioso recorriendo los pasillos y quejándose de esa cosa!

La duquesa chasqueó la lengua.

—¿Puedes culparlo? Ustedes dos no son más que problemas cuando están juntos —los reprendió.

Gideon puso una sonrisa inocente en su rostro porque era demasiado cierto que él y Jessica

habían sido los que lo colgaron a espaldas del duque. También se habían divertido mucho haciéndolo. Y luego Jessica logró deslizar un poco en el bolsillo de su padre una noche, y un romance con Gillian había florecido sin ayuda desde entonces.

El señor Garland rio entre dientes.

—Señor Whitfield, entonces yo también estoy en deuda con usted. Creo que tenemos mucho de qué hablar.

Su excelencia rio.

—Por favor, no le des ninguna idea a mi hermano para cuando nos visite en Navidad. Solía hacerme las bromas más horribles cuando éramos jóvenes.

A Gideon le agradaron mucho los Garland. Parecían buenas personas.

—Qué conveniente haber conocido a un abogado que podría sentirse en deuda conmigo.

Garland alzó una ceja.

—Mi gratitud solo llega hasta cierto punto, señor.

Gideon rio y se movió para sentarse en la silla vacía más cercana a Jessica.

—Definitivamente es pariente suyo, su excelencia. Tan desconfiado de mí como usted siempre lo ha sido.

Garland rio y se dio una palmada en el muslo.

—Ahora veo fácilmente por qué es tan querido en Stapleton Manor, señor Whitfield. Usted divierte sin apenas esfuerzo.

—Las damas deben adorar su compañía —bromeó la señora Garland, lanzándole una tímida sonrisa—. ¿Pero es cierto que nadie aún ha reclamado su corazón?

Él se enderezó el chaleco para ocultar su incomodidad por el hecho de que la conversación ya se hubiera centrado en su soltería.

—Evidentemente.

La señora Garland negó con la cabeza.

—Qué lástima.

—Soy demasiado viejo y estoy demasiado aferrado a mis costumbres para el matrimonio ahora —esperaba que el tema terminara allí.

El duque soltó una carcajada.

—Al menos hasta que por fin le den vuelta la cabeza. Entonces, como todos los demás solteros, se lanzará a la persecución con anteojeras y no pensará en las consecuencias para su vida hasta que sea demasiado tarde —advirtió el duque—. Si tan solo se hubiera enamorado de una de mis hijas, habría sido mi yerno favorito —se quejó el duque—. Tal como están las cosas, debo esperar hasta que anhele compañía y nos visite.

Gideon trató de no hacer una mueca. Hubo una vez una expectativa tácita de que Gideon podría emparejarse con una de las hijas mayores del duque. Afortunadamente, ellas se habían casado con hombres más adecuados a sus temperamentos.

—Vine tan pronto como supe que estaban en casa.

El duque lo miró con cariño.

—Supongo que debo creerte, pero sin duda nunca te ha faltado compañía en nuestra ausencia.

Cuando estaba a punto de refutar esa afirmación, Jessica se puso de pie de repente.

—Si me disculpan —murmuró—. Tengo algo que debo atender.

Él se sintió decepcionado de que se fuera tan pronto, pero no era inesperado. Jessica era una persona enérgica, siempre corriendo a algún lado.

Se acomodaron para charlar, y él escuchó a la duquesa y su hermano intentar ponerse al día

con años de noticias en el espacio de una hora. El duque y la duquesa también compartieron detalles sobre sus aventuras en Londres, pero no pudo evitar notar que no se mencionó nada sobre una boda para Jessica, ni siquiera un cortejo en curso. No dijeron nada sobre el futuro de Jessica, pero quizás no hablarían de ello abiertamente todavía.

La duquesa lo miró a los ojos.

—¿Se unirá a nosotros para la cena, señor Whitfield?

Gideon miró al duque cuando asimiló completamente la pregunta. Tenía que declinar. —Si hubiera sabido que volverían tan temprano, no habría organizado mi propia cena para esta noche. Es demasiado tarde para cambiar las invitaciones o posponer la reunión.

—No querríamos que alteraras nada por nosotros —le aseguró la duquesa—, pero estoy segura de que Lady Jessica se sentirá decepcionada de no contar con tu compañía durante la cena.

—Estoy seguro de que no me echará mucho de menos —prometió mientras miraba la hora —. Y me temo que realmente debo retirarme ahora.

Aunque le rogaron que se quedara un poco más, Gideon no tuvo más remedio que despedirse. Estaba decidido a que todo estuviera listo para su primera cena en años y que nada quedara al azar.

Salió de la mansión por la puerta principal pero, al haber venido a pie, tomó el camino más directo a casa, un sendero que pasaba junto al pequeño invernadero de Jessica. Le diría un adiós privado si ella estuviera allí. Si no, se enteraría de su temporada mañana.

La encontró hablando con sus plantas una vez más. Adoraba el invernadero que su padre le había regalado y, si la dejaran seguir su propia agenda, pasaría la mayor parte del día animando a las plantas a crecer con suaves palabras de aliento. —Esperaba encontrarte aquí.

—Sí —dijo ella con una sonrisa triste—. Si algo soy, es predecible.

Él se acercó, preocupado por su cambio de ánimo respecto a su anterior felicidad. Nunca la había visto triste al verlo antes. —Algo anda mal. ¿Qué es?

—Nada. —Dejó escapar un suspiro tembloroso, se dio la vuelta y, cuando volvió a girarse, tenía ese paquete en sus manos otra vez—. Feliz cumpleaños.

Él negó con la cabeza. —Este año no es mi cumpleaños.

Ella le empujó el paquete de todos modos. —No me importa lo que diga el calendario. Todo el mundo merece un regalo de cumpleaños cada año.

Sonrió ante su terca insistencia en que celebrara su envejecimiento. Su confusión sobre su fecha de nacimiento era uno de sus recuerdos más preciados. Haber nacido el vigésimo noveno día de febrero, un día que solo llegaba cada cuatro años, desconcertaba a muchos de sus conocidos al principio.

—No tengo un regalo para ti —confesó en voz baja.

Lo había considerado, pero descartó la idea casi de inmediato. Ahora sentía que debería haberle conseguido algo, aunque solo fuera una nueva planta para su colección.

—Solo verte de nuevo es suficiente regalo —prometió Jess, sacudiéndole el brazo—. Quería gastar mi dinero en alguien querido para mí.

Él giró lentamente el paquete en sus manos, notando que contenía algo suave en su interior. Como los regalos eran raros en su vida, le gustaba intentar adivinar y prolongar el momento tanto como fuera posible. Hoy, estaba desconcertado.

—Vamos, ábrelo —insistió ella.

Él dejó el paquete sobre una mesa de trabajo y tiró del pequeño lazo. Trabajando lentamente, apartó el papel. Parpadeó... y luego sacudió una gran prenda azul oscuro. —¡Jessica! ¿Es esto un

batín de caballero?

—Lo es. ¿Te gusta el material?

Era un artículo muy personal para recibir de alguien, y costoso, además. Frotó el brocado azul oscuro entre el pulgar y el índice, luego sostuvo la prenda lejos de él para juzgar si le quedaría bien. Parecía lo suficientemente grande. —Nunca deberías haber gastado tu dinero en mí.

—Pruébatelo para mí.

Miró alrededor, pero por supuesto estaban solos dentro del invernadero.

Tragó saliva, dándose cuenta de que venir aquí había sido imprudente. Ya no debería estar a solas con ella. Cualquiera que los encontrara solos podría hacerse una idea equivocada. Jess ya no era una niña. —No puedo.

Ella se rió suavemente. —Bueno, no puedo seguirte a casa para vértelo puesto allí.

—No, definitivamente no deberías hacer eso —exclamó Gideon—. Tengo invitados esperados para cenar esta noche.

Jess lo miró con una expresión preocupada en lugar de la emoción que él esperaba. —Mantendrás al señor Lewis alejado de las velas esta vez, ¿verdad?

Él sonrió y le pellizcó la nariz. —No te preocupes, las encenderé yo mismo.

Miró detrás de él y luego decidió que no habría ningún daño real si se probaba la prenda para que Jessica pudiera verlo con ella solo por esta vez, si lo hacía rápido. Se quitó su abrigo marrón y deslizó los brazos en las amplias mangas del batín azul. Jessica lo ayudó, poniéndose detrás de él y alisando la tela sobre sus hombros.

Una vez que la prenda estuvo en su lugar, se volvió hacia ella para obtener su opinión. —¿Y bien? ¿Cómo me veo?

Ella suspiró un poco con nostalgia. —Exactamente como lo imaginé. El azul siempre te ha sentado bien.

Sintiéndose un poco acalorado por el cumplido, bajó la mirada e intentó verse a sí mismo. Alisó sus manos sobre el hermoso material. Las mangas terminaban en puños anchos y profundos, y había dos bolsillos: uno para llevar sus nuevas gafas y el otro de repuesto. No abrochó los botones, pero comenzaban en su cuello y se detenían a mitad de sus muslos. El largo total era perfecto, terminando a mitad de sus pantorrillas. El interior estaba forrado con seda estampada y era obviamente bastante caro.

Era un regalo asombroso, y no pudo contener su felicidad al recibir algo tan único. —Gracias, Jess. Este es el regalo más hermoso que he recibido jamás.

—Es un placer —dijo ella, rozando con sus dedos la manga de la prenda. Sus dedos se movieron hacia arriba y cubrieron su antebrazo. Lo apretó con fuerza—. Este será perfecto para usar en el próximo invierno también.

Él cubrió la mano de ella donde descansaba sobre su manga. —Y la gente siempre dice que los solteros viejos deben arreglárselas solos. Me asombra que recordaras mi cumpleaños con toda la emoción que debe haber sido tu temporada. ¿Tu padre te ayudó a comprar esto?

—No. Mi hermano estuvo en Londres por una semana y me acompañó de compras.

—¿Qué hermano?

—Samuel, por supuesto —ella se echó hacia atrás—. Fingimos que era un regalo para él para que el tendero no pudiera negarse a atenderme directamente. Tenéis más o menos la misma talla.

—Tendré que agradecérselo la próxima vez que lo vea, pero debo decir que siempre me preocupo cuando tú y tu hermano os juntáis.

Ella rio suavemente.

—Samuel se portó de maravilla, te lo juro, así que no tienes por qué preocuparte —suspiró, una exhalación que a él le encantaba oír—. No fue ningún problema comprarte un regalo de cumpleaños por una vez.

—Una vez, pero nunca más —le advirtió. No era nada apropiado que ella lo hubiera distinguido de esa manera. Se inclinó, con la intención de darle un beso fraternal en la frente, como había hecho cuando intercambiaban regalos de Navidad en años anteriores—. Gracias, Jess.

Mientras él bajaba la cabeza, Jessica levantó el mentón hasta que lo miró directamente a los ojos. Él se quedó paralizado, a unos centímetros de besarla en los labios por error, algo que nunca había hecho y que nunca debería hacer. Su corazón empezó a latir con fuerza contra sus costillas mientras el tiempo se detenía.

Jessica podría haber debutado en sociedad, pero estaba destinada a otro. Sin duda había tenido docenas de pretendientes compitiendo por su mano en matrimonio... y por sus besos.

Los ojos de ella se abrieron lentamente. No había forma de fingir que no había estado a punto de besarla, así que le acunó el rostro y le inclinó la cabeza hacia abajo para darle un casto beso en la frente, como había sido su intención original.

—Debería irme —murmuró.

—Disfruta de tu cena —Jessica asintió, pero ahora un ceño fruncido añadía una profunda arruga entre sus cejas.

Él resistió el impulso de borrar esa marca con el pulgar.

—Espero que vaya bien. Buenas noches.

—Hasta mañana, Giddy.

Gideon salió apresuradamente del invernadero.

Estaba casi en casa cuando se dio cuenta de su error. Se detuvo, miró su ropa y maldijo. Había salido corriendo de la finca de los Stapleton vistiendo el batín que Jessica le había regalado por su cumpleaños.

Dio media vuelta y se golpeó la frente con la mano. También había dejado atrás su abrigo, su sombrero, sus guantes y sus nuevas gafas. No tenía tiempo de volver corriendo al invernadero de Jessica ahora. Tendría que regresar a por ellos después de la cena o arreglárselas sin ellos hasta la mañana siguiente. ¡Qué viejo tonto y despistado debía parecer!

CAPÍTULO CUATRO

Stapleton Manor era su hogar, y sin embargo Jessica se sentía decididamente fuera de lugar cuando salió de su habitación temprano a la mañana siguiente después de un sueño inquieto. Caminó rápidamente por los silenciosos pasillos, aumentando la distancia entre ella y las habitaciones de sus padres y también las de sus invitados, para no molestar a nadie.

Todos se habían quedado despiertos hasta muy tarde la noche anterior familiarizándose con los Garland. Mamá había alternado entre risas y lágrimas toda la noche. El señor Garland había luchado durante muchos años, y solo porque había conocido a la señora Garland su situación había cambiado para mejor. La pareja estaba muy felizmente unida, y sus hijos eran educados y encantadores.

No obstante, bajó apresuradamente la escalera principal y exhaló un suspiro de alivio al estar sola. No era que le disgustara la idea de ver gente por la mañana; amaba mucho a sus padres. Pero estaban recién casados, con la costumbre de besarse y abrazarse con bastante frecuencia, lo que podía resultar algo incómodo de presenciar.

Anhelaba saber qué se sentía al besar a un hombre, aunque no pudiera decírselo a nadie.

Y estaba segura de que casi la habían besado ayer.

La frustración de habérselo perdido era dolorosamente embarazosa.

Cruzó el vestíbulo, cantando buenos días a cualquier sirviente que pasaba. Estaban acostumbrados a sus modales, agradables para conversar, pero no eran sus amigos. No podía confiar en ellos de la manera en que lo hacía con su familia o sus amigos más cercanos, y eso significaba que a menudo se encontraba sin nada que hacer. En Londres, particularmente, había tenido poco que hacer durante el día cuando no asistía a fiestas. Apenas tenía con quién hablar sobre sus esperanzas y sueños.

Salió precipitadamente a la terraza trasera y se detuvo para admirar la vista de los jardines cuidadosamente arreglados. Su primera tarea era dar un paseo enérgico alrededor de la mansión, y luego poner en orden sus plantas del invernadero antes de partir para los servicios dominicales en la capilla del pueblo cercano a las diez en punto.

Paseó por los caminos familiares y el césped perfectamente recortado, sonriendo a todo y a todos los que pasaba. Los jardineros habían cuidado todo maravillosamente durante su ausencia, por supuesto, pero no amaban sus propias plantas como ella lo hacía. Simplemente se negaban a hablarles.

El invernadero era el único rincón de Stapleton que se consideraba su responsabilidad.

Por impulso, hizo un pequeño desvío. Siguió el sendero hacia el arroyo que separaba la propiedad de Stapleton y Quigley Hill, la propiedad de Gideon, y miró con anhelo el puente de

piedra que le permitiría cruzar. Los jardines de Gideon siempre la habían fascinado.

Siempre había algo nuevo floreciendo a lo largo del borde del arroyo durante los meses más cálidos, y se detuvo allí, hambrienta de vistas familiares. Los jardines de Quigley eran salvajes y magníficos en primavera, y durante el invierno, los arcos del jardín amurallado goteaban carámbanos que captaban la luz. Había pasado dos horas enteras deambulando por esos fríos senderos sola a los seis años y había sido severamente regañada por los problemas que había causado a todos los que la habían estado buscando.

Cuando Giddy la encontró de pie en los escalones de su entrada, temblando, la llevaron adentro para calentarse frente al fuego de la sala de estar mientras se informaba a su padre para que suspendiera la búsqueda. Ese había sido su primer viaje a Quigley Hill, pero no el último. Padre no sabía cuán a menudo ella había cruzado ese límite siguiendo mariposas o pájaros, y Gideon afortunadamente nunca la delató.

Cruzó el puente y entró en las tierras de Quigley. Sonrió mientras rozaba con sus dedos los setos de lavanda de Gideon, plantados a lo largo de los senderos del jardín hace muchos años, mucho antes de que ella supiera siquiera qué era la lavanda. Él y su padre antes que él habían plantado tantas plantas fragantes, y ella había usado durante mucho tiempo la abundancia de los jardines de Quigley para hacer saquitos perfumados para sí misma.

Recogió algunos mientras avanzaba, sabiendo que tenía permiso si no se desperdiciaban, y miró hacia adelante cuando la línea del techo de la casa de Giddy entró en su campo de visión. Se detuvo a la sombra de un olmo para admirar su familiar y agradable forma.

La casa era mucho más pequeña que Stapleton Manor. Solo cuatro dormitorios arriba, con Gideon como único ocupante, y cinco habitaciones públicas abajo: una sala de estar, un comedor, una sala de la mañana, el estudio de Gideon y otra habitación sin usar. Los sirvientes trabajaban en el lado este distante de la planta baja y dormían en el espacio del ático arriba.

Jessica amaba el lugar por su simplicidad y gracia. Siempre estaba encontrando algo nuevo para mirar y sonreír. Los antepasados de Giddy eran más conservadores y modestos que los suyos. Los jardines, también, reflejaban los gustos de sus dueños: una serie de recintos amurallados, intersectados con caminos rectos pero llenos hasta el borde de plantas de todo tipo por Gideon y sus jardineros.

Cruzó dos recintos antes de poder divisar las ventanas inferiores de la casa.

Las puertas francesas de la sala de estar de Gideon estaban abiertas para permitir que entrara la brisa. Creyendo que él estaba en casa, decidió hablar con él antes de continuar su paseo.

Un destello azul a través de los terrenos llamó su atención y, esperando que fuera Giddy, se giró, levantando la mano para saludar. En cambio, se quedó paralizada.

Una mujer vestida de azul, una desconocida de cabello oscuro y piel pálida, paseaba bajo los árboles al lado de Gideon.

Jessica se escabulló dentro del jardín amurallado más cercano antes de ser vista donde no debía estar sin una carabina.

Al no oír pasos ni a nadie llamándola, se arriesgó a echar un vistazo por el arco abierto. Tuvo suerte; Gideon y su visitante parecían no haberla notado en absoluto. Todavía estaban a cierta distancia y no miraban en su dirección. Desafortunadamente, solo había una salida de este jardín amurallado en particular, y aunque Gideon no la regañaría, Jessica no tenía otra opción que permanecer donde estaba hasta que la desconocida se fuera.

Jessica inhaló el aroma de sus flores mientras Gideon y la mujer continuaban hablando. Lo que decían, no podía oírlo, pero Gideon se rio de repente.

Extendió su mano, y la dama la estrechó.

Y entonces la mujer puso sus manos sobre el chaleco de Gideon y se estiró de puntillas para besarlo de lleno en los labios.

Jessica se cubrió la boca con ambas manos para contener el jadeo de sorpresa que revelaría su presencia a Gideon y la mujer.

No había creído que el relato de Natalia contuviera alguna verdad ayer. Pero aquí estaba. Justo frente a ella.

¡Gideon Whitfield *estaba* cortejando a alguien por fin!

—¿A qué vino eso? —preguntó Gideon cuando la señora Beck se apartó después de besarlo sin previo aviso.

—Yo... pensé... —comenzó ella, pero luego frunció el ceño, como si no supiera cómo explicar sus acciones—. Hemos pasado tanto tiempo juntos.

—En efecto. Usted pidió ver los jardines, y yo siempre estoy encantado de mostrárselos a cualquiera.

—Sí, ciertamente. Son muy hermosos. Todo lo que prometió y más.

Él se apartó de ella.

—Me alegro de que le gusten. Estoy muy orgulloso de lo que he logrado este año hasta ahora.

—Sí, bueno. Disfruto mucho venir aquí con los niños —aseguró la señora Beck, aunque ahora parecía incómoda—. Tiene todo el derecho de estar orgulloso.

Él se aclaró la garganta.

—Me pregunto dónde se habrán metido sus hijos. Parece sospechosamente tranquilo.

—Debería ir a buscarlos —sugirió ella—. A menos que...

¿A menos que él estuviera interesado en besarla de nuevo? No lo estaba en absoluto. Mejor no alimentar sus expectativas. Besar a la señora Beck, o que ella lo besara, no había sido desagradable, pero esperaba que no intentara hacerlo de nuevo. Él era un caballero, y no era dado a aventuras casuales ni a ilusionar a las damas.

—Será mejor que la acompañe, por si el más pequeño se ha subido a un árbol de nuevo y necesita ayuda para bajar.

Ella se llevó la mano al vientre y asintió. Un rubor pareció subir por sus mejillas. ¿Habría imaginado una respuesta entusiasta a su atrevido comportamiento? Él no se casaría con ella, así que no debería besarla. No era un sinvergüenza.

—Espero que no se haya quedado atascado de nuevo —murmuró la señora Beck—. Fue usted muy amable al ayudarlo a bajar la última vez.

—No fue molestia ayudarlo. Los niños siempre se están metiendo en un lío tras otro. —Hizo un gesto hacia el estrecho sendero—. Después de usted, señora.

Cuando el camino se ensanchó de nuevo, mucho más allá de los límites de su bien cuidado jardín donde podían caminar uno al lado del otro, examinó cuidadosamente el verde prado de hierba alta frente a ellos y puso las manos detrás de la espalda.

—Aún no hay señales de ellos.

—No se habrían ido a casa sin mí —dijo ella con tono preocupado.

—No, imagino que no lo harían. Tal vez estén jugando al escondite.

La señora Beck se acercó hasta que su brazo rozó el de él.

—Quería agradecerle de nuevo por la agradable cena de anoche. Casi olvidé que era viuda y

que vivía con mi hermana y su esposo por un tiempo.

El éxito inicial de la noche anterior se había agriado más tarde.

—Me alegro de que lo haya disfrutado. Yo también lo pasé bien, pero lamento que el consumo de licores de su cuñado lo hiciera grosero cuando hablaba con usted.

Ella se encogió de hombros.

—Aprenderé a ignorarlo con el tiempo.

Él suspiró.

—Me prometí no entrometerme, y sé que no es asunto mío, pero después de lo de anoche, debo preguntarle cuánto tiempo piensa vivir con los Napier.

—Para siempre, me temo. Mi bolsillo está más que un poco vacío en este momento —confesó ella con evidente vergüenza—. No tengo otra opción.

—Podría volver a casarse —murmuró él, y luego parpadeó—. ¡Oh! ¿Fue por eso que me besó? Para ver...

Ella sacudió la cabeza.

—Ahora puedo ver que cometí un error.

—Le pido disculpas si le he hecho pensar que sentía por usted más de lo que siento.

Ella asintió y luego levantó la barbilla.

—No. El error fue mío. No hablemos más de ello.

Él suspiró y escaneó de nuevo el campo vacío en busca de los niños con el corazón apesadumbrado. Se había "encontrado" con la señora Beck todos los días en las últimas semanas. Se preguntó, no por primera vez, si ella se había plantado deliberadamente en su camino junto con sus hijos. Natalia Hawthorne había sugerido que podría hacerlo, pero hasta hoy nunca habían sido más que corteses el uno con el otro. Apenas se conocían.

—Dígame, ¿cómo le habla Napier en casa?

Ella negó con la cabeza.

—No hay nada que usted pueda hacer.

Él sacudió la cabeza, recordando las recientes adulaciones de la señora Napier.

—¿Es él quien la insta a seducirme o es su propia hermana?

—Él nunca lo sugirió. —Negó con la cabeza—. No directamente, pero es evidente que no nos quiere allí.

Así que no era el cuñado, pero tal vez la hermana estaba tratando de juntarlos. Bueno, él no iba a permitir eso.

—¿Y los niños? ¿Cómo los están tratando?

—No bien. —Su rostro se contrajo de dolor, pero logró no derramar una lágrima—. Ambos son muy duros con ellos. Napier siempre les está gritando por una razón u otra.

—No deberían sufrir.

—Lo sé. No hay remedio. Todo lo que puedo hacer es mantenerlos ocupados, lejos de él, y esperar que no se repita lo de anoche.

Él la miró con severidad.

—¿Qué más pasó anoche?

La señora Beck apartó la mirada.

—Mis hijos fueron castigados por faltarle el respeto a la señora Napier.

—Ya veo —dijo él—. ¿Se lo merecían?

—¿Por pasar corriendo junto a ella para darme las buenas noches? No, ciertamente no. El castigo excedió por mucho lo necesario para enseñarles a caminar más despacio en la casa —dijo ella entre dientes—. Todo lo que aprenderán de él es cómo convertirse en un monstruo.

Él miró a la señora Beck, conmocionado por su confesión.

—¿Qué tan mal están heridos?

—Bastante. Mi cuñado le ha tomado antipatía a mi hijo menor, ya que se parece más a mi difunto esposo.

—Me gustaría ver sus heridas. —El estómago de Gideon se contrajo de ansiedad. Sabía que los Napier eran personas duras, pero el niño más pequeño apenas tenía seis años—. Si tuviera una casa de campo en el pueblo, estaría encantado de ofrecérsela para vivir. Como no la tengo, le insto a que busque un nuevo alojamiento en otro lugar tan pronto como pueda.

Ella se aclaró la garganta.

—¿Realmente no cree que usted y yo podríamos congeniar?

—No —dijo él con firmeza para desalentarla. Apenas conocía a la señora Beck, y ciertamente no se estaba enamorando de ella. Sentía compasión por su situación, preocupación porque sus hijos crecieran sin protección. Pero él no podía reemplazar a su padre—. Prefiero mi existencia solitaria, pero no me importan las interrupciones ocasionales, como su visita de hoy. Aquí están seguros, se lo aseguro.

Ella tragó saliva y asintió. —Pensé que quizás te sentirías solo viviendo solo.

Él saboreaba su soledad. —No.

La señora Beck se alejó hacia una sección de la cerca de postes y rieles. Se apoyó en ella, mirando a la distancia. —Podría soportar vivir de la caridad de mi hermana si no fuera por la infelicidad de los niños.

—Tal vez podría dedicarse a una profesión útil. Tengo entendido que ha recibido una buena educación. Hace tiempo que no hay una institutriz en el distrito, y hay muchas niñas que necesitan orientación. Escritura de cartas, contabilidad de los gastos del hogar y cosas así.

Los ojos de la señora Beck se iluminaron ante la idea, pero luego su sonrisa se desvaneció. —Apenas puedo imaginar que mi hermana acepte que entren estudiantes a su casa.

—Ah, no había considerado el asunto hasta ese punto. Pero solo necesitaría un poco de espacio, algún lugar tranquilo. —Frunció el ceño mientras consideraba los edificios más cercanos a la plaza del pueblo, el punto más céntrico del distrito. La taberna contaba con un comedor privado, pero habría un ruido considerable que distraería a los estudiantes y el gasto de alquilar el espacio podría ser demasiado grande. Gideon tenía más espacio libre en Quigley Hill, pero su casa estaba en el lado opuesto del pueblo y de cualquier posible estudiante para la señora Beck. Sería preferible un lugar en el pueblo.

Seguramente debía haber algún lugar que se pudiera alquilar.

Y entonces recordó que Lady Jessica había heredado la antigua cabaña de su tía en el pueblo en su decimoctavo cumpleaños.

La cabaña estaba actualmente vacía, pero nunca permanecía así por mucho tiempo. Gideon no tenía idea de qué planes podría tener Jessica para la vivienda. Pero podía preguntar en nombre de la señora Beck. La tía que la había poseído también había ofrecido instrucción a las chicas del pueblo durante un tiempo. Jessica podría estar interesada en apoyar tal empresa; al menos hasta que se casara y los deseos de su marido prevalecieran sobre los suyos. —¿Me dejaría el asunto en mis manos por unos días?

—¿Tiene una idea que podría ayudarnos a alejarnos de mi hermana y su marido?

—Quizás. Pero no puedo decir más por ahora. Haré algunas averiguaciones y le haré saber si hay esperanza.

Ella lo miró con curiosidad pero asintió también. —Muy bien. Depositaré mi confianza en usted, señor.

De repente, un par de cabezas rubias surgieron de la hierba alta. —¡No se esforzó mucho en encontrarnos!

La señora Beck se deslizó a través de la cerca de postes y rieles y corrió hacia sus hijos. Besó la parte superior de sus cabezas, claramente una madre devota. —Lo siento, mis amores. El señor Whitfield y yo estábamos hablando.

El más pequeño se aferró a las faldas de su madre, pero acunaba su mano contra su pecho. Gideon dio un paso en su dirección. El pequeño no le sonrió a Gideon. Nunca lo había hecho.

—Hola, Thomas.

El niño miró a su madre. —¿Vas a casarte con él?

—Cielos, no —reprendió rápidamente la señora Beck—. Sin embargo, al señor Whitfield le gustaría examinar tus dedos doloridos.

El mayor puso al más pequeño detrás de él y miró con enojo. —No dejaré que nadie vuelva a lastimarlo.

Gideon se acercó paseando, consciente de que los niños lo miraban con dolorosa cautela. No los culpaba por su precaución. —Eres un buen hermano al querer proteger a Thomas. Yo nunca le haría daño. Pero si lo prefieres, mi ama de llaves atiende todos mis rasguños y raspones, y será muy gentil con tu hermano. Puedes ir con él a la casa, por supuesto.

Aunque ambos parecían escépticos, siguieron a su madre cuando ella los llamó para que la acompañaran. Gideon puso sus manos detrás de su espalda y caminó lentamente hacia su casa. Los condujo adentro hasta la habitación del ama de llaves y les pidió que esperaran allí mientras buscaba a sus sirvientes.

La señora Harrow y la señora Mills estaban sentadas a la mesa de la cocina, tomando té. —¿Tienen un momento para atender algunos rasguños?

—¿Está herido, señor?

—Yo no. El más pequeño de la señora Beck, y tal vez el otro también. Quizás tengan que persuadirlos un poco para averiguar más.

La señora Harrow y la señora Mills intercambiaron una larga mirada. —Como usted diga, señor.

—Los he dejado en su habitación, señora Harrow —murmuró. La pareja recogió sus cosas, y un plato de galletas, y salió apresuradamente. Escuchó las suaves exclamaciones de sus sirvientes y caminó por la cocina hasta que regresaron.

La señora Harrow se acercó. —La señora Beck tuvo que irse pero nos pidió que nos despidiéramos de usted, señor.

—Bien.

La señora Harrow frunció el ceño. —¿Esas heridas?

Gideon se frotó los dedos sobre la palma, recordando su propia infancia difícil. Afortunadamente, no llevaba cicatrices duraderas de los castigos de su padre. Pero los recordaba todos, la injusticia y la ferocidad.

—Una vara —le informó tristemente la señora Harrow.

—Justo como mi padre me hacía a mí.

La señora Harrow le dio unas palmaditas en el brazo. —Todo eso quedó en el pasado, señor.

—Ojalá pudiera olvidar tan fácilmente —dijo en voz baja.

La señora Mills volvió a su silla más cercana al hogar, su expresión comprensiva. —Si no le importa que lo diga, tal vez una visita a Stapleton Manor ahuyente a los fantasmas. Su excelencia suele animarlo.

Él asintió. —Sí, tal vez una visita a los amigos sea justo lo que necesito.

CAPÍTULO CINCO

Jessica respiró hondo. No sirvió de nada. La idea de que Giddy hubiera besado a esa mujer, una desconocida, ofendía tanto sus sensibilidades que apretó los puños. ¿No había declarado apenas ayer por la tarde que era demasiado viejo para casarse?

Obviamente no era demasiado viejo para besar a desconocidas. Jessica nunca lo había visto prestar atención a otras damas, pero entonces las burlonas observaciones de la señora Garland ayer sobre su popularidad inundaron su mente, al igual que algunos comentarios previos de Natalia. Gideon Whitfield era atractivo, adinerado en cierta medida, lo que sin duda lo convertía en un buen partido, más de lo que ella jamás había considerado. ¿Se comportaba de manera diferente cuando ella no estaba cerca?

¿Tendría amantes o una querida escondida en algún lugar?

Se cubrió el rostro cuando la mortificación la golpeó. Le había dado un regalo a Gideon. Si estaba involucrado con otra mujer, no debería haberlo hecho. A Jessica no le gustaría que otra mujer le diera a su caballero, si alguna vez tuviera uno, un regalo tan personal.

¿Y por qué era que en el momento en que ella se había ido, él había formado un vínculo con otra mujer? Estaba ocultándole su verdadera naturaleza. Fingiendo ser correcto cuando debía ser todo lo contrario. No había razón para que ella no pudiera saber sobre sus —tragó saliva— *afectos* por una mujer, a menos que aún la considerara una niña que debía ser protegida de la verdad.

Se cruzó de brazos y miró fijamente la pared del fondo. Jessica rara vez había tenido motivos para estar disgustada con su vecino, pero ahora estaba verdadera y profundamente ofendida. Le había contado sus secretos más profundos y oscuros durante años, y él nunca lo había hecho. Había pensado que Gideon era un verdadero amigo. Los amigos se confían entre sí. Bueno, aparentemente no eran los amigos que ella había imaginado una vez.

Se volvió hacia sus plantas, con la intención de limpiar el polvo de sus hojas para que volvieran a brillar.

La primera maceta que acercó hacia sí hizo que un chapoteo de agua cayera por el frente de su vestido. —¡Oh, no! —exclamó, intentando secar las manchas con su pañuelo. Desafortunadamente, el pequeño trozo de encaje no hizo mucha diferencia.

Pero entonces notó que la tierra de cada planta frente a ella también estaba empapada. Inclinó cada maceta para drenar el exceso de agua y rápidamente las movió a un banco vacío y seco. —¿Cómo pudo haber pasado esto?

—¿Sucede algo?

Casi saltó de su piel por la sorpresa y se dio la vuelta. —¡Señor Whitfield! Oh, me ha

asustado.

Giddy era la última persona que esperaba ver hoy, y su rostro se acaloró. Miró su boca, los labios que habían besado a otra persona esa mañana, y luego se volvió. —¿Qué está haciendo aquí?

—Espero que no le moleste mi interrupción —murmuró—. Me di cuenta de que su tanque de agua se había vaciado cuando vine a recoger mi abrigo antes. He vuelto para rellenarlo y me iré en un momento.

Dado que llevaba un cubo lleno de agua en cada brazo, ella tuvo que creer que su razón para venir era sincera. No había venido a verla, y ese pensamiento deprimió por completo su ánimo. —Se llenó apenas ayer.

—Bueno, ahora está vacío —le aseguró.

Miró el resto de sus plantas y vio que todas estaban empapadas. Demasiada agua no era saludable para las plantas de invernadero. Golpeó el lado de la cisterna, escuchó el vacío en su interior y se desplomó derrotada. —Debo haber olvidado cerrar bien la válvula ayer.

—Lo dudo. Déjeme echar un vistazo. —Dejó los cubos a un lado y se unió a ella. Una serie de tuberías debía suministrar una pequeña cantidad de agua a cada bandeja de macetas cuando ella giraba la válvula. Era más fácil que cargar cubos y mucho más eficiente. Pero ahora cada plato debajo de cada maceta estaba lleno hasta rebosar.

Giddy entrecerró los ojos mirando cada tubería y luego suspiró. —Maldición. Creo que puede estar roto en alguna parte.

Se dio la vuelta, hurgó en el bolsillo de su abrigo y se quedó de espaldas a ella un largo momento. Cuando se volvió, tenía unos anteojos en la nariz.

Jessica lo miró sorprendida. —¿Cuándo conseguiste esos?

—En febrero.

Mientras ella estaba fuera. Frunció el ceño. Esa era otra cosa que Gideon aún no le había contado. En cualquier momento esperaba descubrir que se había convertido en alguien completamente diferente. No le gustaría eso.

Se acercó a él y lo miró a la cara. Los anteojos lo hacían parecer un extraño al principio, y tuvo que admitir que podría serlo. —Tenías dolores de cabeza antes de que me fuera a mi temporada.

Él asintió. —Demasiada lectura con mala luz por la noche ha forzado mis ojos, me dijeron. El dolor desapareció una vez que empecé a usar estos.

—Me alegro de que finalmente hayas visto a alguien. —Inclinó la cabeza hacia un lado, tratando de decidir si aún podrían ser amigos si él guardaba secretos. Si no tuviera a Giddy... —Te ves...

—Aún más parecido a mi padre que antes —terminó él bastante sombrío.

—No te pareces en nada a él.

—Nunca lo conociste —le recordó Gideon.

Era cierto que Jessica nunca había conocido al padre de Gideon, pero había un retrato del difunto señor Whitfield en Quigley Hill. No le gustaba. Había descubierto, escuchando con mucha atención a lo largo de los años, que Joseph Whitfield había sido tan mezquino y frío como parecía en su retrato.

Gideon no se parecía en nada a él. Nunca lo había visto levantar la voz o la mano contra nadie con ira. —Iba a decir más guapo, en realidad, pero estoy segura de que no soy la única mujer que lo ha mencionado recientemente.

—Gracias.

Ella se dio la vuelta, sonrojándose, incómoda con el conocimiento de que Gideon tenía una admiradora. Siempre le había gustado su aspecto, la forma en que se reía con ella, también. Debería haber esperado que otras mujeres también aprendieran a apreciarlo.

Jessica evitó mirar a Gideon de nuevo a favor de drenar el exceso de agua de sus plantas hasta que su rostro se enfriara. —Al menos ahora dejarás de entrecerrar los ojos ante todo y todos —refunfuñó y luego negó con la cabeza. No había querido criticarlo cuando había extrañado tanto sus conversaciones.

—No era consciente de que lo estaba haciendo. Mis disculpas —murmuró Gideon.

Empezó a golpear suavemente las tuberías. Se arrodilló, mirando hacia arriba la cisterna y las tuberías que se extendían desde la pared. Jessica hizo una pausa para observarlo, conteniendo un suspiro. Él tenía otra vida aparte de la de ella, una que quizás nunca llegaría a conocer realmente.

—Creo que hay una grieta en la unión aquí —dijo—. ¿Ves?

Gideon le hizo espacio. Ella se acercó y se agachó para poder ver donde él señalaba debajo de la cisterna. Una pequeña burbuja de agua se quedaba en el comienzo mismo de las tuberías.

—Deberíamos llamar al herrero para que eche un vistazo a su trabajo —decidió—. Estoy seguro de que esto tiene arreglo.

—Yo también lo espero —concordó ella.

Se volvió hacia Gideon y se le cortó la respiración. Era uno de sus mejores amigos. No podía seguir enfadada con él. No era capaz de guardar rencor y lo había echado de menos. Pero mientras permanecían arrodillados muy cerca el uno del otro, su cercanía se sentía extraña, debido a la mujer que había besado esa mañana y porque había evitado besar a Jessica el día anterior. Pensaba que lo conocía mejor que nadie.

Se apresuró a ponerse de pie de nuevo. —Gracias por tu ayuda. Enviaré un mensaje al herrero y le pediré que venga lo antes posible.

Gideon se levantó y miró a su alrededor mientras se quitaba las gafas. Las metió en el bolsillo de su chaqueta, el mismo que había dejado con ella el día anterior. —Mientras tanto, te ayudaré a limpiar.

—Puedo hacerlo yo sola.

—No es molestia —prometió—. No tengo nada más que hacer ahora mismo.

No debería haberse sentido aliviada por sus palabras, pero lo hizo. Si se iba, ¿podría volver a ir con esa otra mujer? Había mucho que levantar y ordenar. Jessica no estaba lista para perderlo. Todavía no. —Gracias. Apreciaría mucho tu ayuda.

Trabajaron en silencio durante un rato, pero Jessica sentía que la extrañeza entre ellos seguía ahí. No podía dejar de pensar en la idea de que su vecino estuviera cortejando a alguien y no hubiera dicho ni una palabra al respecto. Ni siquiera a su padre, al parecer, porque él ya habría bromeado con Gideon si hubiera tenido la más mínima sospecha.

Dejó lo que estaba haciendo y se humedeció los labios. La curiosidad sobre la desconocida crecía en su interior. ¿Habría sido *ella* una invitada en la casa de Gideon anoche? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que le propusiera matrimonio? —¿Qué tal estuvo tu cena?

—Bastante bien. El asado estaba perfecto, la mesa del comedor sobrevivió a las velas encendidas.

Jessica se rio suavemente, sin poder evitarlo. Giddy siempre conseguía hacerla reír, sin importar su estado de ánimo. —¿Desterraste al señor Lewis a los establos?

—No hizo falta. El hombre se negó a ayudar en nada relacionado con la cena.

Dejó lo que estaba haciendo y miró a Gideon sorprendida. —Eso no es propio de él. Siempre lo he encontrado muy servicial y educado.

Gideon puso las manos sobre la mesa y se balanceó hacia adelante y hacia atrás sobre sus pies. —Lo sé. Ha estado de un humor extraño durante semanas. No sé qué le pasa. Se ha vuelto bastante hosco conmigo.

Ella depositó su planta con las demás y volvió a su lado. —¿Le has preguntado a la señora Harrow cuál podría ser el problema? Las amas de llaves suelen conocer los asuntos de todos, lo quieras o no.

—Le pregunté sobre Lewis, pero dijo que no podía decir nada.

Jessica se tensó cuando él se acercó, pero luego levantó una maceta grande, demasiado pesada para ella, y pasó a su lado. Lo vio mover la pesada maceta al otro lado de la habitación con facilidad. Regresó, sacudiéndose la tierra del chaleco. Era tan bueno ayudándola. —¿No podía decir nada? Eso suena sospechosamente a una evasiva —observó Jessica.

—Eso es lo que yo pensé también. —Gideon empezó a reírse—. ¿Cuándo te has vuelto tan sabia, mi lady?

—Siempre he sido así, o eso me dice Fanny en broma. Fanny dice que nací con un alma vieja. —Jessica estaba orgullosa de eso.

—Así fue —asintió, sonriendo—. Pero no olvides dejar espacio para divertirte de vez en cuando.

—Nunca lo olvidaré mientras te tenga a ti para recordármelo —dijo, mirándolo de reojo. ¿Seguiría siendo su amigo si se casaba? Ciertamente tendría obligaciones en otra parte entonces, y si se casaba con esta señora Beck, adquiriría hijos para criarlos como propios.

Jessica tragó saliva ante ese pensamiento. —El señor Lewis ha estado en Quigley desde que tengo memoria. Te es devoto y siempre ha sido sensato. Sea cual sea el problema, sin duda se puede resolver a satisfacción de todos.

No era su lugar hacerlo, pero podría involucrarse. La señora Harrow probablemente le diría a Jessica qué le pasaba al señor Lewis si preguntaba de la manera correcta.

Gideon se le acercó. —¿Qué estás tramando en esa ágil mente tuya, mi querida niña?

Ella sonrió con tristeza. Gideon siempre la vería como una simple niña. Había crecido, pero él no podía ver el cambio en ella. Todos los demás la consideraban una mujer en edad casadera desde hacía un año. Bueno, todos menos él y su padre, aparentemente. —No importa, señor.

—Estás triste de nuevo.

—¿Lo estoy?

—Me preguntaba si quizás estabas disgustada conmigo por no haber invitado a tu familia a mi cena anoche. Si hubiera sabido que regresarías tan pronto, ciertamente lo habría hecho o habría cambiado mis planes para otra noche.

Jessica luchó contra el rubor que amenazaba con subir a su piel. —No estoy desesperada por haberme perdido una invitación. No soy tan infantil.

—Está bien que lo digas si es así.

Ella suspiró y forzó una sonrisa en sus labios. —No espero que invites a mi familia a cada diversión que ofrezcas, aunque sean tan raras.

Cuando se casara, su amistad se volvería menos importante para él. No entendería por qué eso la entristecía. Él querría que ella estuviera feliz por él. Tenía que fingir que no lo había visto besar a esa mujer y cuando se anunciara el compromiso, también fingiría sorpresa junto con todos los demás.

—Jess —dijo suavemente—. Sabes que siempre puedo darme cuenta cuando no estás siendo sincera.

Ella se encogió de hombros. Debería considerarse afortunada de haber tenido a Gideon para

ella sola durante tanto tiempo. Puso su mano en el brazo de él, sintiendo su fuerza y calidez a través de la delgada barrera de su camisa de lino. Gideon era cálido, tanto en personalidad como en persona. Merecía ser feliz, y si esa mujer lo hacía feliz, ella tenía que aceptar la situación. —Quizás aún estoy cansada del viaje y de Londres —prometió—. Ya no estoy segura de dónde pertenezco.

—El matrimonio de tu padre te ha desplazado como señora de Stapleton Manor.

—No me importa ceder el paso a Gillian. —Jessica se apoyó contra una parte seca de la mesa de trasplantes—. Pero necesitaré encontrar algo más para llenar mis días. Esto no será suficiente.

Él se inclinó junto a ella. —¿Qué hay de tu pequeña cabaña en el pueblo?

—¿Qué pasa con ella?

—Está vacía, ¿no?

—Sí, pero... oh, ya veo a dónde quieres llegar. ¿Crees que debería vaciar la cabaña de los muebles de la tía Grey también?

—No era eso lo que iba a sugerir. —Asintió—. ¿Qué te parece alquilar el lugar, amueblado?

—¿A quién?

—A la señora Beck.

—¡No! —La palabra brotó de sus labios sin ninguna consideración apropiada. Se apartó de Gideon, pues su rostro se había acalorado de nuevo. Normalmente escucharía primero, pero la idea de que esa mujer se encontrara con Gideon en su propia propiedad la enfurecía enormemente.

—Muy bien. Solo era una idea. No importa. Encontraré otro lugar para la escuela.

Ella se giró bruscamente para mirarlo. —¿Escuela?

—Mmm, una idea que tuve. El pueblo no ha tenido un tutor viviendo allí desde hace mucho tiempo y la señora Beck necesita una forma de mantenerse a sí misma y a sus hijos. Pensé que establecer una escuela en el pueblo sería una mejor ubicación.

Ella tragó saliva, alarmada por lo rápido que su temperamento se había disparado sin razón alguna. —¿Cuáles eran las otras alternativas?

—Siempre podríamos alquilar el comedor privado, pero el gasto y el ruido de los clientes podrían ser un problema. Podría haber ofrecido la sala de la mañana en Quigley Hill como alternativa, pero sería una larga caminata para cualquier estudiante.

Tener a Gideon involucrado en la creación de una escuela aseguraría su éxito, pero que él y la señora Beck la dirigieran juntos la inquietaba.

—Jess, por favor. Dime lo que piensas.

—No es nada. —Siempre había confiado en él, pero quizás era hora de dejar de hacerlo porque podría no gustarle lo que tenía que decir. Sonrió rápidamente—. Debería haberme acostado más temprano anoche. Estoy un poco cansada.

—¿Hablando con Gillian toda la noche otra vez? —Gideon deslizó uno de sus brazos alrededor de su espalda. Era reconfortante, pero ella resistió el impulso de girarse hacia su abrazo, como podría haber hecho cuando era más joven.

Antes del beso, no lo habría pensado dos veces.

Aun así, cuando respiró su aroma —una combinación del aire libre y el jabón de hierbas que Jessica le había regalado la Navidad pasada— la distancia entre ellos pareció disminuir.

Él la giró hacia sí y luego acunó su rostro entre sus palmas. La miró a los ojos. —Quizás un descanso te haga bien. Con suerte, despertarás renovada para la cena de esta noche.

Un poco abrumada por la forma en que sostenía su rostro tan tiernamente, ella luchó por recuperar el juicio. Nunca antes había odiado hacerle una pregunta, y se tomó un momento antes

de hacer la más apremiante. —¿Tienes planes para la cena?

—Sí, me uniré a todos ustedes. —Su sonrisa creció—. Tu padre envió una nota al respecto anoche, y ya he aceptado.

—Bien. —Por fin apoyó su rostro en la mano de él, pero aún deseaba no haberlo visto besar a esa mujer hoy. Se apartó, sabiendo que debía hacerlo—. Las cenas siempre son más agradables con tu compañía. Nadie en Londres se interesa nunca por los hongos como tú lo haces.

Él se rió de buena gana ante su observación, con los ojos brillando de alegría. —Me alegro. Ahora, sobre estas plantas tuyas. Será mejor que nos pongamos manos a la obra para salvarlas, ¿no?

—Sí, Giddy. —Ella saboreó su sonrisa—. Gracias por ayudarme.

CAPÍTULO SEIS

Gideon suspiró. —Veo que no hay forma de escapar de los chismes.

El Duque de Stapleton le señaló con el dedo y luego se sentó en su silla habitual en la biblioteca Stapleton. —Deberías haberme contado esto ayer. No me agradó ser el último en enterarme. Napier se esforzó mucho en restregarme la insinuación en la cara cuando me lo encontré fuera de la iglesia.

—Ayer tenías compañía. No podía hablar libremente —protestó Gideon, mirando alrededor de la familiar habitación en busca de algún intruso—. Y no hay nada que contar.

En realidad, no había visto al duque a solas desde su regreso a la finca. Revelar su nueva amistad con la señora Beck no era un asunto urgente de todos modos.

—Cuéntame más sobre la señora Beck —insistió el duque—. Se había ido de la capilla antes de que me enterara de ella.

—No hay mucho que contar. La señora Beck es viuda y ha estado viviendo con los Napier desde que comenzó abril.

—Pobre mujer —murmuró Stapleton—. Y te han visto paseando con ella.

—Nuestros caminos se han cruzado varias veces en las últimas semanas —corrigió Gideon —. No estoy cortejando a la mujer.

—Y sin embargo, todos piensan que lo estás haciendo. Organizaste una cena la otra noche. Ella estuvo allí, ¿no es así? Solo has celebrado tres cenas, que yo recuerde.

—Una por cada década de mi vida adulta —concordó Gideon con una risa—. Pensé que era hora de desempolvar mis habilidades como anfitrión una vez más. Estoy bastante oxidado; lo descubrí rápidamente.

El duque sonrió. —¿Es guapa?

—¿Quién?

Stapleton alzó una ceja altiva, esperando una respuesta. Era una mirada que usaba para intimidar a muchos.

Gideon, acostumbrado desde hace tiempo a su hábito, se rio en su lugar. —Supongo que lo es.

—Ya es hora de que te cases, ¿sabes? —sugirió el duque—. Una esposa te haría muchísimo bien. Y los hijos también.

—Otra vez con eso —se quejó—. Ya conoces mis sentimientos sobre el tema.

—Ahora no rechaces la idea de plano otra vez, señor —el duque, raramente dado a discusiones serias, pareció ofendido—. ¿No fuiste tú quien decidió que yo debería casarme de nuevo y tuvo parte en emparejarme con mi Gillian?

Gideon sonrió ampliamente. —Parecía la mejor y más honorable solución, dada la forma en que estabas suspirando por ella día y noche.

El duque hizo una mueca. —Yo no estaba suspirando. Estaba admirando con moderación —dijo con gran indignación—. Eventualmente me habría decidido a cortejarla —refunfuñó.

—Sin duda, después de que Jessica tuviera hijos propios —la curiosidad sobre el tiempo de Jessica en Londres creció en él. Ella no estaba feliz, y se había dicho muy poco sobre la primera temporada de Jessica o sus pretendientes.

El duque se encogió de hombros. —Me gustaría verla establecida con una familia propia, y con hijos también.

—Eso sería lo mejor —coincidió Gideon, pero la idea de que Jessica se mudara siempre lo había inquietado. Jessica era especial; siempre lo había creído. Necesitaba un buen hombre como esposo. Alguien que la cuidara, la protegiera a ella y a los hijos que tuvieran juntos.

Como si hubiera sido invocada por sus pensamientos, vio a Jessica de pie justo fuera de la biblioteca. Lo miraba con tanta ira que parpadeó sorprendido.

El duque giró en su asiento. —Ah, Jessica —llamó el duque—. ¿Necesitabas algo?

—No —se humedeció los labios y luego sonrió con tanta normalidad que él se preguntó por qué ocultaba sus sentimientos a su padre—. ¿Puedo entrar?

El duque suspiró. —Por un rato, pero solo si me ayudas a bromear con Gideon.

Ella entró en la habitación y se sentó en una silla de respaldo recto entre ellos, de cara al fuego. —¿Por qué haría eso?

—Porque el señor Whitfield puede que ya no siga siendo soltero después de todo.

—Por supuesto que lo seré —pero Gideon se removió en su silla, incómodo de que Jessica estuviera involucrada en cualquier discusión sobre la señora Beck. No era apropiado discutir su vida amorosa, o la falta de ella, con ella en la habitación. Considerar el atractivo de una mujer sobre otra era algo que no hacía en su presencia.

El duque se levantó para tomar su copa y rellenarla en el aparador, y él aprovechó la oportunidad para aclarar el asunto. —No estoy cortejando a nadie —susurró.

Jessica, con un alto color en las mejillas, negó con la cabeza. —Pero *sí* estás besando a alguien —susurró de vuelta, sus ojos acusadores.

Sus ojos se abrieron de par en par, y no tuvo respuesta que dar. ¿Jessica lo había estado espiando? ¡El descaro de la chica!

Sus ojos bajaron, recatados una vez más cuando su padre regresó. El tema de la señora Beck fue afortunadamente dejado de lado en favor de temas más divertidos, pero el daño ya estaba hecho. Jessica no le creía. Los había visto y no tomaría su palabra por válida.

—¿Te interesa una visita a Rafferty's mañana, señor? —preguntó el duque—. Pensamos llevar a los Garland a un recorrido por el distrito.

Jessica se aclaró la garganta. —Le pregunté a Mamá si podía quedarme, pero dijo que debía pedirte permiso a ti.

—¿No quieres venir a Rafferty's con nosotros? Pero si te encantó probar suerte con la pesca el año pasado.

—Me gustó, pero era más joven entonces, Papá —le reprochó—. Si me quedo mañana, habrá más espacio en el carruaje, y los chicos no tendrán que compartir las cañas de pescar.

—Podría haber menos peleas de esa manera, también —añadió Gideon, esperando ser útil y apoyar los deseos de Jessica—. Desafortunadamente, yo también tengo otros planes para mañana.

A los niños les gustaba mucho pescar, y aunque Jessica había sobresalido en el deporte, tal

vez había superado el deseo de participar en pasatiempos rudos.

—Es una lástima —Stapleton cruzó la habitación y dejó caer un beso en la frente de Jessica—. A veces olvido que ya eres toda una mujer.

—Hay mucho de eso por aquí —murmuró ella suavemente.

Stapleton se sentó, mirando a su hija con sorpresa escrita en todo su rostro. —¿Oh?

Ella miró a su padre fijamente durante un largo rato. —Muy pronto, ya no seré la más joven.

Stapleton suspiró. —¿Ella te lo dijo?

Jessica miró a su padre con una expresión decepcionada. —No tuvo que hacerlo. Puedo leer las señales tan bien como cualquier mujer.

Gideon miró entre ellos. —¿De qué se trata esto?

El duque sonrió lentamente. —Al parecer, voy a ser padre de nuevo. No lo esperaba, no a nuestra edad, pero...

Gideon se puso de pie de un salto y estrechó la mano del duque con vigor. —¡Dios mío! Felicidades, amigo mío. Felicidades de verdad.

El duque pareció sonrojarse mientras aceptaba las felicitaciones de Gideon. —Aún es pronto. Mejor mantenerlo en secreto por ahora.

—Padre, el personal de la casa ya lo sabe —le advirtió Jessica—. Estaban esponjando cada almohada cuando Gillian bajó esta mañana y ofreciéndose a traerle cualquier cosa que necesitara. Deberías habérmelo dicho tú mismo. Ninguno de los dos pensó mucho en mí.

El duque pareció debidamente avergonzado. —Ah, lo siento, cariño. Pensamos que, con tu temporada y todo, sería mejor esperar para compartir la noticia después de que hubieras hecho tu elección. No queríamos influir en tu decisión.

Jessica se puso de pie repentinamente. —Un bebé cambia las cosas. Gillian no debería volver a Londres, así que no regresaremos este año.

El duque se quedó boquiabierto, pero Gideon comprendió al instante. Jessica pensaba más en la comodidad de Gillian que en sus propias ambiciones de encontrar marido. El viaje de regreso a Londres sería agotador para una mujer embarazada y los rigores de la temporada una tensión añadida. Que él supiera, Gillian nunca había tenido un hijo. Su primero, a su edad, podría ser un momento delicado.

Estaba tan orgulloso de que el primer pensamiento de Jessica fuera para la comodidad y el bienestar de la nueva madre.

—Pensamos que tal vez Fanny aceptaría ser tu acompañante durante el resto de la temporada —sugirió el duque.

La expresión de Jessica se volvió indignada. —¡No! No voy a dejar a Gillian. No se ha sentido bien y podría necesitar mi ayuda para manejar Stapleton más adelante.

Su padre pareció atónito. —¿No quieres volver a Londres?

—Sí, algún día, pero no ahora. No este año. —Miró hacia Gideon y apartó la vista rápidamente—. Si me disculpan, los dejaré a ustedes dos caballeros para que hagan lo que suelen hacer por la noche.

—Buenas noches, cariño —dijo el duque mientras ella salía de la habitación.

Jessica se detuvo justo fuera de la puerta y miró hacia atrás a Gideon cuando él también le deseó buenas noches. Él conocía bien esa expresión. Ella quería hablar con él en privado. Esta noche.

Cuando ella se dirigió hacia la galería larga, él adivinó dónde la encontraría cuando estuviera libre. Una vez había esperado durante horas solo para pedirle que le explicara un chiste que no había entendido en absoluto.

—Está molesta —murmuró el duque.

—Pero no por el bebé —señaló Gideon, dejando a un lado su bebida.

—No, no por eso. —El duque frunció el ceño—. Siempre pensé que el próximo niño que sostendría sería el de ella.

Gideon echó la cabeza hacia atrás contra la silla, imaginando a Jessica sosteniendo a su propio bebé. Sería una buena madre. Era amable, dulce y juguetona. Su marido sería un hombre afortunado.

Miró al duque. —Nunca dijiste nada al respecto, pero ¿no hubo nadie que le gustara en Londres?

—No que hayamos notado. A decir verdad, Jessica parecía decepcionada de su temporada. Temo que fue un error presentarla en sociedad.

—No fue un error. Cuando Jessica esté lista para un marido, todos lo sabremos.

El duque sonrió. —A veces olvido lo bien que entiendes a mi hija. Siempre eres el primero en sugerir paciencia y hablar en su nombre.

—Años de alejarla de los problemas —añadió Gideon.

—Eres el hermano que debería haber tenido.

—¿Hermano? —Resopló—. Yo suavicé los desaires que le causaron sus hermanos. Siempre estaban demasiado ocupados para incluirla, demasiado importantes para jugar y responder a sus preguntas.

—Pero tú no.

—Supongo que no, pero no pienso en ella como una hermana —dijo, riéndose ante la idea. Él era hijo único. Y se alegraba de ello, ya que cualquier hermano que pudiera haber tenido se habría librado de experimentar los duros castigos de su padre. A pesar de los problemas que habían causado los hijos de Stapleton, el duque nunca les había hecho daño. Los niños Westfall habían experimentado una crianza más suave de lo que Gideon jamás había sabido que era posible.

El duque lo miró con una expresión extraña. —¿Cómo piensas en ella?

—Como una amiga —se apresuró a aclarar.

El duque gruñó. —Esperaba que dijeras eso.

—¿Por qué? —Pero entonces supo exactamente lo que el duque estaba a punto de sugerir.

—Con la duquesa embarazada, quiero estar cerca de mi esposa tanto como pueda. Jessica necesitará a alguien que la vigile cuando yo esté ocupado en otra parte.

Gideon no encontró desagradable la idea. Había estado protegiéndola desde que era lo suficientemente mayor como para meterse en chimeneas. —Puedes contar conmigo para vigilarla.

La sonrisa del duque fue inmediata. —Gracias. Ahora, si me disculpas, me gustaría averiguar si mi esposa ha logrado retener la cena esta noche. Volveré en un rato.

—Tómate tu tiempo. —Tan pronto como el duque se marchó, Gideon saltó de su silla y fue en busca de Jessica. La encontró no en la galería larga, sino fuera de ella en el jardín, mirando las estrellas.

—Aquí estás —murmuró en voz baja—. ¿Qué haces aquí sola?

—¿Te pidió papá que me convencieras de quedarme con Fanny en Londres? Puedes ahorrarte el aliento. No iré a ninguna parte.

Había estado escuchando durante un rato entonces. Gideon no se alarmó indebidamente por eso. A Jessica siempre le había gustado saber de qué hablaba su padre. —No volvimos a hablar del asunto de tu temporada. Pero quiere que esté atento a los canallas que puedan aprovecharse

de ti mientras él se mantiene cerca de Gillian.

Ella se rio suavemente. —Todos los canallas se quedaron en Londres.

—Oh, podría haber algunos merodeando por el campo todavía. Nunca se sabe cuándo harán su aparición —bromeó—. ¿Por qué otro motivo me pusiste a seguir los pasos de la señorita Hawthorne mientras estabas fuera?

Ella se volvió lentamente, con una expresión ilegible. —¿Eres uno de ellos? ¿Un canalla?

—¿Yo? ¡Dios mío, no! ¿Por qué preguntas tal cosa?

—Le mentiste a papá. *Estás* teniendo una aventura con esa mujer. La señora Beck.

Gideon se tambaleó ante su brusquedad. No parecía que Jessica estuviera complacida de que él pudiera estar cortejando a alguien. Jessica no había tenido mucha exposición al lado romántico de la vida adulta, pero era su amiga, e idealista. Podría haber pensado que un solo beso significaba que él realmente estaba cautivado. —No es una aventura.

Ella se encogió de hombros.

—No lo es.

Ella puso una mano en su cadera y lo miró con furia. —Entonces, ¿por qué la besaste?

—Ella me besó a *mí*, y espero que no vuelva a hacerlo.

—He oído que todos los hombres quieren que las mujeres los besen.

—Supongo que algunos sí —se pasó los dedos por el pelo, sintiéndose incómodo con el tema —. Fue inesperado. Espero seguir siendo amigo de ella.

—¿Amigos?

—Aliados quizás sea un término más apropiado —suspiró, sabiendo que debía revelar un poco sobre la situación de la señora Beck—. No lo divulgues, pero a ella le gusta la tranquilidad de Quigley Hill y a sus hijos les agrada que haya pocas reglas. Lleva aquí menos de un mes, y su cuñado ya le ha sugerido que es una carga para su hogar y que considere volver a casarse.

—¿Te da lástima?

—No ha tenido una vida fácil, ni la tendrá, dependiendo completamente del dudoso apoyo de los señores Napier.

Jessica frunció el ceño.

—Pero ¿la admiras?

—Solo lo suficiente como para desearle un futuro más fácil. La escuela fue mi sugerencia, una forma en que podría volver a ser dueña de su propio hogar. He sido muy claro sobre mis opiniones respecto al matrimonio, así que ella no puede malinterpretar mi oferta de ayuda como algo romántico.

El ceño de Jessica se despejó y lo miró.

—Bueno, si no la estás cortejando, me gustaría pedirte ayuda también.

—Por supuesto, lo que sea.

Ella se retorció las manos.

—Dejé que Natalia creyera que me habían besado en Londres, y querrá hablar de ello cuando regrese para el almuerzo mañana. ¡Ayúdame! No puedo describir algo que nunca he experimentado.

Casi se rio, pero cuando asimiló sus palabras, se puso muy serio. Los caballeros deberían haber estado haciendo fila para conquistarla. Besarla. Eso era lo que él esperaba.

—Seguramente eso no puede ser cierto.

Ella bajó aún más la cabeza mientras asentía.

Oh, siempre era malo cuando agachaba tanto la cabeza.

—Pero ¿te cortejaron?

—Cortejaron mi dote —susurró, dándose la vuelta.

Él la agarró por los hombros y la hizo volverse para mirarlo. La obligó a levantar la vista deslizando el dedo bajo su barbilla y levantándola.

—¿Jess?

—Estoy tan humillada.

—Lo siento mucho —pero la ira de Gideon aumentó. Confiaba en que esos nobles cazafortunas le arruinaran la temporada. Se sintió ofendido en su nombre—. Tendrás que mentirle a Natalia o decirle la verdad.

—Sabes que no soy buena mintiendo y la verdad es demasiado horrible para repetirla de nuevo —se dio la vuelta, secándose las mejillas—. Quiero que me beses para que pueda salvar las apariencias. ¡No puedo ser la única joven del distrito que no ha sido besada! He tenido una temporada en Londres y no voy a volver este año. Se espera que tenga más experiencia de la que tengo.

Levantó sus grandes y hermosos ojos hacia él, y su corazón, usualmente sensato, le instó a aceptar su petición. Sin embargo, su mente controlaba su lengua.

—No.

—¡Por favor, Giddy! Te estaría eternamente agradecida. O eres tú o le pido a Charles Henderson.

—¡Ni se te ocurra! —Casi la sacudió, pero se obligó a soltarla y calmarse—. Tu padre despellejaría vivo al chico Henderson si te tocara un pelo de la cabeza, y luego te encerraría en tu habitación para siempre.

—Entonces hazlo tú. A ti no te haría daño. O quizás podrías simplemente acceder a que *yo* te bese a *ti* —suspiró suavemente—. Preferiría hacer el ridículo contigo que con cualquier otra persona. Nadie tiene por qué saberlo.

—Yo lo sabré —pero, Dios mío, estaba en problemas, a juzgar por la mirada de determinación en sus ojos. Había visto esa expresión en su rostro demasiadas veces como para descartar fácilmente su petición. No era un capricho, y no lo olvidaría. Incluso podría pedírselo a alguien más en cuanto él le diera la espalda—. Esta es una mala idea.

—No, no lo es. Sé que no querrías engañarme para que me case contigo si lo hiciéramos. Has dejado muy claros tus sentimientos al respecto.

Consideró sus opciones. Debería negarse... pero que la besara un hombre local, alguien brusco que pudiera obligarla a casarse con él, no era nada apetecible.

O Gideon podría besarla *a su manera*, lo que nunca podría llevar al matrimonio.

Miró alrededor para asegurarse de que seguían solos y luego extendió la mano, con la palma hacia arriba.

—Quítate el guante.

—¿Qué?

—Simplemente hazlo, o te dejaré aquí ahora mismo.

—Pero...

Había una adorable arruga entre sus cejas, y él endureció su corazón contra hacer lo que ella realmente había pedido. Cuando su mano estuvo desnuda, él suavemente la acunó con la suya, sosteniéndola con la palma hacia arriba.

—Cierra los ojos.

Ella lo hizo, y luego levantó la barbilla, y sus labios rosados se fruncieron hacia él.

Ignorando su boca, Gideon se quitó su propio guante con los dientes y lo metió en su bolsillo. Miró la mano de Jessica que yacía perfectamente quieta en su agarre. Tenía dedos delicados; piel

pálida, casi translúcida. Era suave en todas las formas en que debía serlo una mujer nacida en la riqueza. Jessica nunca había conocido un día de dificultades en su vida, y él estaba decidido a mantenerlo así.

Usando la punta de un dedo, rozó ligeramente su muñeca interna, y luego acarició suavemente su piel hacia la palma. Sus dedos se movieron ante su toque, y el ceño fruncido regresó con toda su fuerza.

Mantuvo los ojos cerrados, pero un suave jadeo escapó de sus labios mientras él continuaba provocando su piel. Sonrió ante su reacción. Disfrutaba provocándola. Valoraba cada una de sus respuestas a sus caricias. Estaba decidido a hacer de este el mejor casi beso de su vida.

Sonrió mientras deslizaba su dedo suavemente por la longitud de cada uno de los de ella, hasta que pudo oír y ver el efecto que tenía en la respiración de Jessica.

Estudió su rostro en busca de cada precioso cambio en su estado de ánimo, notando cómo se mordía el labio inferior para contener su respuesta. Se acercó un poco más mientras comenzaba a dibujar círculos en su sensible palma. Un pequeño gemido escapó de su control, y él sonrió ampliamente. Nunca había imaginado ver a Jessica calentarse ante ninguna seducción suya... pero estaba disfrutando de esto.

Dio un golpecito en el centro de su palma y luego cerró sus dedos en un puño. Sostuvo su puño cerrado un momento antes de alejarse de ella.

Los ojos de Jessica se abrieron de golpe. Sus labios estaban entreabiertos, y un suspiro tembloroso escapó de ellos.

Él dio otro paso atrás, complacido con su reacción. Sacó su guante del bolsillo y se lo volvió a poner.

Jessica se acercó, con el puño cerrado alrededor de su propio guante.

—Me has privado de un beso de verdad.

Él ocultó una sonrisa.

—Quizás, pero eso debería ser suficiente para ayudarte a engañar a la señorita Hawthorne.

—¿La señorita Hawthorne?

La miró a la cara. Sus mejillas se habían enrojecido, y su labio inferior estaba hinchado y rosado de tanto mordérselo. ¿La había desconcertado por completo con solo su tacto? Increíble. —Dijiste que necesitabas que la señorita Hawthorne creyera que te habían besado antes, ¿no? Así es como se siente. Más o menos.

Ella lo miró fijamente, y luego sus ojos se agrandaron. —¿De verdad?

—¿Te mentiría sobre algo tan importante?

—Espero que no, pero...

—Piensa en cómo se sintió... no saber qué pasaría, la decepción cuando me detuve. Un buen beso siempre debería dejarte con ganas de más.

Sus cejas se fruncieron. —¿Tú las tienes?

—Por supuesto que no.

Volvió adentro sin mirar atrás, confiando en que Jessica regresaría al interior cuando lo considerara oportuno.

CAPÍTULO SIETE

Jessica agradecía la paz y tranquilidad de su hogar, un respiro muy necesario después de sus últimos meses en Londres.

Mientras se peinaba para la tarde en un sencillo moño con algunas horquillas, daba gracias a las estrellas por Gideon. Se sentía más tranquila ahora; segura de una manera que nunca había experimentado en Londres. Durante meses, había desesperado por su nueva situación como mujer en busca de marido. A pesar de todos los consejos recibidos, no fue hasta que experimentó su primer roce de intimidad con Gideon que entendió por qué alguien querría casarse.

Su contacto, un astuto pretexto de besarla, el domingo por la noche había reforzado su confianza con apenas esfuerzo. —Mi primer beso fue encantador. Todo lo que dijiste que debería ser y más —le aseguró a Natalia, quien había llamado esa tarde. Dada la dulzura de los momentos que había pasado a solas con Gideon, ahora estaba feliz de hablar de su experiencia en términos elogiosos.

Natalia rió suavemente y luego se inclinó cerca. —¿No es extraño que tener la lengua de un hombre en tu boca pueda sentirse realmente encantador?

Jessica murmuró su acuerdo, aunque no tenía ni idea de que las lenguas pudieran estar involucradas. Gideon no había dicho nada sobre eso. Tal vez la próxima vez que se encontraran, podría persuadirlo para que continuara un poco más su educación. Todavía anhelaba un beso de verdad.

Natalia se sirvió una segunda taza de té. —Así que parece que tu Giddy y la señora Beck siguen dando que hablar en el pueblo hoy.

Jessica miró a Natalia con asombro. —¿Qué?

Natalia arrugó la nariz. —La señora Napier visitó a madre esta mañana y prácticamente anunció una boda.

—No. —Jessica no podía creer lo que oía—. Giddy juró que no estaba cortejando a la señora Beck.

—Yo también los vi, de pie frente a esa pequeña cabaña que has heredado. —Las cejas de Natalia se elevaron—. ¿De verdad le preguntaste si la estaba cortejando?

—Bueno. Sí. —Se agitó y luego apretó los dedos para controlar su inquietud—. Dijo que estaba siendo amable, ayudando a la señora Beck a sentirse como en casa en un nuevo entorno. —Jessica no mencionó que Gideon quería que la señora Beck dirigiera una escuela desde su propia propiedad. No podía entender por qué habían estado mirando su cabaña cuando ella había dejado muy claro que no se la arrendaría a la mujer.

—Eso no es lo que dice la señora Napier. Definitivamente escuché las palabras "enamorado"

e "inseparables". —Natalia se inclinó hacia adelante—. ¿Crees que te está ocultando su interés por ella?

Eso era preocupante. Su interés en comenzar una escuela podría llevar a la gente a creer que estaba cortejando a la señora Beck, sin importar lo que dijera en contra. Y con la señora Napier removiendo el caldero y creyendo que aún podría hacerse un emparejamiento, la pareja seguiría siendo objeto de chismes.

—Él no me engañaría sobre algo tan importante. No es cierto.

Natalia suspiró. —Bien. Francamente, no me agrada esa mujer. Me cae bien el señor Whitfield, y odiaría que ella atrapara al soltero más codiciado del distrito. Todos, y me refiero a *todos*, han intentado llamar su atención en algún momento. Algunas aún lo intentan incluso después de casarse, según he oído —advirtió Natalia con una risa.

Una pequeña bola de preocupación se formó en el estómago de Jessica. Mientras Gideon siguiera soltero, las mujeres solteras lo perseguirían. La idea no le sentaba bien a Jessica. —Es popular, ¿verdad?

—En efecto. Un excelente compañero de baile y bastante divertido cuando no está ahuyentando a los posibles pretendientes que no aprueba. Te juro que es más intimidante de lo que mi padre podría ser si se lo propusiera. —Natalia se puso de pie de repente y miró por la ventana. La habitación de Jessica daba a la entrada principal—. ¡Oh, mira! ¡Hay tres carruajes dirigiéndose a la mansión!

—Padre solo llevó uno hoy.

—Creo que él es el que encabeza la procesión. —Natalia se volvió hacia Jessica, su rostro palideciendo—. Se están moviendo muy lentamente. Espero que nada haya salido mal hoy en su salida.

—¡Madre! —Jessica salió volando de la habitación y bajó las escaleras con el corazón en la boca. Mamá no había estado completamente bien desde hacía algún tiempo, pero había insistido en que estaba lo suficientemente bien para un corto viaje. Estaban regresando mucho antes de lo esperado de la excursión a la finca de Lord Rafferty, lo que solo podía significar malas noticias.

Imaginando lo peor, Jessica se apresuró a salir para esperar en los escalones de la entrada. Natalia fue un poco más lenta, alcanzándola unos minutos después.

Jessica permaneció en el escalón más alto mientras el carruaje familiar finalmente se detenía al pie, retorciéndose las manos. Los Garland salieron rápidamente, los niños contándole sobre los peces que habían pescado ese día. Pero su padre y su madre se tomaron su tiempo para salir del carruaje.

Incapaz de esperar un momento más, Jessica se precipitó hacia la puerta y asomó la cabeza dentro. —¿Qué pasó?

Padre frunció el ceño ferozmente. —Tu hermana viene, y trajo conocidos de Londres. Los encontró en el pueblo después de pescar.

—¿Rebecca? ¿Otra vez?

—Ahora, ni una palabra sobre la condición de Gillian a nadie.

Natalia jadeó, y padre la escuchó. También le agitó un dedo a la amiga de Jessica. —Tus labios deben permanecer sellados mientras la señora Warner esté aquí.

—Sí, su gracia —prometió Natalia, retrocediendo para permitir que los padres de Jessica salieran—. Ni una palabra.

Gillian se acercó una vez que estuvo de pie al aire libre. A pesar de las terribles noticias, parecía bastante feliz. —Te perdiste un día maravilloso, querida.

—Me alegro de que todos se divirtieran sin mí —murmuró Jessica, forzándose a disipar su

ansiedad.

Gillian miró por encima de su hombro, su sonrisa desapareciendo. —Lo hice, y ahora debemos comportarnos de la mejor manera. Nuestros invitados inesperados casi están aquí.

Jessica también miró. Los carruajes estaban entrando en el círculo de giro del camino de grava. —¿Quién viene en el otro carruaje?

—Lord Newfield y su hijo, Lord James —dijo Madre con amargura.

—¡¿Qué?!

—¿No dijiste que Lord James estaba a punto de comprometerse? —susurró Natalia al oído de Jessica.

—Todos lo esperaban. —Jessica se encogió de hombros. Lord Newfield probablemente estaba aquí para hablar con Padre sobre política, así que no sería un problema, pero Lord James... no tenía idea de por qué había venido—. Odio cómo Rebecca siempre llega sin avisar. No ha vivido aquí en una década.

—Su gracia también. Necesito sacudirme el polvo y cambiarme antes de enfrentarme a todos.

Jessica entrelazó su brazo con el de su madre. —Iré contigo.

—Tal vez debería irme a casa ahora —murmuró Natalia—. A la señora Warner realmente no le caigo bien.

—Siempre serás bienvenida, querida —prometió Gillian—. Tu presencia podría evitar que su excelencia descargue su mal humor.

—Oh. —Natalia palideció—. No, creo que definitivamente debería irme a casa.

Hizo una rápida reverencia y huyó velozmente por el sendero que conducía al límite con el pueblo. Jessica la vio marcharse con una punzada de pesar. —Ojalá pudiera hacer eso.

—Yo también, querida. Yo también.

Pasaron una hora en el piso de arriba mientras Gillian se cambiaba de ropa y hablaba sobre su salida. Jessica observó con creciente cariño y un toque de exasperación el ligero vientre que su nueva madre había desarrollado. Un nuevo hermano no era exactamente lo que había esperado cuando su padre se había casado con su dama de compañía, pero se alegraba por ellos. También estaba un poco preocupada por ella. Madre parecía cansada casi todo el tiempo, pero insistía en que estaba lo suficientemente bien para enfrentarse por fin a sus invitados.

Jessica no esperaba con ansias los próximos días. Rebecca se había opuesto rotundamente a la decisión de Padre de volver a casarse y había evitado hablar con Madre mientras todos estaban en Londres. Rebecca pensaba que Gillian estaba por debajo de su familia y no podía ver lo feliz que el matrimonio había hecho a Padre.

No es que antes hubiera sido infeliz. Padre encontraba diversión en todas partes, relacionándose con un gran grupo de amigos, incluido Gideon Whitfield, y había disfrutado de su vida. Pero necesitaba a alguien a quien volver a casa. Alguien con quien compartir los altibajos de su vida. Gillian encajaba perfectamente en esa necesidad.

Rebecca no podría haber vuelto a casa en peor momento para la pareja. Padre ya estaba tenso por la preocupación del embarazo. Que Rebecca mirara por encima del hombro a Gillian por sus orígenes más humildes solo lo pondría más irritable. Y con Lord Newfield y su hijo aquí también, presionando con su agenda política, habría poca paz y tranquilidad para los recién casados. —¿Deberíamos esperar al Sr. y la Sra. Garland?

—Mi hermano y su esposa desean pasar la tarde con sus hijos —murmuró Gillian—. Se han organizado paseos en poni.

—¡Qué suerte tienen!

—Se van a casa mañana, y espero que su última noche no se estropee.

—No permitiré que eso suceda —prometió Jessica—. Deberíamos invitar a Gideon a cenar. Es una distracción maravillosa.

—Desafortunadamente, ya sé que tiene otros planes para esta noche —suspiró Madre—. Tendremos que arreglárnoslas sin él esta noche.

Descendieron las escaleras juntas y en la entrada del salón, Jessica permitió que su nueva madre se adelantara un poco. Estaba decidida a mostrar su apoyo a este matrimonio de cualquier manera que pudiera. Gillian era la Duquesa de Stapleton, y ya era hora de que Rebecca aceptara su elevación, en opinión de Jessica.

Incluso el mayordomo pareció percibir el ambiente y desempeñó su papel, anunciando la llegada de la duquesa al duque y a Rebecca con gran pompa cuando no era estrictamente necesario con solo la familia presente.

Padre, por supuesto, hizo lo que siempre hacía. Cruzó la habitación a grandes zancadas, tomó a su esposa en sus brazos y la besó sonoramente, sin importarle quién estuviera mirando. —¿Todo bien, cariño? —susurró a Gillian.

Madre asintió y sonrió. —Ahora sí.

Rebecca sonrió solo a Jessica. —Por fin.

Madre y Padre se giraron al oír su voz, con la mano de Madre descansando ligeramente sobre el brazo de Padre, y miraron fijamente a Rebecca, que permanecía a distancia.

La hermana de Jessica se acercó, con una expresión casi dolorida, e hizo una ligera reverencia. —Su excelencia.

—Sra. Warner —comenzó Madre—. ¿Qué la trae a nuestra casa en esta época del año?

La sonrisa de Rebecca era algo frágil que nunca llegó a sus ojos. —Sentí la necesidad de estar con mi familia.

Madre asintió. —Ya veo. Bueno, estamos felices de tenerla de vuelta.

Rebecca asintió. —Gracias.

Madre sonrió serenamente. —Por favor, ¿no quiere sentarse?

Hubo un momento en que el mentón de Rebecca tembló, pero se sentó sin decir una palabra más. Padre tomó la mano de Gillian en la suya. —La Sra. Warner desea quedarse con nosotros durante el verano.

—Encantador —murmuró madre, pero Jessica se sorprendió por el tono extraño de Padre. Rebecca nunca estaba en Stapleton durante todo el verano. Normalmente, se quedaba en Londres o revoloteaba por el campo visitando a sus amigos. Por la forma en que Rebecca retorcía sus dedos en su regazo, Jessica sospechaba que algo andaba mal.

Rebecca se había casado joven y enviudado igual. Concedida una generosa independencia dentro de su acuerdo matrimonial, había vivido principalmente en la casa de su hermano en Londres, al menos hasta que sentía que la gente necesitaba que les recordaran que era hija de un duque.

—Lord Newfield y Lord James —anunció de repente el mayordomo.

Jessica se giró para ver a ambos hombres mientras entraban en la habitación.

Inclinó la cabeza mientras se intercambiaban saludos, pero miró fijamente a Lord James, tratando de averiguar qué estaba haciendo en el campo —su campo en particular— sin su futura novia. Lord Newfield y su hijo eran similares en apariencia. El padre más redondo, el hijo más delgado. Ambos tenían cabello espeso y rebelde en un tono apagado de castaño. Podía ver fácilmente cómo envejecería Lord James simplemente mirando a su padre ahora.

Jessica se acercó a su hermana para susurrar: —Rebecca, ¿por qué los trajiste aquí?

—Yo no lo hice. —La Sra. Warner cerró los ojos brevemente—. Pero mantente erguida y

sonríe. Ambos son demasiado importantes para ofenderlos.

Jessica estaba absolutamente harta de oír que tenía que ser agradable con cada aburrido pomposo que quería un momento del tiempo de su padre. Cuando Lord Newfield entabló una conversación con Padre sobre el último debate en el parlamento, y madre y Rebecca comenzaron a susurrar entre ellas, Jessica se encontró más o menos sola en compañía del hijo.

Lord James le hizo una profunda reverencia. —¡Lady Jessica! Qué bien se ve hoy.

—Mi lord.

No le gustaba que se presentara sin anunciarse y sin invitación.

Lord Newfield regresó. —Londres no es lo mismo sin su belleza para iluminar los salones de baile, ¿verdad, hijo?

—Qué tonterías —murmuró entre dientes. Lord James nunca la había notado cuando ella había estado en Londres. Tenía sus ojos puestos en otra mujer. Ahora lo miró directamente—. Confío en que dejó a Lady Hannah con buena salud.

Un destello de sorpresa se mostró en la expresión de Lord James. Su mandíbula se tensó, y pareció casi negar con la cabeza. —Espero que esté bien —dijo en voz baja.

¿Pero tal vez no feliz? Decidida a no dar ningún aliento a Lord James, se volvió hacia su padre. —Lord Newfield, escuché que aún lo necesitaban en el parlamento para los debates.

—En efecto, lo soy —asintió el marqués—. Tu hermana mencionó que la joya de la familia había regresado al país inesperadamente pronto, privando al mercado matrimonial de la mejor debutante.

El estómago de Jessica se revolvió ante tan ridícula declaración. —Ya veo.

—Mi hijo no es de los que abandonan la cacería tan rápidamente —anunció Lord Newfield.

Era difícil malinterpretar su significado. Cuando Lord James no dijo nada para negarlo, ella dio un pequeño paso atrás y planeó dar más.

Lord James sonrió en su dirección general, pero su mirada revoloteaba por la habitación. —Es bueno volver a Stapleton Manor.

—Yo pensaba lo mismo. *Hasta ahora.*

Él frunció el ceño. —Disfruté mucho la Navidad que pasé aquí contigo.

—Con mi familia. Había muchas otras personas presentes también.

—Sí, ciertamente es bueno estar aquí. Me hubiera gustado conocerte antes de que comenzara la temporada —prometió Lord Newfield, dando una palmada en el hombro de su hijo. Ella oyó el aire escapar de los pulmones de Lord James como si fuera el suyo propio. Se sentía expuesta y desesperada por escapar de ellos.

Jessica se obligó a mantenerse firme. —Sí, yo también pensé que volver a casa era una buena idea, en su momento —repitió—. Suele ser tan tranquilo.

Lord James hizo una mueca.

Sin embargo, Lord Newfield sonrió ampliamente, malinterpretando por completo su significado. —Esperamos ver más de la belleza que Stapleton tiene para ofrecer.

Jessica ya no podía decir lo mismo. Había esperado dejar atrás el mercado matrimonial y los cazafortunas. Pero aquí estaba Lord James, actuando como si Lady Hannah nunca hubiera existido. Nunca imaginó que la seguiría hasta su casa. Oh, cómo deseaba que no hubieran venido, poder dar media vuelta y correr hacia los jardines ahora mismo. Pero las apariencias importaban, incluso en casa, al igual que no ofender a los hombres cuyo apoyo su padre necesitaba en la Cámara de los Lores.

Permaneció en un silencio incómodo por un momento, y entonces Lord James le preguntó si le gustaría dar un paseo por el jardín juntos.

—He pasado la mayor parte de la mañana en los jardines —le informó rápidamente—. Es una época del año muy ocupada para la finca.

—Estoy seguro de que debe serlo —concordó él—. Entonces, ¿qué nuevas vistas podría ver en esta visita?

—Todo es diferente desde su última visita. No hay nieve que cubra la verdadera belleza de Stapleton —sonrió de repente, recordando el consejo de Gideon el invierno pasado—. Pero por supuesto, debe haber venido a estudiar cómo crecen los famosos hongos de Stapleton en la temporada cálida.

—¿Hongos otra vez? —murmuró él entre dientes.

Bendito sea Giddy. Las conversaciones sobre hongos que Jessica había iniciado con sus pretendientes no deseados en Londres aburrían a casi todos hasta las lágrimas. Lord James ya había sufrido varias conversaciones diferentes sobre hongos. Era su culpa si debía soportar otra. —Oh, sí, la nobleza viene de millas a la redonda solo para aprender cómo se propagan, así que no es un secreto tan grande como debería ser.

—Propagación de hongos. ¿No es suficiente con que los sirvientes simplemente los recojan de los campos?

—Oh, no. El cultivo de hongos es mucho más complejo que eso —asintió con entusiasmo y sonrió, decidida a alejar a Lord James. No le importaba si él la consideraba completamente chiflada. Eso también era parte de su plan.

Su sonrisa vaciló un poco. —Tal vez podrías enseñarme sobre los hongos y los jardines mientras esté aquí.

—Oh, bueno, no me necesita para eso. La mayor parte de la responsabilidad del jardín recae en el administrador de tierras de mi padre. Necesita hablar con él para conocer los detalles, pero está ocupado en otro lugar por el resto del día, desafortunadamente —Jessica se tocó la barbilla, considerando la mejor manera de deshacerse de Lord James rápidamente. La gente frecuentemente acudía a Papá en busca de consejo. Quizás hablar de la finca en lugar de política con Lord Newfield también calmaría el mal humor de Papá por la visita repentina de Rebecca—. Si me acompaña. Padre es la siguiente mejor persona para ayudarlo.

Sin esperar una respuesta, Jessica cruzó la habitación y se insertó en la conversación con sus padres y Rebecca. —Disculpe, Padre. Lord James está muy interesado en la finca y en ver los jardines hoy, particularmente los extensos huertos, donde crecen nuestros hongos. ¿Puede ayudarlo?

—Oh, sí —murmuró Madre—. Creo que es una excelente idea.

Padre miró fijamente a Gillian, y Jessica estaba segura de que se estaba produciendo alguna comunicación no verbal porque sus labios se crisparon. En lugar de sentirse excluida, Jessica estaba agradecida. Madre siempre podía convencer a Padre más rápido que cualquier otra persona que hubiera conocido. Debía ser porque se amaban.

—Sí, por supuesto —accedió Padre, asintiendo lentamente—. Venga conmigo, Lord James. Lord Newfield, usted también debería venir. Hay mucho que ver en su *breve* visita con nosotros.

Jessica reprimió una sonrisa. ¿Breve visita? Qué inteligente de Padre establecer límites en su estancia con solo unas pocas palabras.

Padre se llevó a Lord James y a su padre.

—Vine tan pronto como me di cuenta de que Lord Newfield planeaba seguir a Padre al campo —soltó Rebecca tan pronto como se fueron.

Gillian suspiró. —El proyecto de ley nunca será aprobado en su forma actual. Tu padre se lo había dicho a Lord Newfield mucho antes de que nos fuéramos.

Rebecca hizo una mueca y miró hacia Jessica. —No creo que esa sea la única razón por la que Lord Newfield ha venido.

—¿Por qué ha venido entonces?

Pero Jessica ya conocía la razón. —Han venido por mí. Por mi fortuna, más precisamente.

—En efecto. Nuestros caminos se cruzaron en Londres, y Newfield me bombardeó con preguntas sobre Jessica. Me temo que ha traído a su hijo aquí para pedir tu mano en matrimonio a Padre en nombre de su hijo.

—Esa es mi impresión también —Jessica frunció el ceño—. Pero Lord James está prácticamente comprometido con Lady Hannah Alexander, o parecía estarlo.

—Pero su padre aún controla los cordones de la bolsa, así que puede que no tenga elección en cuanto a con quién se casa —Rebecca hizo una mueca—. Y es un aliado poderoso para Padre. Tiende a salirse con la suya en todo, además —advirtió Rebecca en voz baja, lo que le provocó escalofríos a Jessica.

—Rechazaré a Lord James si me lo pide —prometió Jessica—. No me casaré con alguien que me trate como él ha tratado a Lady Hannah. No me importa lo importante que su padre crea que es. No me casaré con un cazafortunas. Nunca.

El suspiro de Rebecca sugería alivio. —Sospechaba eso, por eso quería estar aquí para aconsejarte. Cuando lo rechaces, debe hacerse con gran delicadeza.

Gillian envolvió a Jessica en un abrazo, cuidándola de una manera a la que se había acostumbrado en los últimos meses. —Tener a la familia de mi hermano esta noche podría retrasar que Lord Newfield hable de sus intenciones con tu padre. No tenía idea del renovado interés de Lord James por ti, y estoy segura de que tu padre tampoco. Le advertiré tan pronto como pueda.

—Manejaremos esto como hacemos con todas las situaciones desagradables —prometió Rebecca. Tomó una respiración profunda y la dejó salir lentamente—. Como una familia.

Jessica se tensó, pero Gillian solo asintió. —Será mejor que modifiquemos mi petición del té, ¿no creen, queridas? Jessica, ¿podrías buscar a Brown e informarle que el té será solo para nosotras tres? Creo que lo mejor será que nos retiremos a mi tocador privado, donde podremos hablar libremente sin ser molestadas.

Familia. Jessica estaba agradecida por toda la ayuda que pudiera obtener, especialmente si eso acercaba a su madre y a Rebecca. Las abrazó a ambas. —Gracias.

CAPÍTULO OCHO

Gideon se secó la humedad del cabello y del cuerpo, contento de que la suciedad hubiera desaparecido de su piel. Construir una sala de baño en Quigley había sido una adición costosa pero útil, especialmente para un hombre soltero con solo unos pocos sirvientes.

Sin un gran personal doméstico, el esfuerzo de bañarse se había convertido en una tarea mucho más simple desde la instalación de una caldera para conducir el agua a esta habitación con azulejos. Tener agua caliente corriendo por las tuberías en lugar de acarrear cubeta tras cubeta desde la cocina también ahorraba a todos el esfuerzo.

Normalmente no se bañaba tan temprano en el día, pero un accidente que lo había hecho resbalar en un campo embarrado había hecho que estar limpio fuera muy deseable.

Se puso la bata que le habían regalado hace unos días por su cumpleaños y sonrió mientras la tela envolvía su cuerpo con tal suavidad deliciosa. El lujo de la prenda y la generosidad de Jessica aún lo abrumaban cada vez que se la ponía. Nunca podría pagarle a Jessica por el regalo, así que se aseguraba de que cada vez que la usaba no fuera algo que diera por sentado.

Había sido su propia culpa haberse caído en lugar de prestar atención a dónde ponía los pies. Había estado soñando despierto, como lo había hecho con demasiada frecuencia desde el encuentro del domingo por la noche con Jessica.

Una tontería.

Se abotonó para estar decentemente cubierto para la carrera hasta su dormitorio en el piso de arriba para vestirse con ropa adecuada para la salida que había decidido hacer esa tarde. Se esperaba que estuviera pronto en la taberna. El propietario había insinuado que podría estar interesado en la moneda regular que se ganaría al albergar la escuela, al menos por un tiempo.

Desafortunadamente, no había hecho ningún progreso en encontrar otro alojamiento para la señora Beck y sus hijos esta semana. Su seguridad le preocupaba cada día más. No importaba el tiempo que pasaran lejos de la residencia de los Napier, el ánimo de la señora Beck seguía decayendo.

Mirándose en el espejo de cuerpo entero, sintió que se veía satisfactorio para un hombre más cerca de la vejez que de su juventud. Hoy se sentía más joven, especialmente después de haber engañado a Jessica haciéndole creer que un beso se sentía tan bien como su toque.

Provocarla con ese indicio de seducción había sido más divertido de lo que debería haber sido.

Sacudió la cabeza ante la dirección que sus pensamientos habían tomado una vez más y salió de la sala de baño, con la cabeza baja, pasos ligeros sobre las tablas para no llamar la atención de su personal femenino que rondaba por ahí, siempre listas para hacer comentarios burlones sobre

su último percance. La cocinera y el ama de llaves a veces se reían y susurraban, lo que lo hacía sentir decididamente incómodo.

—Hola, Giddy —susurró Jessica de la nada.

Él giró en círculo, aferrando su bata contra su pecho.

Sin embargo, el pasillo estaba vacío. Solo había imaginado su voz.

—Por aquí —susurró ella de nuevo, y se dio cuenta de que el sonido provenía de un almacén cercano.

Jessica *estaba* aquí.

Gideon miró rápidamente a su alrededor, pero estaba completamente solo en el pasillo. Atraído por la aparición de su mano que lo llamaba desde la oscuridad interior, se arrastró hacia la habitación tan silenciosamente como pudo y encontró a Jessica esperando entre las conservas. —¿Qué estás haciendo?

—Huyendo de casa —susurró ella antes de agarrar su brazo y tirar de él completamente dentro del almacén con ella.

Cerró la puerta ligeramente, dándoles privacidad pero dejando suficiente luz para que pudieran verse una vez que sus ojos se ajustaran.

Jessica se veía encantadora. Fresca. Sonriente. Extremadamente bonita con un suave vestido de muselina amarilla.

Y él... estaba en bata sin nada debajo.

Su rostro se calentó con aguda vergüenza. —¿Qué demonios, Jessica? No puedes simplemente esconderte en mi almacén.

Su sonrisa se desvaneció. —Necesitaba escapar. Rebecca llegó el lunes por la tarde.

—Escuché un rumor de que había regresado. —No la culpaba exactamente por esta escapada. Rebecca iba en camino de convertirse en una arpía por todo lo que había oído y visto en los últimos años—. Supongo que yo también me escondería de ella si fuéramos parientes, pero aun así, seguramente había otros lugares a los que podías ir además de aquí. ¿Qué hay de los áticos en casa? ¿La casa de la señorita Hawthorne?

—Me gusta más aquí —confesó tímidamente—. Madre aún estaba en cama y sintiéndose mal de nuevo, y padre ha estado arrastrando a Lord Newfield y Lord James por la finca desde el amanecer cada día. Lo sabrías si nos hubieras visitado.

Gideon ignoró el reproche. —¿Lord James ha regresado?

—Desafortunadamente, sí. —Se encogió de hombros—. No podía soportar otra mañana escondiéndome de él, así que la señora Brown y yo tramamos un plan para visitar a tu personal.

—Ya veo. —Miró hacia la puerta, esperando no ver a continuación al ama de llaves de Stapleton Manor.

Cuando volvió a mirar hacia Jessica, su atención se había desviado hacia abajo hasta sus pies mientras observaba su apariencia impropia, pero luego miró hacia arriba, sonriendo. —Me alegra saber que estás usando mi regalo. Realmente te queda muy bien.

—Es mucho más cálida que la anterior. Gracias de nuevo. —Estaba *bastante* caliente, a pesar de estar casi desnudo—. Debes irte, Jessica.

Antes de que su reputación fuera irreparablemente dañada por su proximidad. Escandaloso era quedarse corto.

—Pero aún estoy discutiendo asuntos domésticos con la cocinera y la señora Harrow.

—¿Asuntos domésticos? ¿De mi casa?

—Algo así. —Se acercó más, y su voz bajó—. Encontré una encantadora tiendecita en Londres. El aroma de las especias era increíble cuando pasé por allí, así que entré y compré

algunas para experimentar. El estómago de madre es demasiado delicado para los olores fuertes ahora mismo, y no podía esperar, así que vinimos aquí para discutir el mejor uso de ellas con tu personal.

Al menos Jessica tenía una excusa razonable para visitar la casa de un soltero. También había traído una carabina, lo cual era una excelente decisión y protegería su reputación. —¿Planeas hacer más jabón otra vez?

—Posiblemente —murmuró. Se inclinó aún más cerca, apoyando sus manos en los brazos superiores de Gideon, y obviamente lo olió—. Ese es el que hicimos para ti la Navidad pasada, ¿no es así?

Para su sorpresa, su miembro se endureció bajo su bata más allá de su poder para detenerlo. *¡Demonios!*

—Supongo que debe serlo —susurró él, con el rostro ardiendo de vergüenza y conmoción. Esto no debería estar pasándole. No con ella.

Jessica continuó hablando, sin darse cuenta de su lucha interna. —Hemos decidido que la mayoría de las especias quedarían mejor con la comida, y estábamos pensando en posibilidades para un menú. Estarás allí para probarlas todas, por supuesto.

Él tragó saliva. —No puedo esperar.

—¿Lady Jessica? —llamó su ama de llaves—. ¿Está ahí?

Gideon rápidamente cubrió la boca de Jessica para que no hiciera ningún sonido. —No puede saber que estoy contigo vestido así —le susurró al oído, y luego se movió para pararse en la sombra de la puerta.

Una vez adecuadamente escondido, Jessica asomó la cabeza al pasillo. —Sí, señora Harrow.

—¿Encontró lo que buscaba? ¿Necesita ayuda?

—No, tengo todo lo que necesito aquí mismo. —Su mano se agitó hacia él, y él atrapó sus dedos antes de que tirara algo de un estante—. Volveré en un momento.

Ella empujó la puerta casi hasta cerrarla de nuevo y entrelazó sus dedos con los de él. —Necesito ese tarro de melocotones en vino de jengibre y el tarro de melaza detrás de ti —susurró.

Él miró por encima de su hombro sin tener idea de dónde podrían estar esos artículos. Necesitaba sus gafas de lectura para cualquier cosa escrita, pero las había dejado en su estudio al final del pasillo. No podía salir de esta habitación en su estado actual.

Jessica lo soltó y se acercó. Envolvió sus delicados dedos alrededor de los artículos que quería mientras él intentaba en vano deshacerse de su erección. Jessica los movió a un estante vacío junto a la puerta y regresó. Levantó la mirada hacia su rostro y sonrió de nuevo. —No te he visto en días. Ven a cenar esta noche.

Debería negarse, pero para su sorpresa, asintió en su lugar. Para esta noche tendría su cuerpo bajo control. Al menos eso esperaba. —Estoy libre esta noche.

—Quizás esta noche podamos hablar de nuevo, y después de la cena puedas mostrarme cómo se siente un beso de verdad.

Él tragó saliva. Eso era en parte por lo que se había mantenido alejado desde el domingo. *Conocía* la forma en que funcionaba la mente de Jessica. Siempre estaba ansiosa por aprender y rara vez olvidaba. —No es una buena idea.

—Tu última lección de besos no me hizo ningún daño. —Ella escrutó su rostro—. Gracias por eso, Gideon. Natalia se creyó completamente mi descripción de tu beso.

—Me alegro. Jess... —susurró—. Escucha, necesito vestirme.

—¿En serio? —preguntó ella, abriendo los ojos mientras lo evaluaba.

Dios mío, había aprendido a coquetear mientras estaba fuera. Él no iba a permitirlo. Estaba

demasiado cerca, con los labios alzándose hacia los suyos.

Él se echó hacia atrás.

Jessica hizo un puchero y bajó a sus talones. —Solo iba a despedirme.

—No es buena idea tentar a un hombre que no lleva pantalones —advirtió.

Los ojos de Jessica bailaron con diversión. —He visto tus piernas desnudas antes cuando vas a pescar con papá, Gideon. No son tan impactantes.

Ella no había visto más arriba de sus rodillas, y más arriba de eso era precisamente donde su problema se estaba haciendo evidente en ese momento. Se inclinó un poco más hacia adelante, asegurándose de que su bata colgara suelta alrededor de sus caderas, y señaló impaciente hacia la puerta. —Vuelve a la cocina para que pueda irme sin ser visto.

Jessica lo miró de arriba abajo de nuevo, frunciendo el ceño. Él la agarró por los hombros y la empujó hacia la puerta. —Ve.

Jessica rió suavemente, con una mano agarrando el pestillo de la puerta. La luz se filtraba alrededor de su cuerpo como un halo. Era hermosa y cautivadora, y pensamientos generalmente ignorados se filtraron en su conciencia tan claros como el día.

Ahora era una mujer. En edad de ser esposa. Una amante.

Él era soltero. Uno viejo y delirante, quizás, pero aún un hombre con deseos normales.

Quería besarla muy intensamente.

Apretó la mandíbula sobre una maldición que la habría impactado y sacudió la cabeza. —Vete ahora.

Ella suspiró algo feliz y recogió los tarros por los que había venido. —No llegues tarde a la cena. Lord James es un hombre tedioso, y ya he discutido sobre el cultivo de hongos dos veces con él.

Él sonrió a pesar de su incomodidad, y Jessica se escabulló sonriendo también. Su diversión murió en el momento en que ella se fue.

Cerró la puerta, se apoyó contra ella y golpeó su cabeza contra la madera una vez. ¡Qué diablos le pasaba! No debería sentirse así por Jessica. Era una aberración, provocada por su estado de desnudez. Se dio la vuelta y enfrentó la habitación oscura. *Maldita sea. Solo soy humano.*

Y ella es muy bonita, persistente y casi nunca se preocupa por el decoro cuando está contigo.

Se pellizcó el puente de la nariz en un intento de controlarse. Pensó en la escuela y el bien que esperaba hacer por la señora Beck. Él y Jessica eran amigos y vecinos. Actuaría como si el día de hoy no hubiera sucedido.

Miró hacia abajo y frunció el ceño.

Lo haría tan pronto como tuviera *eso* bajo control.

¿ERA JUSTO QUE Jessica siempre tuviera que esperar una eternidad cuando quería hablar con Gideon? No, no lo era. Jessica tamborileó con los dedos sobre la vieja mesa, ignorando su tercera taza de té. Hoy sentía más que nunca las restricciones de su estatus como mujer soltera.

—Estas son encantadoras —exclamó la señora Mills, inhalando las sutiles fragancias de las especias que Jessica había comprado en Londres.

—En efecto. Muy sutiles —concordó el ama de llaves de Stapleton.

La señora Harrow miró hacia Jessica. —¿Algo en mente, mi lady?

—No. No realmente —prometió. Pero el calor de la cocina estaba haciendo que su mente

divagara. Un poco más y se quedaría dormida en esta misma silla. No podía dormir aquí. Esta no era su casa.

Pero podría serlo, sugirió su imaginación rebelde.

Se sentó un poco más erguida, observando cómo los sirvientes se dividían los botines de su viaje de compras a Londres entre ellos.

Mientras trabajaban y debatían, Jessica mantenía un oído atento a los sonidos de Gideon moviéndose por la casa. Desafortunadamente, su dormitorio estaba ubicado un piso arriba y al otro lado de la casa desde donde ella se encontraba sentada. Pero sospechaba que escucharía a Gideon en las escaleras cuando bajara después de vestirse.

Se llevó la mano a la garganta. No le había molestado verlo como lo había descubierto hoy, y desde entonces, bueno, la idea de sorprenderlo de nuevo le resultaba tremendamente atractiva.

Ahora sabía algo muy personal sobre él, aunque debía mantenerlo en secreto. Eso la hacía sentir decididamente presumida. Sin embargo, las oportunidades para pillar a Gideon desprevenido nunca habían sido muy frecuentes. Jugueteó con dos pequeños cuencos de especias frente a ella. —¿Combinaría usted estas dos?

La señora Mills negó con la cabeza, pero la señora Brown asintió. —En jabón de afeitar, quizás, con miel para suavizar el aroma. El antiguo ayuda de cámara de su excelencia preparó algo muy similar una vez, creo. Pero eso fue hace años. No dejó su receta.

—Es una lástima. —Podía imaginar ese aroma en la piel de Giddy. Luchó contra un rubor y acercó esas especias hacia sí misma—. Me quedaré con estas por ahora.

La señora Harrow sonrió radiante. —Durarán hasta que tengas un marido para quien usarlas. Tal vez la señora Brown podría buscar esa receta mientras tanto.

¿Un marido? ¿No había ningún lugar al que Jessica pudiera ir que no incluyera una discusión sobre su futuro matrimonio? Ahora que estaba de vuelta en el campo, prefería no pensar en el futuro: los hijos que se suponía que debía desear, el marido al que debía complacer. El cazafortunas que la perseguía.

Prefería mucho más hablar con sus amigos. Y también provocar a Giddy.

Miró por encima del hombro. Parecía estar tardando mucho en cambiarse y volver abajo. ¿Se habría perdido de oírlo? ¿Se habría escabullido para visitar a la señora Beck sin despedirse? Miró al personal de él, curiosa sobre cómo conducía realmente sus asuntos cuando ella no estaba cerca. —Tengo entendido que el señor Whitfield organizó una cena recientemente.

—Así es. Resultó ser un evento exitoso.

La señora Mills chasqueó la lengua. —Bueno, lo habría sido de no ser por...

—Shh —siseó la señora Harrow, mirando a Jessica y a la señora Brown con culpabilidad.

Jessica miró entre las mujeres. —¿Qué es lo que no me están contando?

—Estoy segura de que no es nada —prometió la señora Harrow.

—No es nada. Tengo mis sospechas. —La señora Mills cruzó los brazos sobre sus amplios pechos.

—¿Sobre qué? ¿Esto tiene que ver con el señor Lewis comportándose de manera extraña con el señor Whitfield?

La señora Mills negó con la cabeza. —Él también ve lo que está pasando.

Jessica se reclinó en su silla, molesta con ellas por mostrarle un trozo tan pequeño de información y no explicarlo. —Bueno, si van a seguir siendo crípticas sobre el asunto, creo que es hora de que me vaya.

El par protestó, pero Jessica se levantó de todos modos. Recogió su chal y lo colocó sobre sus hombros. —Señoras, gracias por una tarde agradable. No se levanten. Me despediré yo

misma.

—Es esa nueva mujer, la que vive con los Napier —soltó la señora Mills.

—Calla —advirtió la señora Harrow.

Jessica se volvió lentamente. —¿La señora Beck?

La señora Mills asintió aunque la señora Harrow no dijo nada.

—¿Qué ha hecho?

—Le ha echado el ojo.

El único caballero por el que la señora Mills y la señora Harrow se habían preocupado alguna vez era su propio amo. —¿Al señor Whitfield? —preguntó, solo para asegurarse de que lo había entendido bien.

—Sí —dijeron ambas al unísono.

—No creo que tengan nada de qué preocuparse. Él siempre ha dicho que nunca se casaría.

—Por la forma en que su padre lo trataba —refunfuñó la señora Mills—. Fue muy duro con el chico, en su momento.

Todo el aire salió de los pulmones de Jessica. Sabía muy poco de la vida de Gideon antes de su nacimiento, pero ahora que lo pensaba, Gideon nunca hablaba de su padre ni con ninguna tristeza por su fallecimiento. Jessica se hundió en una silla lentamente, lista para escuchar a las dos mujeres que podrían saber más sobre Gideon que nadie vivo. —Cuéntenme.

La señora Mills tomó un trapo y frotó una mancha en la superficie de la mesa. —Lo castigaba injustamente. Por nada más que algunas ofensas imaginarias. Su madre era demasiado tímida. Temerosa de su marido.

—Y ahora los hijos de la señora Beck sufren la misma tiranía bajo la mano de otro —susurró la señora Harrow, inclinándose hacia Jessica—. Por supuesto, eso se detendría si él se casara con la madre. Es un hombre gentil, nuestro amo. Tememos que haría cualquier cosa para evitar que un niño sufriera tanto dolor de nuevo.

Jessica tragó saliva. Podía ver fácilmente hacia dónde se dirigía la imaginación de las señoras con esto. —Es un buen hombre.

—Sería un buen marido. Un padre cariñoso si tan solo confiara en sí mismo para no terminar como él.

¿Era por eso que había jurado no casarse? ¿Por qué ella nunca había oído un susurro sobre Gideon cortejando a alguien hasta ahora? Jessica nunca creería que Gideon pudiera ser cruel, y estaba a punto de decirlo también, pero escuchó un paso pesado en la escalera y calló rápidamente a las señoras. Comenzó a hablar de las especias de nuevo mientras los pasos familiares de Gideon se acercaban lentamente.

CAPÍTULO NUEVE

Gideon caminaba pesadamente hacia la habitación del ama de llaves para anunciar su inminente llegada. Podía oír la voz de Jessica en la habitación y no quería molestarlas. Sin embargo, no les pagaba a sus sirvientes para que se sentaran todo el día a beber té con la hija menor de su vecino.

Rozó con sus dedos las paredes familiares de su hogar mientras Jessica hacía suaves sugerencias para mejorar su menú como si fuera la señora de la casa.

Siempre le asombraba lo preocupada que estaba Jessica por el bienestar de los demás, pero no era correcto que se afanara tanto por él.

Se dirigió a las cocinas y toda conversación cesó. Miró alrededor de la habitación e inhaló los fuertes aromas de las compras de Jessica. —Perdonen la interrupción.

La señora Harrow sonrió. —¿Qué puedo hacer por usted, señor Whitfield?

—Nada. Solo iba de salida.

Su cocinera empezó a levantarse. —Justo habíamos terminado. De todas formas, es hora de empezar con su cena.

—Cenaré fuera esta noche.

La señora Mills se sentó con un evidente sonido de disgusto. —¿Otra vez? —refunfuñó suavemente, aunque todos en la habitación la habrían escuchado.

—La cena será a la hora habitual, señor Whitfield —dijo Jessica rápidamente.

—¿Cenará en Stapleton esta noche? —exclamó la señora Harrow—. Le avisaré al señor Lewis que cepille su mejor traje con tiempo para que no llegue tarde.

Jessica se puso de pie. —Yo también me voy ahora, así que es un momento excelente.

Jessica recogió su sombrero de un perchero mientras él la observaba. Su excitación afortunadamente había disminuido, pero su recuerdo no. —Te acompañaré entonces —sugirió.

Se despidió con la mano de su ama de llaves e hizo un gesto para que Jessica saliera antes que él. La ayudaría a subir a su carruaje y se aseguraría de que regresara a casa a salvo con su carabina.

Gideon se puso el sombrero mientras el ama de llaves de Stapleton se unía a ellos. —Es un día encantador para un paseo en carruaje, mi lady.

Jessica sonrió. —Perfecto, en realidad, pero creo que me gustaría caminar a casa en lugar de tomar el carruaje.

Jessica era una mujer enérgica e impulsiva también. Se preocupaba por su carabina, que ya tenía sus años. —¿Y la señora Brown? ¿La harás caminar a casa también?

—Oh, no. La enviaré de vuelta en el carruaje con el señor Lewis, si me permite pedirle prestado por una hora para que la lleve. ¿Le importa mucho volver a casa sin mí, señora Brown?

—Por supuesto que no, mi lady. Sé cuánto le gusta estirar las piernas. —El ama de llaves sonrió cálidamente—. Estoy segura de que el señor Whitfield la llevará a casa sana y salva.

¿Incluso cuando no era apropiado? Después de los eventos de hoy, era aún más incorrecto. Sin embargo, el ama de llaves de Stapleton parecía no encontrar nada malo en el plan de Jessica, y él estaba muy desconcertado por su acuerdo. —Siempre está segura conmigo —prometió.

El ama de llaves sonrió cálidamente. —Bien.

Gideon vio al señor Lewis al otro lado del jardín, y cuando lo llamó, Lewis estuvo encantado de cumplir con su petición. Se quitó el sombrero ante Jessica e incluso le sonrió a Gideon también, por primera vez en semanas. Lewis prometió traer el carruaje a la señora Brown si ella esperaba unos minutos a la sombra.

Gideon y Jessica dejaron atrás al ama de llaves en un banco. Él puso sus manos detrás de la espalda mientras caminaban. —Qué extraño. Parece que el señor Lewis por fin ha superado su malhumor.

—Eso espero yo también —murmuró Jessica mientras de repente tomaba su brazo—. He echado de menos nuestros paseos.

Él también. Quizás debería caminar detrás a cierta distancia. Sin embargo, ella había dicho que Lord James había regresado, y podría estar merodeando por el jardín con la esperanza de encontrarla sola. No le gustaría que fuera sorprendida por la aparición de un cazafortunas mientras estaba desprevenida.

Avanzaron más allá del primer recinto, tomando el camino habitual hacia la finca de su padre. Jessica, luciendo una sonrisa radiante y llena de emoción, miraba alrededor felizmente. —¿Hasta dónde caminaremos hoy?

—Vas directamente a casa, jovencita.

Ella hizo un puchero. —No hay nada impropio en que caminemos juntos por Stapleton, y necesito hablar contigo. En privado.

—¿Oh?

Ella se frotó la frente. —Giddy, tengo un problema para el que no veo una solución fácil.

—No hay problema que no puedas superar, Jessica. Eres una joven sensata e inteligente. Sabes que no hay nada que pueda detenerte una vez que te decides. ¿Cuál es el problema? Lo resolveremos juntos.

Ella se detuvo bajo la sombra de un roble y apoyó sus dedos en el tronco, permaneciendo en silencio por un tiempo dolorosamente largo. —Rebecca dice que Lord James probablemente ha venido a proponer matrimonio entre nosotros, y creo que tiene razón.

Él la miró con agudeza. —¿No te gusta la idea?

Ella lo miró y parpadeó. —Giddy, es tan aburrido, y obviamente estaba enamorado de otra persona hace apenas una semana. Lo vi con Lady Hannah Alexander en Londres. Pensé, como todos los demás, que estaban enamorados. ¡Nunca esperé verlo aquí!

—Viene de una familia poderosa.

—Su padre es rico y un matón, creo. Lord James tiene los bolsillos vacíos y depende de su padre para vivir. Sospecho que Lord Newfield lo ha arrastrado hasta aquí para proponerme matrimonio simplemente porque está desesperado por una gran dote y la conexión con mi padre. Lady Hannah solo tiene una pequeña dote, pero su padre no es tan apreciado. Si la desesperación de Lord James lo hiciera de alguna manera atractivo como prospecto matrimonial, nunca me sentiría tan ansiosa por escapar de mi propia casa. Rebecca dice que debo rechazarlo de la manera correcta sin ofender a su padre, pero me preocupa que decirlo una vez no sea suficiente.

Él la miró sorprendido. —¿Rebecca apoya tu decisión de rechazarlo?

Ella asintió. —En esto, ella y Madre están del mismo lado: el mío. Pero nada de lo que han dicho hasta ahora me da esperanza de que esto no cause consecuencias para Padre más adelante.

Él se frotó la mano sobre la boca. —A menos que ya estuvieras comprometida, solo puedo sugerirte que seas honesta con Lord James. Si está enamorado de otra dama, como crees, entonces probablemente esté igual de infeliz de estar aquí ahora. Como caballero, debe aceptar tu decisión sin discutir.

—Pero como miembro del parlamento, su padre podría encontrar una forma de castigar a *mi* padre más adelante de alguna manera retorcida.

—No te agrada nada Lord Newfield, ¿verdad? —Era sabia al temer la manipulación paterna —. ¿Qué dice tu padre que hagas?

Ella lo miró. —Padre dice que me ama y que es mi elección con quién me case. Simplemente nunca pensé que mi decisión podría afectarlo a él.

Deslizó los dedos desde el hombro hasta el codo de ella, deseando poder hacer algo para aliviar sus temores.

—No debería ser así para ti.

—Por eso te necesito desesperadamente en la cena de esta noche. No puedo fingir otra jaqueca por tercera noche consecutiva.

—¿Quieres que acapare la atención de Lord James por ti?

—Lo hiciste muy bien en Navidad sin que yo te lo pidiera —señaló ella.

—No era consciente de haber sido tan obvio.

—Oh, me di cuenta, y no me molestó en absoluto.

Gideon había estado justificado en Navidad: Jessica no había debutado en sociedad y su padre había deseado su intervención para vigilar a Lord James.

—Un soltero sin interés en el matrimonio tiene sus usos.

Los dedos de ella se posaron en su brazo.

—Puede que necesite aún más ayuda que el simple hecho de que te interpongas entre Lord James y yo esta noche. Me temo que se está interesando realmente en nuestras conversaciones sobre hongos ahora. ¡Está haciendo todo tipo de preguntas que ponen a prueba mis conocimientos sobre el tema!

—Bueno, eso es inconveniente. —Consideró qué hacer. Muchos lores necesitaban fondos y un heredero, y la forma más sencilla de remediar la escasez era casarse con una joven dama con una gran dote de una familia impecable.

Y Jessica tenía una dote de veinte mil libras.

Un hombre inteligente podría hacer mucho con ese nivel de fondos a su disposición. Un hombre *ambicioso* podría sobornar a los sirvientes para que mirasen hacia otro lado y asegurarse de que Jessica no tuviera elección en cuanto a con quién se casaba. No le gustaba pensar que los sirvientes de Stapleton fueran tan mercenarios, pero no era inaudito cuando había mucho dinero de por medio. La primera vez podría ser más que suficiente para meter a Jessica en un escándalo del que no pudiera escapar.

Gideon miró fijamente el jardín, apretando la mandíbula. Siempre había esperado que Jessica fuera cortejada por alguien que la amara.

—Tal vez podría ser de utilidad... con el incentivo adecuado.

—¿Qué tipo de incentivo? —Su mirada se clavó en la suya, con picardía brillando en sus ojos—. ¿Podría pagarte con besos? Reales, y no ese truco ingenioso que hiciste con tu dedo en la palma de mi mano.

Él negó con la cabeza. Se había metido directamente en esa trampa él solito.

—¿Qué tal si tocas el pianoforte después de la cena? No te he escuchado desde Navidad. He echado de menos el sonido.

Ella asintió, pero era evidente que su respuesta la había decepcionado.

—Entonces tocaré para ti toda la noche si eso mantiene a Lord James a raya. Sin duetos. ¿Qué te gustaría escuchar?

Él sonrió.

—Cualquier música que te haga feliz.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Entonces tocaré solo para ti. Me sé tus favoritas de memoria.

—Hecho. —Disfrutaría de eso: la música *y* frustrar a un rival por sus afectos. Intentó guiarla hacia Stapleton Manor, pero como había sucedido antes, Jessica se resistió y se volvió hacia el otro lado.

—Jessica, ¿adónde vas? —Señaló en la dirección que ella debería ir—. La casa está por allí, ¿o lo has olvidado?

—Por favor, no me hagas volver todavía. Estaré encerrada con Lord James muy pronto. Solo quiero caminar un rato más contigo.

A regañadientes, asintió. Aquellos extraños deseos que había experimentado antes no habían regresado. Jessica estaba a salvo, y él quería dejar atrás firmemente ese inquietante momento. Señaló el sendero que los llevaría de vuelta a Stapleton Manor de manera indirecta, pasando por campos donde los sirvientes de Stapleton siempre trabajaban.

Serían vistos juntos en cada paso del camino.

Jessica se detuvo para hablar con varios de los hombres más ancianos, preguntando qué estaban haciendo y cómo habían estado mientras ella estaba en Londres. Había un hombre nuevo en la propiedad, y le pidió al administrador de tierras que se lo presentara.

Gideon no estaba contento con eso cuando vio al gran tipo corpulento. El nuevo hombre era joven y obviamente fuerte, con brazos y piernas como troncos de árbol, y se erguía sobre Jessica. Y sobre Gideon también, para el caso.

Cuando el tipo miró a Jessica con ojos lujuriosos, eso puso aún más los dientes de Gideon al borde.

—Lady Jessica —dijo, alzando la voz para interrumpir—. La esperan de vuelta en la mansión.

—Es cierto. Adiós, señor Sweet. Hablaremos de nuevo pronto.

¿Señor Sweet? Nombre ridículo. El maldito hombre parecía peligroso, especialmente alrededor de Jessica.

Ella se reunió con él lo suficientemente rápido, pero después de unos pasos, miró por encima del hombro.

—Cielos, *era* impresionante, ¿verdad?

Él miró por encima del hombro al joven sudoroso que miraba a Jessica como una bestia hambrienta. Clavó en el hombre su mirada más oscura hasta que el tipo tuvo el sentido de apartar la vista.

—Difícil de decir bajo todo ese barro.

—Fuerte, también. —Jessica se rio—. Las criadas no han dejado de hablar del hombre nuevo sin parar. Tenía que verlo por mí misma.

Gideon se detuvo y su ceño fruncido regresó, solo que esta vez dirigido a Jessica. Definitivamente no le gustaba la idea de que ella estuviera admirando a los sirvientes en la propiedad de su padre.

—Si te atreves a decir que te gusta...

En lugar de sentirse reprendida, Jessica lo miró boquiabierta y luego se dobló de risa. Él se quedó allí torpemente hasta que ella se recuperó, secándose los ojos.

—Ni en mil años, Giddy.

Aparentemente, había perdido completamente la cabeza hoy y había reaccionado de forma exagerada una vez más.

—Perdóname.

—El señor Sweet tiene una hermana que vive con una tía en el pueblo de al lado. La tía no tiene mucho de qué vivir, y la chica tiene edad para ocupar un puesto. Para empezar a conocer su potencial, necesitaba una presentación. Él es el cabeza de familia y responsable de ella. Difícilmente voy a desmayarme por alguien que acabo de conocer como han hecho las criadas tontas.

Avergonzado, apartó la mirada.

—Eso espero.

Jessica se rio de nuevo y se aferró al brazo de Gideon.

—Giddy, hay días en que creo que me conoces mejor que yo misma, y otros en los que no me conoces en absoluto.

Gideon caminó unos pasos en silencio, con el brazo de Jessica firmemente enroscado en el suyo.

—¿Sobre tu pretendiente?

—Lord James no es un pretendiente que yo quiera, Giddy. Cuando volví a casa, lo hice con la suposición de que no tenía ninguno.

—Eso es ridículo. —Gideon anticipó que Jessica lo soltaría pronto, pero ella movió su mano a lo largo de su brazo, sus dedos deteniéndose en el interior de su muñeca. Bailaron ligeramente sobre su pulso de la manera más enloquecedora. Él miró fijamente donde ella lo tocaba y se tragó un gemido—. Estoy seguro de que no permanecerás soltera por mucho tiempo. Cuando regreses a Londres el próximo año, quién sabe a quién conocerás entonces.

—¿Alguna vez dudaste de tu decisión de no casarte, o siempre quisiste vivir solo?

—Nunca lo pensé realmente.

Jessica le apretó la muñeca y suspiró.

—Podrías cambiar de opinión.

Se estaban adentrando en un territorio del que prefería no hablar. Negó rápidamente con la cabeza. —No lo haré. No ahora.

Jessica apoyó de repente su mejilla contra el hombro de él, como solía hacer cuando era niña y tenía miedo durante una tormenta. —Te he echado de menos —susurró.

Gideon se mordió la lengua en lugar de admitir que él también la había extrañado. Se desenredó de su agarre con pesar, justo antes de que Stapleton Manor apareciera entre los árboles y alguien los viera casi abrazados.

Y menos mal que lo hizo, porque el duque estaba paseando por los jardines, hablando con un desconocido justo delante. Lord James los seguía, arrancando las cabezas de las flores sin que nadie lo detuviera. —¿Es ese Lord Newfield con tu padre?

Jessica se deslizó detrás de él como si tratara de esconderse. —Sí.

Gideon estudió cuidadosamente al caballero que caminaba pavoneándose al lado de Stapleton. Era mayor que él, ligeramente corpulento, con una voz retumbante que se oía por todos los terrenos. Volvió su atención a Lord James, que los seguía detrás. El joven caminaba encorvado y no mostraba nada del brío que había exhibido en Navidad. En Navidad, Lord James

había exudado confianza como si fuera el dueño del mundo.

Quizás era su padre quien lo *poseía* a él.

Si ese fuera el caso, Lord Newfield no era un hombre con el que Jessica debiera emparentar jamás. Cuando todos entraron en uno de los jardines amurallados que rodeaban la mansión y desaparecieron, se volvió hacia ella. —Te acompañaré directamente a la puerta.

Ella asintió. —Gracias. Me alegro de que estés aquí. Después de que te vayas a casa, me quedaré arriba en mi habitación hasta que vuelvas para la cena. No les daré la oportunidad de encontrarme a solas esta noche.

Gideon inspiró bruscamente. —¿Tanto les temes?

—No. —Se encogió de hombros—. Bueno, quizás un poco, pero solo porque si dicen que él quiere casarse conmigo, voy a rechazarlo en el acto. Eso sería incómodo.

—No dejaré que Lord James te acorrale esta noche. —No tenía derecho a involucrarse, pero ciertamente podía hacerse el molesto. Con título o sin él, con dinero o sin él, Jessica merecía ser cortejada por quien era, no por cuánto dinero pudiera aportar a un matrimonio.

CAPÍTULO DIEZ

Había algo tan correcto en tener a aquellos a quienes más amaba reunidos en Stapleton. Jessica estaba sentada en su lugar habitual en la mesa de su padre, Gideon a su derecha, Rebecca sentada enfrente. Mamá y Papá estaban uno al lado del otro en el extremo de la mesa, susurrando como solían hacer. Demostraban que la amistad y el matrimonio iban tan bien juntos.

Jessica estaba orgullosa de que ignoraran la tendencia de Londres. Tantas parejas casadas allí apenas se hablaban en público. Ese era el tipo de matrimonio que ella ya había jurado no tener. Cuando se casara, no sería solo por su dote. Quería lo que su padre había encontrado con Gillian. Quería ser amada.

Padre había invitado a algunas familias locales a unirse a ellos esta noche. Los Hawthorne estaban allí, al igual que los Forster y los George. Todos vecinos que compartían frontera con ellos, en realidad. Y Gideon había cumplido su palabra y nunca había estado muy lejos desde su llegada. Ella lo estaba pasando de maravilla y disfrutaba inmensamente de sus conversaciones con él. Habían hablado de conocidos mutuos, los planes de Gideon para su jardín y las tasas de rendimiento proyectadas para el hongo cultivado en Stapleton Manor, pero solo cuando Lord James estaba cerca.

Ahora, la cena estaba llegando a su fin. Pronto se iría.

Lord James, sentado a su izquierda, se aclaró la garganta.

—Me preguntaba si podría acompañarme mañana a un paseo en carruaje al pueblo. Su excelencia ha sugerido caballos, pero...

—Un paseo a caballo es una idea encantadora. ¿Nos acompañarán todos a un paseo al río mañana? —preguntó, mirando alrededor de la mesa—. Podríamos hacer un picnic.

—Siempre y cuando el viaje no comience antes del amanecer —Lord Rafferty, un vecino lejano, se encogió de hombros—. A mi cocinero le gusta dormir hasta tarde.

Era Lord Rafferty a quien le gustaba dormir hasta tarde. Aunque era brusco y a veces antipático, a Jessica le caía bastante bien el conde. Era un buen amigo de Gideon y de su padre también. Siempre culpaba a sus sirvientes por su tardanza, lo que nadie realmente creía.

—Creo que podemos acomodar a su cocinero, milord. ¿Quizás podríamos reunirnos a las once si no es demasiado temprano?

Oyó a Lord James murmurar "perfecto". Sonrió pero no se atrevió a mirar en su dirección. Jessica se aseguraría de estar ocupada hasta las once.

Lord Rafferty se inclinó hacia adelante repentinamente.

—Tengo una mejor idea. Sr. Whitfield, ¿le apetece competir contra mí de nuevo?

Rebecca se puso rígida.

—Tonterías. Se romperá el cuello.

Lord Rafferty vació el contenido de su copa de vino y le hizo un gesto a un sirviente para que la rellenara de nuevo mientras Rebecca lo miraba con expresión agria. Miró el vino y luego a Gideon.

—¿Y bien?

—Oh, sí, hazlo —suplicó Jessica, volviéndose hacia Gideon con emoción. La última carrera había sido una gran fuente de entretenimiento para las fincas cerca de las que cabalgaban. A Jessica no se le había permitido competir ella misma, ni sentía la necesidad de hacerlo ahora que era mayor, pero estaría presente para el inicio y el glorioso final cuando Giddy ganara.

Giddy le sonrió rápidamente antes de dirigirse a su vecino.

—¿El primero en dar la vuelta a los límites gana una caja del mejor vino de Rafferty para su mesa?

Lord Rafferty asintió, con una luz feroz en sus ojos.

—El primero en llegar a la meta gana un barril de cerveza Quigley Hill. Empezamos y terminamos desde la entrada principal de su finca, Sr. Whitfield.

Gideon asintió.

—Hecho.

—Bueno, mi hijo entretendrá a las damas y las mantendrá fuera de peligro en su ausencia —anunció Lord Newfield con importancia sin pedirles su opinión.

Jessica miró al otro lado de la mesa cuando Rebecca contuvo la respiración bruscamente, tan molesta por esa sugerencia como ella. Lord Newfield claramente pensaba que las mujeres no podían entretenerse solas. Otra buena razón para rechazar al hijo, si llegara a proponerle matrimonio.

Lord Rafferty miró a Rebecca y sonrió con suficiencia.

—¿Le gustaría hacer una apuesta sobre el resultado, señora, o preferiría competir contra nosotros?

—No sea ridículo —dijo Rebecca con primor—. Tengo mejores cosas que hacer con mi tiempo que desafiar a un par de hombres insensatos.

—Como guste. ¿Lady Jessica?

—Ella tampoco va a competir —soltó Rebecca—. No tenemos necesidad de competir con ningún hombre.

Los ojos de Rebecca destellaron con ira, principalmente dirigida a Lord Rafferty.

Jessica fingió considerar el asunto, y luego asintió.

—Observaré. Y con gusto haré una apuesta sobre el resultado —le informó a Lord Rafferty.

Siempre había animado a Gideon. No tenía dudas sobre su compromiso o habilidades en la silla de montar.

Sin embargo, lo que apostara tendría que ser especificado ahora, y ya había gastado su dinero para alfileres en Gideon.

—El ganador puede tener el placer de escoltarme al próximo baile.

A su lado, Gideon comenzó a atragantarse.

—Llevar a Rafferty a un baile no es tarea fácil. Además, es famoso por no bailar.

Ella miró a Giddy y sonrió serenamente.

—Entonces quizás sería mejor que se asegure de ganar, Sr. Whitfield, para que pueda tener el placer de bailar conmigo en su lugar.

Todos en la mesa rieron y comenzaron a hacer apuestas sobre el resultado también. Las cejas de Gideon se alzaron con sorpresa ante sus palabras, pero ella no retiraría el desafío. Bailaría

toda la noche con Gideon si se lo permitieran. Nunca le había pisado los pies ni una sola vez. De hecho, cuando habían bailado juntos, Jessica a menudo había sentido que flotaba en sus brazos.

Rebecca se excusó de la mesa repentinamente. La madre se excusó también y siguió a Rebecca al pasillo. Cuando su padre se marchó también unos momentos después, Jessica supo que era su responsabilidad liderar la conversación en la mesa hasta su regreso.

Se volvió hacia los que quedaban, viendo amigos pero también dos adversarios que la rodeaban.

Lord Rafferty estaba mirando a Jessica cuando ella lo miró. Su mirada se desvió hacia Whitfield y volvió.

—Esa fue una sugerencia muy audaz, mi lady.

Jessica levantó la barbilla.

—¿Lo fue?

—Bastante —Las cejas de Lord Rafferty se alzaron—. Preferiría algo muy particular, si me involucrara en una apuesta con usted, Lady Jessica.

Jessica lo miró sin parpadear. Pero su corazón comenzó a latir contra su pecho. ¿Y si pedía algo escandaloso? Por supuesto, ella se negaría, pero podría ser... incómodo.

Lord Rafferty frunció los labios.

—Si le gano a Whitfield en la meta, quiero... —Sus ojos brillaron brevemente—. Que usted visite Rafferty Park al día siguiente.

Ella parpadeó.

—¿Cómo dice?

—Ni hablar —gruñó Gideon mientras arrojaba su servilleta sobre la mesa. Su expresión era más dura de lo que ella jamás había visto. Su pierna presionó contra la de ella debajo de la mesa cuando iba a hablar, muy probablemente para provocar su silencio. Su calor se filtró a través de su vestido en la rodilla, y ella se calentó por completo instantáneamente—. Va demasiado lejos, Rafferty —advirtió.

Sin embargo, se volvió hacia Lord Rafferty. Siempre le sorprendía cuando las personas que conocía desde hacía años de repente olvidaban sus modales cuando su padre no estaba a la vista. Visitar a Lord Rafferty no era algo que ella quisiera hacer jamás.

Sonrió incluso cuando la presión contra su pierna aumentó.

Por supuesto, podía contar con Giddy para defenderla de un sinvergüenza, pero no necesitaba su ayuda con Lord Rafferty. Si quería ser considerada una mujer respetable, tenía que mantenerse firme ante una invitación tan atrevida. —Me encantaría pasar una hora visitando a su hija.

El conde la miró fijamente, con los ojos brillando ferozmente de nuevo. Pero luego se rio. —Sí, por supuesto. ¿Qué otro propósito podría tener?

La pierna de Gideon se apartó de la suya, y ella echó de menos la conexión con él casi de inmediato.

Jessica exhaló y colocó las manos en su regazo. —Como todos aquí deben saber, adoro a los niños y siento curiosidad por su descendencia. Estoy segura de que mi padre y mi madre estarán encantados de acompañarme.

Lord Rafferty soltó una carcajada. —Una respuesta sabia, mi lady.

A su lado, Gideon dejó escapar otro suave suspiro mientras volvía a colocar la servilleta en su regazo. —Bien hecho —murmuró en voz baja.

Reconfortada por su elogio, Jessica sonrió a los presentes que aún estaban en la mesa. Comenzaron a hablar entre ellos casi de inmediato. Con todos distraídos, Jessica deslizó su mano

hacia la de Gideon, que descansaba sobre su muslo, y trazó sus dedos sobre sus nudillos muy ligeramente. —Gracias.

Él apartó sus dedos de los de ella bruscamente.

Ella suspiró y se dirigió a los de la mesa. —Si me disculpan, caballeros, creo que es hora de que las damas tomemos el té. Sr. Whitfield, ¿puedo contar con usted para satisfacer a los invitados de mi padre en su ausencia?

—Puede —dijo Gideon—. Una palabra primero, si se me permite.

Jessica se puso de pie, y las damas también se levantaron, charlando mientras se dirigían al otro lado del salón hacia la sala de estar donde ya estaba preparado el té. Se detuvo junto a la puerta, en un charco de luz de las velas pero a la vista de todos. —¿Qué ocurre?

Su corazón se aceleró cuando él se acercó. —Te sugiero que no provoques a Rafferty, Jess. Es un sinvergüenza de pies a cabeza.

—Obviamente. No se puede confiar en un hombre que se niega a levantarse temprano. —Sin embargo, frunció el ceño—. Es amigo de papá. Es inofensivo.

Gideon hizo un sonido extraño, acercándose hasta que Jessica se sintió cálida por todas partes. —Las amistades son diferentes entre hombres que entre hombres y mujeres. Recuerda, eres una mujer a la que él podría arruinar. Ten cuidado con lo que le digas en el futuro, por favor. Visitar a su hija no era lo que iba a sugerir. La próxima apuesta podría ser por tu virtud. Créeme, no se casaría contigo para acallar cualquier escándalo, sin importar quién sea tu padre.

Jessica sonrió al querido rostro de Gideon, notando la preocupación que no podía ocultar esta noche. No había posibilidad de que se entregara imprudentemente. Conocía su propia mente, y Jessica sabía ahora hasta qué punto una dama debía confiar en un caballero. —No soy una tonta.

—Lo sé. —Frunció el ceño, su expresión volviéndose más seria por momentos—. Es solo que... sabes que puede ser fácil dejarse llevar por el momento e ir demasiado lejos.

¿Era eso lo que pensaba que estaba sucediendo entre ellos? Miró hacia el gran salón donde habían estado solos, tan extrañamente apasionados y sin embargo completamente castos, y luego volvió a su rostro. No se había dejado llevar cuando le pidió a Gideon que la besara. Era tan racional con respecto a su vecino como siempre lo había sido. Le gustaba. Confiaba en Gideon implícitamente. Siempre había deseado que estuviera más cerca. Pero aparentemente, él no se sentía cómodo con esa idea y, gracias a su personal, ella sabía por qué podría ser. ¿O todavía la consideraba una niña? Anhelaba mostrarle lo adulta que podía ser. —¿Viste lo brillantes que estaban las estrellas esta noche?

—Las vi cuando caminé hasta aquí. —Miró por la ventana más cercana—. Parece que también tendré luz de las estrellas para caminar a casa.

—Debe ser maravilloso poder hacer eso. Ir a donde quieras, cuando quieras, sin que nadie te diga lo que tienes que hacer.

Sonrió mientras formulaba un plan bastante atrevido para más tarde esa noche que le mostraría cómo había cambiado. Jessica entrelazó los dedos en su cintura para ocultarle su emoción. Gideon tenía el terrible hábito de anticipar sus acciones y ponerles fin. Una vez pensó que podía leerle la mente. Si le leyera la mente ahora, podría quedar algo sorprendido por la dirección de sus pensamientos.

—Supongo que esa es una forma de verlo. ¿Jess?

Ella le sonrió radiante. Todo tenía que cambiar entre ellos, comenzando esta noche. —¿Sí?

—Sea lo que sea que estés planeando, es una mala idea.

Ella sonrió. —Sé lo que estoy haciendo, Giddy.

Sus ojos se clavaron en los de ella. —No lo creo.

—Oh, sí que lo sé. —Y esta noche era solo el comienzo de desafiar el statu quo con él—. Será mejor que me vaya. Mamá esperará que entretenga a sus invitadas hasta que regrese.

Se apresuró hacia la sala de estar antes de que él pudiera discutir o indagar en sus planes.

La dificultad, por supuesto, sería salir de la casa sin ser detectada. Si los invitados se demoraban demasiado con las bebidas o Gideon se marchaba temprano, podría perderlo por completo. Y mamá a veces la revisaba después de que se hubiera metido en la cama por la noche. Tendría que arriesgarse a que no lo hiciera esta noche.

Cuando Gillian finalmente llegó a la sala de estar, apareciendo feliz y contenta, Jessica se acercó al lado de su hermana para sentar las bases de su posterior escape. —¿Está todo bien, hermana? Has estado tan callada durante esta visita.

—Siempre estoy callada.

Dado que había abandonado la mesa de la cena temprano, Jessica realmente no podía creerle. —¿Por qué siempre me mientes cuando estás molesta?

—No estoy molesta —insistió—. Ocúpate de tus asuntos.

Rebecca definitivamente estaba ocultando algo. Por una vez, Rebecca no había estado insistiendo demasiado sobre el matrimonio y los posibles pretendientes. De hecho, Rebecca estaba ofreciendo todo tipo de consejos para repeler a caballeros como Lord James. —Soy lo suficientemente mayor para saber lo que realmente está pasando —murmuró—. Puedes confiar en que no lo divulgaré. Nunca haría nada para avergonzarte.

—Tú no eres la que podría avergonzar a la familia. —Rebecca se volvió hacia Jessica—. ¿Qué piensas ahora de Lord James?

—Mi opinión no ha cambiado.

—Sí, eso es obvio. Apenas le prestaste atención a Lord James cuando te habló durante la cena. ¿Le has contado a alguien más nuestras sospechas sobre por qué está aquí?

—Solo al Sr. Whitfield.

Sus ojos se estrecharon. —¿Whitfield?

—Ha sido de gran ayuda en el pasado —se apresuró a explicar Jessica—. Confío en él.

—No te dejes engañar. Whitfield es un hombre, muy parecido a Rafferty y los de su calaña.

—Gideon y Lord Rafferty no podrían ser más diferentes —protestó Jessica—. Sé que no te cae muy bien Lord Rafferty, pero no te atrevas a meter a Gideon en el mismo saco. Es mi amigo.

Rebecca se puso tensa.

—Podrías haber sonreído más mientras estuviste en Londres.

Jessica suspiró, molesta por tener que defenderse una vez más.

—No era feliz allí.

—La felicidad es efímera y los amigos nunca son lo que parecen —Rebecca miró alrededor de la habitación y se humedeció los labios—. Ya lo entenderás pronto.

—Bueno, ahora soy feliz, y voy a tomar mis propias decisiones sobre con quién y cuándo me casaré.

Rebecca negó con la cabeza.

—Todavía podrías hacer un matrimonio ventajoso si te esforzaras un poco más.

—He hecho todo lo posible —refunfuñó Jessica—. No quiero casarme con un cazafortunas. Quiero a alguien que me desee desesperadamente a *mí*.

Nunca había tenido prisa por casarse, aunque todos los demás parecían tenerla. Quería a alguien que no pudiera esperar para estar con ella. Un hombre que valorara su mente y sus opiniones. Un hombre que se esforzara por entenderla. Un hombre que pudiera enseñarle sobre la pasión, el deseo y los besos de verdad.

—Suenas como Fanny —la reprendió Rebecca.

En ese momento, los caballeros entraron en tropel al salón, hablando entre ellos sobre el desafío de mañana. Sus ojos se demoraron en Gideon, y anheló correr al otro lado de la habitación para unirse a él, para escuchar lo que tenía que decir sobre sus posibilidades. También pensó en sus dedos sobre su palma, y se estremeció de nuevo al recordar sus recientes conversaciones.

Gideon era un hombre que sabía de pasión, deseo y besos de verdad, aunque nunca quisiera ser un esposo. Y Jessica deseaba tanto que Gideon la besara.

Jessica se humedeció los labios mientras estudiaba a Rebecca con nuevos ojos. Su hermana nunca había parecido feliz con su vida, y se había casado por prestigio, si no por un título. Jessica quería más para su vida que eso.

—Creo que Fanny tenía razón al casarse por amor y nunca conformarse con menos. Dijo que la única razón por la que los hombres la buscaban antes y después de enviudar era para quitarle su fortuna de las manos. Yo quiero ser amada.

Rebecca frunció el ceño.

—El amor no es fácil de encontrar ni de mantener, hermana.

—Bueno, soy joven y paciente —prometió—. No tengo prisa. Esperaré a que el marido adecuado se fije en mí.

Cuando Gideon se acercó a ella, le hizo espacio. Él captó la indirecta y se apretujó a su lado en el sofá. El calor de su cuerpo rozando brevemente el suyo, el aroma de su colonia, la llenaron de una cálida felicidad. Pero cuando Jessica miró alrededor después de saludarlo, Lord James la miraba con el ceño fruncido.

Ella arqueó una ceja hacia el cazafortunas, retándolo a que se marchara. Afortunadamente, él captó la indirecta. Apuró su bebida y luego se alejó sin despedirse de nadie.

Con su pretendiente no deseado fuera, Jessica inclinó su cuerpo un poco más cerca del de Gideon. Ahora por fin podía disfrutar de verdad.

CAPÍTULO ONCE

Las cenas en Stapleton solían dejar a Gideon de buen humor. Buena comida, excelente vino y la conversación de amigos inteligentes para redondear la ocasión. Sin embargo, esta noche, el vino no le había apetecido, y su amigo lo había decepcionado sin lugar a dudas.

La idea de que Lord Rafferty dirigiera su mirada amorosa hacia Jessica lo enfurecía y lo preocupaba más que un poco. Jessica era demasiado confiada. Temía que, a pesar de sus palabras en contra, ella no fuera lo suficientemente fuerte como para rechazar a Rafferty si este la persiguiera seriamente.

Golpeó su sombrero contra su muslo mientras caminaba hacia su casa bajo la luz de la luna. Lo que quería hacer era dar media vuelta y encerrar a Jessica en su habitación para protegerla de todos los canallas, hombres como él también.

No podía olvidar que podría haberla besado, pero debía hacerlo pronto por el bien de su propia cordura.

Añorar lo que no debería desear, lo que debía negarse a sí mismo, lo volvería loco.

Se detuvo y se reprendió en silencio. Ese vestido que Jessica había llevado esta noche... maldición, no debería estar pensando en cómo la suave tela se aferraba a sus curvas. Rafferty y Lord James habían estado mirando su escote toda la noche también.

Su interés le revolvía el estómago.

Ambos hombres ostentaban títulos; solo Rafferty era genuinamente rico, pero el padre de Lord James era poderoso. Ambos hombres tenían mérito como posibles pretendientes, supuso. Rafferty podría casarse con Jessica si se permitiera enamorarse de ella. Lord James se casaría con ella solo por su dote.

Pero cualquier hombre podría amar a Jessica si pasara más de un minuto en su compañía, además de considerar el enorme tamaño de su dote y conexiones.

—Las estrellas están hermosas esta noche, ¿no es así, Gideon?

Gideon soltó una maldición y se dio la vuelta. De pie en las sombras de un árbol cercano estaba Jessica. Estaba sola, vestida como había estado para la cena, sorprendiéndolo una vez más con su repentina aparición. —¡Que me lleve el diablo! ¿Cuánto tiempo has estado ahí parada?

—Un rato —sonrió sin ningún rastro de vergüenza o arrepentimiento—. Sabía que caminarías por aquí de regreso a casa. Eres tan criatura de costumbres como yo.

—Entonces será mejor que cambiemos nuestros hábitos si somos tan predecibles —echó un vistazo a la Mansión Stapleton. Estaban lo suficientemente lejos como para no ser vistos, gracias al cielo, pero sus voces podrían viajar en el aire nocturno—. Ser predecible sin duda hace que un caballero sea una compañía aburrida —confesó en un susurro.

—No hay nada aburrido en ti, Giddy. Me gustas exactamente como eres —prometió ella en voz igualmente baja—. Si fueras menos predecible, tendría los mil demonios para pillarte desprevenido.

La miró de nuevo y notó que su sonrisa se había ensanchado. —¿Por qué querrías pillarme?

—Siempre ha sido divertido sorprenderte —se acercó y sonrió—. No tengo la oportunidad de hacerlo muy a menudo. Siempre eres tan cuidadoso en observar las propiedades, también. ¿Nunca te cansas de ser siempre apropiado, de asegurarte siempre de que nada de lo que hagamos o digamos pueda meternos en problemas?

Él frunció el ceño. Mantener a Jessica fuera de peligro se estaba convirtiendo en una ocupación a tiempo completo. Su padre estaría furioso si supiera que ella andaba por los jardines sola en plena noche. ¡Era después de medianoche! —No deberías estar aquí fuera sola.

—No estoy sola. Estoy contigo —se acercó aún más, mirándolo con una expresión complacida—. Y sin duda estoy más segura contigo que allí dentro. Lord James está merodeando por la casa. Creo que incluso podría estar ebrio.

Él la agarró del brazo, pero Jessica no estaba tan segura con él llevando ese vestido. No ahora, eso era seguro. Estaba lo suficientemente cerca como para capturarla. Para besarla. Todo lo que tendría que hacer era inclinarse hacia adelante y sus labios se tocarían.

Cerró su mente al abrumador anhelo de hacer algo que la sorprendería.

—¿En qué estás pensando, Giddy?

—En nada.

Sus labios se torcieron. —Yo también estoy pensando en nada. También creo que he sido muy paciente, y estoy lista para mi verdadero beso ahora.

Su respiración se entrecortó. —¿No preferirías un nuevo rosal para tu invernadero? Te debo un regalo.

—Mi cumpleaños no es hasta dentro de otro año. Puedo esperar por un regalo —sonrió—. Pero quiero un beso mucho antes que eso, esta noche bajo las estrellas. De ti. No te perdonaré si intentas engañarme de nuevo.

Ella lo acorraló contra el alto árbol bajo el que había estado escondida antes de que él se diera cuenta de que ella pretendía que el beso ocurriera aquí mismo, ahora mismo, estuviera él de acuerdo o no.

Sus ojos estaban fijos en sus labios de la manera más desconcertante. —Todos dicen que besar se supone que es indoloro y agradable —prometió Jessica—. No frunzas el ceño como si besarme pudiera ser una tortura.

Dios mío, podría serlo.

—¿Sabes cómo besar a una mujer para que lo disfrute?

Por supuesto que sí. No era un monje. —Sí —admitió lentamente.

—¿Me muestras?

Miró alrededor, esperando una razón para escapar, pero estaba oscuro y no había nadie en los terrenos de la finca para distraerla a esta hora de la noche.

Besar a Jessica, no importa cuán castamente se hiciera, lo cambiaría... y cambiaría cómo ella lo veía.

Él era un amigo de confianza, pero los amigos no deberían besarse a menos que —su corazón se aceleró— tuvieran la intención de casarse.

Sin embargo, todas las razones por las que había evitado enredos con mujeres parecían no aplicarse a la que estaba frente a él ahora. Jessica demandaba su atención, como siempre. Pero si ella quería besar a alguien por experiencia, su corazón suplicaba que fuera él quien lo hiciera.

Podría contenerse y reprenderse más tarde. Ya era muy bueno en eso a estas alturas.

Tomó un tembloroso respiro antes de hablar. —El disfrute depende de muchos factores.

Su sonrisa era tan radiante que casi se tambaleó. —¿Entonces me dejarás intentarlo? ¡Gracias, Giddy! Juro que eres el mejor amigo que tendré jamás.

Él era el peor amigo que ella tenía, si podía perder una simple discusión consigo mismo en el espacio de un minuto. —Será solo una vez, y luego nunca hablaremos de ello de nuevo. Ni siquiera entre nosotros, y *especialmente* no a tu padre o tus hermanos.

—Por supuesto que no. Mis labios están sellados —prometió Jessica, y luego presionó los suyos con fuerza contra los de Gideon.

Gideon la apartó y se llevó los dedos a sus labios magullados.

—Ay, Jess —refunfuñó.

—Lo siento, ¿estuvo mal, verdad?

De tantas maneras que no podía decirlo en voz alta.

—Demasiado entusiasta para un primer beso, diría yo —la agarró de los brazos para evitar que se lanzara inmediatamente a un segundo intento—. Los besos no deben apresurarse. Déjame mostrarte cómo se hace. Es mejor ir despacio.

Inclinó la cabeza y rozó suavemente sus labios contra los de ella.

Jessica permaneció inmóvil como una piedra mientras él la besaba una y otra vez, pequeños roces sobre sus suaves labios que eran tiernos y dulces, todo lo que ella debería experimentar la primera vez.

Desafortunadamente, su cuerpo clamaba por una gratificación inmediata y por continuar. Anhelaba estrecharla contra su cuerpo, sin importar lo que el futuro pudiera deparar. Besar a Jessica era peligroso.

Se apartó tan pronto como le pareció el momento adecuado, buscando en su expresión alguna indicación de su éxito o fracaso.

Jessica había cerrado los ojos durante el beso y ahora se lamía los labios.

—Hmm, lo haces muy bien, Giddy.

—Gracias —se secó la frente, aliviado de que un beso no hubiera cambiado nada entre ellos. Seguía siendo *Giddy* para ella, y eso lo convertía en un buen amigo todavía, ¿no? La emoción solo estaba de su lado.

De repente, ella abrió los ojos.

—Ahora es mi turno de besarte.

Gideon gimió. Había contado con satisfacer su curiosidad, pero había olvidado por completo que estaba besando a Jessica Westfall. Era el tipo de mujer a la que le gustaba hacer todo a su manera y a su tiempo. Se quedó pacientemente preparado para su próximo asalto, esperando un enfoque mucho más suave que su primer intento.

Jessica debió haber aprendido mucho de su beso, porque de repente pareció mucho más sensual mientras se acercaba. Su pulso comenzó a acelerarse en respuesta. Ella apoyó las manos suavemente sobre su pecho y lo miró a los ojos. Su corazón martilleaba contra sus costillas mientras ella deslizaba los dedos hacia arriba hasta poder rodearle el cuello con los brazos.

Le sonrió con toda la confianza de una inocente.

—Eres tan bueno por permitirme este pequeño experimento. Estaba segura de que serías el mejor.

—Hazlo rápido, ahora.

Con cuidado, y con menos fuerza que la última vez, ella posó sus labios sobre los de Gideon y lo besó de la manera que él le había mostrado.

Sus labios se aferraron por un momento mientras ella se apartaba, y luego lo besó de nuevo: besos suaves que le hicieron desear más que nada ser más joven, tener un título. Un hombre que pudiera confiar en ser lo que ella necesitaba.

No el viejo amigo de la familia y vecino que todos consideraban un soltero de por vida.

Cerró los ojos mientras ella se rozaba contra su cuerpo, absorbiendo el calor que se filtraba a través de su ropa de una manera que era demasiado excitante para el bien de nadie. Puso sus manos en la cintura de ella y les ordenó que se quedaran allí, que la mantuvieran alejada de su cuerpo, sin importar cómo progresaran las cosas.

Los brazos de Jessica se apretaron alrededor de su cuello, y ella se apoyó completamente contra su cuerpo caliente, enviando un delicioso escalofrío a través de él mientras su miembro se estremecía contra el vientre de ella. Dios mío; mientras lo besaba con creciente confianza, Gideon perdió la noción del tiempo y la razón.

De repente, estaba acunando la parte posterior de su cabeza para mantenerla firme contra él, completamente comprometido con su educación en el placer. Ella hacía pequeños sonidos, suaves gemidos, y un quejido cuando sus labios se separaron. Maldición, pero él también se estaba volviendo febril por más de ella.

Podía imaginarse quitándole ese trozo de vestido, exponiendo su piel a sus labios y satisfaciendo ansiosamente cada una de las demandas que ella hiciera por su atención.

Su mente daba vueltas con las posibilidades de un futuro juntos. Llegar a casa para encontrar a Jessica esperándolo impacientemente, haciendo el amor bajo las estrellas o en su cama. Noches calurosas de verano apenas vestidos, interminables inviernos acurrucados juntos por calor y placer. Una vida entera con Jessica en sus brazos.

Y niños... ella querría niños para sostener.

Él no podía darle eso.

No sería un buen padre. No sabía cómo.

A regañadientes, aflojó su apretado agarre sobre Jessica y volvió a colocar las palmas en su cintura.

Abrió los ojos mientras apartaba a Jessica firmemente.

Solo la decepcionaría. No se casaría. Ni con ella, ni con nadie.

Se tambaleó hacia atrás, con la respiración agitada. Había sido débil al permitir que ese beso durara tanto tiempo. Jessica merecía algo mejor de él que ser manoseada.

—¿Gideon?

No se dio la vuelta.

—¿Fue eso lo que esperabas?

—Eso y más —dijo Jessica, y luego presionó su rostro contra el hombro de él. Se apoyó en él, silenciosa por una vez, pero la mente de Gideon estaba llena de ira hacia sí mismo. Cuando Jessica se abrió paso en su abrazo y deslizó un brazo alrededor de su cintura, él supo que tenía que alejarse de ella pronto. Ella debía dirigir su atención a otra parte para futuros besos. Era por su propio bien.

Gideon miró hacia abajo, a la parte superior de su cabeza, mientras el aroma de su perfume familiar le hacía cosquillas en la nariz. A veces, cuando pasaba un día entero en Stapleton, Gideon imaginaba que podía oler su distintivo aroma cuando estaba en casa y solo de nuevo.

Su corazón volvió a acelerarse cuando ella levantó su rostro hacia él y buscó en sus ojos.

—¿En qué estás pensando ahora, Jessica?

—Te lo diré algún día —murmuró antes de volverse hacia su pecho y abrazarlo.

Era agradable ser abrazado, y a regañadientes puso sus brazos sobre los hombros más

pequeños de ella. El momento de pasión había pasado, y ahora volverían a ser amigos. Dejó escapar un suspiro tembloroso. La amistad era todo lo que un hombre con su historia necesitaba.

—Brown cerrará pronto las puertas de Stapleton Manor —le advirtió después de que pasaran unos minutos en silencio.

—Tengo una llave de la puerta de la galería larga, así que puedo entrar y salir a escondidas cuando quiera ahora.

Perturbado por esa admisión, finalmente se alejó de ella.

—¿Con qué frecuencia te has escabullido sola por la noche?

—Solo esta noche. Lo juro, y solo para verte a ti. Nunca a nadie más.

Se sintió solo ligeramente apaciguado por su declaración.

—No volverás a salir sola de Stapleton.

—Entonces, ¿cómo voy a verte sin que nadie lo sepa?

—No deberías escabullirte para ver ni siquiera a mí.

Sus labios se apretaron en esa línea obstinada que él conocía tan bien. —No puedes impedírmelo.

Él dio un paso amenazador hacia adelante, o al menos intentó parecer intimidante. —Podría advertir a tu madre y hacer que te quite la llave.

—Oh, ni se te ocurra —se quejó ella. Presionó sus manos sobre su corpiño, lo que le dio a Gideon una pista de dónde guardaba la llave en ese momento. Su pulso se aceleró un poco al ocurrírsele la idea de recuperarla. Apretó la mandíbula contra esa inclinación. —A casa. Ahora.

—Sí, Gideon —dijo ella, toda mansa y complaciente mientras se acercaba una vez más—. Me iré de inmediato. Siempre y cuando prometas visitarme, y no me hagas esperar días entre visitas.

Él asintió lentamente, consciente de lo terca que podía ser. Sin embargo, hizo un gesto con la cabeza hacia la mansión ahora oscura. —Sin desvíos. Directo a tu habitación y cierra la puerta con llave.

Jessica se volvió hacia él, sonriendo. —¿No confías en mí?

Él no confiaba en sí mismo. Ya no con ella. Pero también estaba Lord James merodeando por ahí. —Te conozco demasiado bien, querida. Si te quedas un momento más, no hay forma de saber en qué lío te meterás conmigo —advirtió Gideon, llegando al límite de su paciencia.

Jessica lo besó repentinamente y luego retrocedió bailando, fuera del alcance de sus manos. —Buenas noches, señor Whitfield. Que tengas dulces sueños.

—Buenas noches, Lady Jessica —dijo él, y luego la siguió sigilosamente todo el camino a casa solo para asegurarse de que entrara, esperando para estar seguro de que no saliera de nuevo.

CAPÍTULO DOCE

Jessica se dirigió rápidamente hacia los escalones de entrada de Stapleton Manor, donde se suponía que un cabriolé de dos ruedas tirado por un caballo estaba listo y esperando. Cuando había obtenido la promesa de Gideon de visitarla hoy, se había olvidado por completo de la carrera. Al parecer, él también. Por supuesto que no podía venir ahora, así que ella iría a él.

Ni siquiera necesitaba llevar una carabina para el corto trayecto. El cabriolé estaba diseñado para un conductor y un lacayo en la parte trasera. Además, su padre ya estaba en Quigley Hill y la esperaba allí en breve.

Se puso los guantes de suave cabritilla y salió llena de gran emoción por el día que le esperaba.

El joven Paulson, un mozo de cuadra nuevo en la finca, estaba de pie junto a la cabeza de la yegua, sonriendo como loco.

—Lista cuando usted lo esté, mi señora.

—Gracias, Paulson.

Aceptó ayuda para subir al carruaje y acomodó sus faldas ordenadamente alrededor de sus piernas. Una vez que tuvo las riendas y el control del caballo, Paulson corrió al asiento del lacayo en la parte trasera y saltó a bordo.

Chasqueó las riendas una vez que él le dio la palabra de que estaba instalado, y la yegua obedeció con entusiasmo. Una vez pasadas las curvas más cercanas a la casa, le dio rienda suelta al caballo. Salieron disparados por el camino hacia el cruce del arroyo. El viento de su paso le azotó las mejillas, y ella rio en voz alta. Nunca se divertiría tanto en ningún otro lugar.

Detrás de ella, Paulson gritó de alegría.

—¿También estamos compitiendo hoy, mi señora?

—No deseo llegar tarde —respondió ella sin apartar los ojos del camino que tenía delante.

Cuando las puertas de Stapleton aparecieron a la vista, y el cruce del arroyo, redujo la velocidad a un ritmo más seguro para el giro y luego dirigió su caballo hacia Quigley Hill. La casa en sí estaba en realidad más cerca cuando se iba a pie. Por carretera y en carruaje, tenía una milla o más que recorrer.

Al acercarse a Quigley Hill, notó que los jardines delanteros estaban salpicados de mucha gente del pueblo. Parecía que todo el pueblo había salido a ver la salida. Había mantas de picnic y sillas colocadas bajo la sombra que proyectaban los árboles. Incluso había niños corriendo, persiguiéndose unos a otros.

Salió del camino y detuvo el cabriolé, manteniéndose lo suficientemente lejos para que su caballo no pisoteara accidentalmente a nadie ni se asustara.

Paulson saltó de su asiento y corrió hacia adelante.

—¿Quiere que la ayude a bajar, mi señora?

Ella miró su reloj de bolsillo y luego a la multitud que tenía delante. Había mucha gente alrededor, y abrirse paso entre todos ellos llevaría más tiempo y esfuerzo del que podría tener antes del inicio.

—No, gracias. Me quedaré aquí por ahora, muchacho.

—Como desee. —Paulson corrió hacia la cabeza del caballo y se hizo cargo de la brida, sin embargo.

Asegurada de su seguridad, Jessica ató las riendas. Se cubrió los ojos y miró alrededor, deseando haber pensado en traer una sombrilla. Gideon estaba de pie cerca de su padre, Lord Rafferty y el señor Napier, riendo.

Asintió hacia Lord Rafferty y su padre cuando la notaron, pero se distrajo cuando Natalia apareció de repente junto a su carruaje.

—Pensé que nunca llegarías —se quejó Natalia.

Jessica extendió su mano para ayudar a Natalia a apretujarse en el asiento del cabriolé con ella y miró de nuevo hacia donde había visto a Gideon por última vez.

—No me perdería esta carrera por nada del mundo.

Natalia le dio un codazo en el hombro.

—¿No tiene Lord Rafferty un aire de peligro hoy? Me habló y prácticamente temblé.

—Siempre es así de intenso.

Jessica frunció el ceño. Podía ver claramente a Gideon, pero él aún no se había vuelto para reconocer su llegada. Necesitaba que él supiera que ella estaba aquí para apoyarlo también.

Natalia se acercó más.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

Natalia acercó sus labios al oído de Jessica para susurrar:

—¿Es cierto que la duquesa está encinta?

—Sí —susurró ella en respuesta.

—¿Y no está en buen estado de salud?

—No siempre, desafortunadamente, pero está encantada de todos modos.

Natalia soltó una risita.

—Mamá era así. Solía cantar cuando estaba encinta, incluso cuando devolvía justo antes.

—Mamá no canta. Todavía no, al menos.

Lord James se acercó pavoneándose. Ella observó su costoso chaleco de seda y sus relucientes botas de montar y no se sintió impresionada en lo más mínimo. Se presentaba como un hombre rico de buen gusto, en lugar de un cazafortunas sin corazón que había dado la espalda a una joven que probablemente lo había amado.

—Buenos días, Lady Jessica —exclamó.

—Lord James. —Mantuvo su respuesta corta y seca. No deseaba alentarlo en lo más mínimo. Incluso había esperado hasta que se hubiera marchado a caballo esa mañana para evitar la molestia de hablar con él de nuevo.

Él miró a Natalia, y Jessica se dio cuenta de que había olvidado el nombre de Natalia o si las habían presentado. Y sí que las habían presentado. Un hombre así no merecía que se le recordara si ya había olvidado a alguien tan importante para ella.

Un ceño de disgusto brilló en sus ojos cuando ella permaneció en silencio.

—Qué hermosa pareja hacen en este pintoresco escenario.

Jessica reprimió un gemido cuando Natalia agitó su abanico y sonrió tímidamente a Lord James. Natalia siempre había disfrutado de los halagos mucho más que Jessica.

—Gracias, mi lord —murmuró.

Miró hacia Gideon de nuevo y vio que por fin la estaba observando. Ella le saludó con la mano, pero él solo asintió. Se movió unos pasos y se inclinó cuando una dama le habló. Cuando se separaron, Jessica vio a la señora Beck.

Se le cortó la respiración cuando Gideon sonrió a la mujer.

El ácido le quemó en el estómago mientras él continuaba hablando como si no tuviera prisa por dejar el lado de la señora Beck.

Entonces lo llamaron a su caballo y se unió a Lord Rafferty, que ya estaba montado y listo para cabalgar. La señora Beck también siguió a Gideon, mientras Jessica hervía en silencio. ¿Cómo se atrevía a alentar a esa mujer después de su beso de anoche?

Lord James se aclaró la garganta.

—¿Puedo ayudarla a bajar, mi señora?

Frunció el ceño. —¿Qué? Ah, estoy bien justo donde estoy.

Su pulso se aceleró cuando la señora Beck le lanzó a Gideon la sonrisa más coqueta que Jessica había visto jamás.

¡En público!

¡La arpía prácticamente estaba babeando por *su* Giddy!

Se le cortó la respiración. —Oh, no —susurró.

—¿Ocurre algo, mi señora? ¿Necesita un refresco o quizás sentarse a la sombra?

Miró a Lord James, molesta por su sugerencia. No era una flor marchita que necesitara mimos, aunque su corazón realmente había comenzado a latir con fuerza en su pecho. —No estoy en apuros.

Pero de cierta manera lo estaba. No le gustaría nada más que arrancarle los ojos a la señora Beck ahora mismo por coquetear con Gideon cuando *ella* quería hacerlo.

—No deje que lo retenga, Lord James —dijo mientras agitaba la mano vagamente en su dirección.

Lord James se retiró, pero Jessica no pudo mover ni un músculo, más por la conmoción y el asombro que llenaban su alma.

La mano de Natalia se posó en su manga, distrayéndola de su sorprendente revelación. —Lady Jessica —susurró Natalia—. Jess, estás mirando fijamente... de una manera bastante aterradora, debo decir.

Jessica parpadeó y bajó la mirada. —Tenías razón —susurró—. Ella pretende tenerlo.

—¿Te refieres a la señora Beck? Lo siento muchísimo. Sé que lo aprecias —susurró.

—Así es —susurró. Su pecho se apretó y su respiración se volvió rápida y superficial—. Lo amo —admitió por fin.

Dios mío, amo tanto a Giddy. Lanzó una mirada rápida en su dirección justo cuando comenzaba la carrera.

Él se alejó a toda velocidad y ella gritó. Los vítores salvajes de la multitud ahogaron el sonido. En cuestión de minutos, él y Lord Rafferty eran solo una sombra que desaparecía alrededor de la primera curva del camino.

Natalia la abrazó rápidamente. —Sé que lo amas.

—¿Qué?

—Siempre lo he sabido —dijo Natalia con una sonrisa a medias en su rostro—. Te tomó bastante tiempo admitirlo, pero no me importa que no me lo hayas dicho antes.

Jessica miró fijamente a su amiga. —Yo... no lo entendía. No hasta este momento. ¿Cómo pude no haber sabido que mis propios sentimientos por él eran tan profundos?

Natalia la abrazó contra su costado. —El amor es así, y supongo que no es nada sorprendente, dada la forma en que él se comporta contigo.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre está ahí, pero resta importancia a vuestra amistad. Es fácil pasar por alto su interés.

El corazón de Jessica comenzó a retumbar en sus oídos. —¿Gideon está interesado en mí?

—Oh, sí. Se hizo evidente para mí una vez que pasé un poco de tiempo en vuestra órbita. Que el caballero no ve a ninguna otra dama más que a ti. Se mueve contigo, aunque trata de ocultar lo que está haciendo. Y tú siempre estás hablando de él.

El rostro de Jessica se llenó de calor y tímido placer. —No me había dado cuenta.

Natalia la sacudió. —Eso es lo que os hace una pareja adorable. No sé por qué no se ha pronunciado aún, pero debería haberlo hecho hace mucho tiempo.

Porque nunca tuvo la intención de casarse con nadie. Por la forma en que su propio padre lo había tratado de niño.

Jessica cerró los ojos. —¿Qué puedo hacer?

—Nada hasta que regresen —murmuró Natalia, y luego tiró de su brazo—. Vamos. Estoy desesperada por una taza de ponche si es que queda algo.

Jessica sonrió rápidamente. —Si no hay, la cocinera encontrará algo para que bebamos de todos modos si se lo pedimos.

—Estaría feliz con agua, honestamente. Se ha puesto bastante caluroso, ¿no?

Miró a Natalia y vio que su amiga sonreía ampliamente. —En efecto —estuvo de acuerdo.

Bajaron sin ayuda, dejando a Paulson atrás con el calesín, y pasearon por entre la multitud del brazo.

Pero el corazón de Jessica continuaba latiendo salvajemente en su pecho. Estaba enamorada de un hombre del que nunca había dudado que siempre estaría allí cuando lo necesitara. ¿Era su turno de mostrarle que no necesitaba estar solo después de todo?

Una agradable calidez llenó su cuerpo ante la idea de perseguir a su propio marido. Giddy había hecho un buen trabajo fingiendo no querer besarla cuando podría haber deseado hacerlo mucho. Oh, cómo debía haberlo torturado con su petición de lecciones. Tendría que compensárselo.

Pronto.

Mientras se acercaban a una mesa cubierta de lino, un par de damas parlanchinas se cruzaron en su camino. La señora Napier se volvió y luego se puso al lado de Jessica. —¿No es un día encantador, Lady Jessica? Mi hermana y yo hemos estado muy entretenidas con toda la charla. También estamos encantadas con los hermosos terrenos del señor Whitfield.

—Por supuesto. —Jessica cambió de dirección cuando vio que el cuenco de ponche estaba vacío y los sirvientes ausentes, pero la señora Napier y su hermana siguieron a su paso.

—Si me permite. Lady Jessica Westfall, debo tener el placer de presentarle a mi querida hermana, la señora Alice Beck, recientemente llegada de Bath.

Jessica dejó de caminar y estudió a la otra mujer. Estaba pálida, con una postura rígida, los brazos cruzados sobre su cuerpo como si estuviera extremadamente incómoda.

Jessica extendió su mano, ofreciéndola para estrecharla aunque minutos antes no había querido tener nada que ver con la mujer.

Después de una breve vacilación, la señora Beck extendió su mano derecha.

Jessica captó una expresión de dolor que cruzó el rostro de la señora Beck antes de que sus palmas se conectaran. —¿Cómo está usted?

La señora Beck estrechó la mano de Jessica ligeramente, y aun así, notó que la mujer hizo una mueca. —Muy bien, gracias.

Jessica soltó a la señora Beck rápidamente y la viuda abrazó su brazo contra su cuerpo inmediatamente. La mujer estaba herida y tratando de no mostrarlo.

Jessica miró a la señora Napier, cuya sonrisa no revelaba nada —ni preocupación, ni culpa tampoco— pero tenía un agarre firme en el otro brazo de su hermana. Volvió su atención a la señora Beck. —Escuché que tiene hijos.

—Sí, dos niños.

—Adoro a los niños. ¿Están aquí hoy?

La señora Beck negó con la cabeza.

—Hoy no.

—Los dejaron en casa, haciendo tareas —interrumpió la señora Napier—. Un poco de trabajo es un excelente ejercicio para las mentes ociosas.

Sin embargo, la expresión de la señora Beck sugería lo contrario, y eran *sus* hijos. No los de la señora Napier. A Jessica tampoco le gustaba la forma en que la señora Napier acorralaba a su hermana. Parecía casi una rehén.

—Bueno, espero conocerlos algún día. Tal vez usted y sus hijos podrían visitar a la duquesa mañana a las diez, señora Beck. Entiendo por el señor Whitfield que tenemos un interés común.

—Estoy segura de que verá más a mi hermana pronto —dijo la señora Napier con aire de suficiencia—. Vaya, nunca se sabe, un día podrían ser vecinas muy cercanas, de hecho.

Había una obvia insinuación de que Gideon estaba cortejando a la señora Beck. Imposible para Jessica pasarlo por alto o refutarlo en este momento.

—No sé nada sobre convertirnos en vecinas —dijo rápidamente la señora Beck, con un rubor subiendo por sus mejillas—. Pero me gustaría mucho conocer a la Duquesa de Stapleton.

Jessica asintió. Una vez que tuviera a la señora Beck a solas, descubriría el origen de esa lesión y juzgaría por sí misma sus intenciones hacia Gideon.

—Estábamos a punto de ir a ver qué está reteniendo a los sirvientes del señor Whitfield —murmuró Jessica—. Si nos disculpan.

Se despidió de la señora Napier y alejó a Natalia, con la mente dando vueltas. Parecía que la señora Beck podría no ser quien estaba presionando por un matrimonio con Whitfield después de todo. Pero la señora Beck sí quería algo de Gideon, de eso también estaba segura.

—La señora Napier no está contenta de que no la haya invitado a visitar a la duquesa —advirtió Natalia en voz baja.

—Tengo mis razones para no quererla allí mañana. —La señora Beck podría estar dispuesta a hablar libremente sin su atormentadora, o la esposa de su atormentador, silenciándola.

Jessica llamó a la puerta de los aposentos de los sirvientes y llamó a la señora Harrow. Desde dentro, escuchó el sonido de pasos apresurados.

—Oh, ¿es usted, Lady Jessica?

—Soy yo. —Jessica se apresuró por el pasillo hacia la cocina—. ¿Ocurre algo, señora Mills?

—¡Es la señora Harrow! Ha tenido un desmayo.

Jessica se apresuró a entrar y encontró al ama de llaves de Gideon desplomada sobre la mesa de la cocina. Se acercó a la mujer y presionó sus dedos contra la frente de la señora Harrow, notando el sudor que humedecía su piel caliente, y luego su muñeca.

—Deberíamos llevarla a su habitación.

Juntas, medio cargaron al ama de llaves desfalleciente hasta su habitación y la colocaron en su estrecha cama. La habitación estaba en penumbra y fresca, mucho mejor que las sofocantes cocinas, donde los hornos estaban calentando el aire.

—Señora Mills, puede dejarla a mi cuidado. Por favor, asegúrese de que los invitados del señor Whitfield tengan refrescos afuera.

—No debería molestarse por mí, mi señora —insistió la señora Harrow, tratando de levantarse—. Estaré mejor en un momento.

—Nunca ha estado enferma un solo día en su vida, señora Harrow —murmuró Jessica, presionando un paño húmedo sobre su frente que Natalia había tenido la previsión de traer—. Quédese ahí y déjeme cuidarla.

—¿Deberíamos enviar a buscar ayuda? —preguntó Natalia mientras agitaba un libro para crear una brisa.

—No, al médico no —suplicó la señora Harrow con temor, aferrándose a la mano de Jessica.

—Shh —murmuró Jessica, sabiendo que muchos sirvientes estaban aterrorizados por los hombres de medicina—. Creo que es solo el calor del día, pero podría ser prudente tener una segunda opinión.

—Solo tenía demasiado calor de repente. No podía respirar.

Pensó un momento y luego se volvió hacia Natalia.

—¿Podrías encontrar a una de las sirvientas mayores de Stapleton y enviarla aquí? Hay algunas aquí hoy. Ellas sabrán qué hacer por la señora Harrow.

Desde afuera, la multitud vitoreó fuertemente y Jessica miró hacia la ventana.

—¿Ya está terminando la carrera?

—Podría ser —sugirió Natalia—. ¿Quiere que vaya a ver?

Jessica miró su reloj de bolsillo, notando que solo parecían haber pasado quince minutos.

—Por favor, hazlo. Si el señor Whitfield ha regresado, envíalo a mí.

Cuando Natalia se fue, Jessica tocó las mejillas de la anciana y luego refrescó el paño con agua fría. Se sentó en el borde de la cama y sonrió al ama de llaves.

—Creo que se ve mucho mejor ahora, pero no debe mover ni un músculo cuando entre el señor Whitfield.

La señora Harrow tiró de la manta debajo de ella.

—Nunca pensé que viviría para ver el día en que una dama Westfall cuidara a una sirvienta de Quigley Hill.

—No es ninguna molestia —prometió Jessica—. ¿Puedo hacerle una pregunta personal, sobre la difunta señora Whitfield?

—¿La madre del amo?

Jessica asintió.

—¿Alguna vez tuvo miedo de su marido?

La mirada de la señora Harrow se desvió, pero luego asintió.

—Nunca se quejó.

—¿Gideon sabía lo que estaba pasando?

—Por supuesto que lo sabía. Incluso intentó detener a su padre cuando era joven, solo para terminar recibiendo lo mismo. Era un niño tan dulce. Su padre intentó sacarle esa bondad a golpes. —De repente, la señora Harrow le agarró la mano, con los ojos abiertos de miedo—. No le dirá que se lo he contado, ¿verdad?

—Nunca, y gracias —murmuró Jessica, pero su mente iba a toda velocidad. Gideon siempre había sido extremadamente protector con las mujeres, y ahora sabía por qué.

Jessica se llevó el dedo a los labios e hizo un gesto de silencio cuando unos pasos pesados se apresuraron hacia la habitación.

—¿Qué diablos está pasando? —preguntó Gideon mientras irrumpía en la habitación, con los ojos un poco desenfocados mientras miraba a la señora Harrow.

—Lo siento, señor.

Jessica presionó al ama de llaves para que volviera a acostarse cuando intentó levantarse y se volvió hacia Gideon.

—¿Podríamos hablar afuera?

Él tragó saliva y asintió, con los ojos aún un poco desenfocados.

Jessica le recordó a la señora Harrow que descansara y salió, cerrando la puerta tras ellos.

—Creo que solo es un desmayo provocado por el calor del día. De todos modos, he enviado a la señorita Hawthorne a buscar una segunda opinión de una sirvienta mayor de Stapleton.

Él se pasó una mano por el cabello.

—Ella nunca se enferma.

—Estas cosas pasan —había asuntos que afectaban a las mujeres en edad avanzada, aunque no podía discutirlos con Gideon—. Estoy segura de que una de las mujeres que he mandado a llamar ofrecerá el mejor consejo para la señora Harrow.

Él asintió.

—Gracias.

Ella le sonrió.

—¿Estás contento?

Él la miró con brusquedad.

—Por supuesto que no.

—Me refería a la carrera. Hiciste un tiempo excelente hoy.

La expresión de Gideon cambió a una de fastidio.

—No superé a Lord Rafferty hoy. Él cedió la victoria.

Ella parpadeó.

—¿Cómo pudo hacer eso?

—El hombre se detuvo a la sombra para beber antes de que hubiéramos recorrido media milla. Nunca tuvo la intención de completar el recorrido habitual.

Ella se rio.

—¿Quizás Lord Rafferty quería una excusa para rellenar tus bodegas con su vino?

—No fue una carrera justa. No puedo aceptar las ganancias.

Ella le dio unas palmaditas en el brazo.

—Siempre estás tan preocupado por hacer lo correcto. Es una de las cosas que amo de ti, pero me alegro de que seas el ganador reconocido. Ahora debes escoltarme al próximo baile.

—No está bien obligarte a cumplir esa apuesta —dijo él obstinadamente.

Ella lo miró directamente.

—¿No deseas reclamar el primer baile conmigo?

—Sí, pero... —Su mandíbula se tensó brevemente.

El ama de llaves de Stapleton se acercó apresuradamente.

—¿Me mandó llamar, mi lady?

Ella se apartó de Gideon y llevó a la mujer de vuelta a la habitación del ama de llaves.

—Sí, la señora Harrow se siente indispuesta. ¿Le importaría atenderla por ahora y enviar a buscar al médico si cree que su condición lo justifica?

—Sí, mi lady —accedió.

Tan pronto como la mujer entró en la habitación de la señora Harrow, ella volvió al lado de Gideon.

—Sin peros.

Su frente se arrugó.

—Nuestro baile debería ser tarde en la noche. Después de que hayas tenido la oportunidad de bailar con los solteros más jóvenes.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal ante su declaración. Él se estaba negando a sí mismo, y se dio cuenta de que siempre se había puesto en último lugar.

—El primer baile es tuyo, Gideon Whitfield, y si no lo reclamas, no bailaré en toda la noche.

Él frunció el ceño.

—Pero te encanta bailar.

—Contigo —le prometió, notando que sus cejas se alzaban de sorpresa—. Me encanta bailar en tus brazos. Eres mi pareja favorita y siempre lo serás. Siempre me siento segura contigo.

Él negó con la cabeza.

—No deberías.

Ella miró a Gideon, su corazón latiendo fuertemente contra sus costillas.

—Desearía que no intentaras alejarme.

Él apartó la mirada de repente, y su corazón dolió por él.

—Necesito decirte algo antes de que lo escuches de alguien más. He cambiado de opinión sobre la señora Beck.

Jessica se apresuró a cubrir sus labios con sus dedos.

—Lo que estabas a punto de decir, no lo hagas —lo miró fijamente con seriedad—. Te conozco de cabo a rabo, Gideon Whitfield. Eres un buen hombre. Amable, compasivo y muy gentil. Estás dispuesto a ayudar a cualquiera. Pero hoy vi a la señora Beck. Ella te ve como su salvador de lo que sospecho es una situación terrible.

—¿Qué sabes tú de eso? —preguntó alrededor de su dedo.

—Lo suficiente para intervenir. Hablaré con madre esta noche y se ayudará económicamente a la señora Beck.

El aire escapó de los pulmones de Gideon.

—Gracias.

—Ningún hombre debería casarse con una mujer solo para salvarla del dolor que alguien más le está causando. Eso no es justo para ti, cuando mereces mucho más —arrastró lentamente su dedo de sus labios—. Prométeme que no se lo pedirás.

Él se desplomó aún más.

—Lo prometo.

—Te lo haré cumplir —le advirtió. El alivio de que siguiera siendo soltero la hizo sonreír de nuevo—. Sé que ser mi amigo debe ser difícil para ti. Debes morderte la lengua bastante para no escandalizarme. Pero ya no tienes que hacer eso. También puedes confiar siempre en mí. Siempre he estado llena de preguntas, y aún tengo mucho que aprender. Siempre has estado ahí para mí, y quiero hacer lo mismo.

Su expresión se volvió afligida.

—No lo entiendes.

Jessica tocó su rostro.

—¿No hasta que compartas tus secretos conmigo también?

A eso, pareció no tener respuesta.

Ella sonrió tristemente.

—Ya no soy una niña pequeña, Giddy. No me conformo con las migajas de tu atención. Lo quiero todo. Confío completamente en ti. Lo he hecho desde que era una niña.

Él asintió lentamente, y luego negó con la cabeza.

—Me importas, Jessica.

La pasión en su beso no era fingida. Pero para tener más, él también tendría que quererlo.

—Lo sé.

Él apartó la mirada.

Ella esperó, pero no podía obligarlo a revelar que quizás la amaba. Había tenido mucho tiempo para volverse así. Si iban a tener algún futuro juntos, él tendría que admitir que quería más para su vida. Esperó un poco más y luego suspiró.

—Será mejor que me vaya antes de que alguien venga a buscarme.

Jessica lo rodeó y se alejó con el corazón apesadumbrado.

CAPÍTULO TRECE

Gideon se apartó el cabello de los ojos y se acomodó el sombrero, pero su corazón latía tan fuerte contra sus costillas que casi le faltaba el aliento. Por mucho que odiara decepcionar a Jessica, no tenía otra opción. Ella nunca había estado destinada a alguien como él. El beso había sido un terrible error que no podía deshacer.

La siguió afuera hacia la fiesta, sabiendo que no había nada que pudiera decir para hacerla entender. Nunca estuvieron destinados a ser más que vecinos, amigos, sin importar la asombrosa pasión que había ardido entre ellos, tomándolo completamente por sorpresa. La había abrumado anoche, eso era todo, y ella se había dejado llevar por el romanticismo de su cita de medianoche.

Afortunadamente, Jessica no miró hacia atrás. Su espalda estaba rígida mientras hablaba con su padre, luego se movió para charlar un rato con su amiga, la señorita Hawthorne. Eventualmente, desapareció entre la multitud, y él esperaba que estuviera disfrutando del día soleado y no pensando en él.

Trató de no buscarla de nuevo. No debería hacerlo, pero los hábitos de toda una vida eran difíciles de resistir, y cuando quiso encontrarla, sin éxito, se preocupó. Se movió entre la multitud, inquieto e incómodo por cómo se habían separado. Ella nunca entendería el terror que sentía cuando imaginaba cualquier futuro con él como padre.

—Ah, ahí está, Whitfield.

Gideon podría haber gemido, pero controló sus facciones y sonrió mientras Lord James se dirigía hacia él. —Mi lord.

—Felicidades por su excelente victoria.

Suspiró, pero se guardó sus verdaderos sentimientos sobre el asunto. —Lord Rafferty me dio un excelente comienzo.

—Excelente forma para un caballero de sus años —exclamó Lord James.

Gideon se ofendió por eso. —Rafferty y yo tenemos casi la misma edad.

Lord James se sonrojó mientras Gideon lo miraba fijamente. —¿Tiene un momento para hablar?

Gideon miró a su alrededor, pero no tenía idea de qué podría querer Lord James. Gideon había estado tratando de evitarlo hoy. El chaleco del hombre le hacía lagrimear los ojos.

Gideon asintió lentamente. —Tengo tiempo ahora.

—Es un asunto privado.

Cada vez más extraño. Hizo un gesto hacia los jardines laterales donde solo unas pocas personas deambulaban. —¿Qué puedo hacer por usted?

—Necesito ayuda.

—¿Con qué?

—La hija de Lord Stapleton. La quiero.

Gideon casi se tambaleó por la forma en que habló de Jessica. —¿Cómo dice?

—Bueno, usted está... —Lord James hizo un gesto de arriba abajo—. Usted está en una posición única para asegurar mi éxito y ejercer su influencia. Conoce a la familia desde hace mucho tiempo, siendo vecinos y todo eso.

Demasiado tiempo como para que le gustara la dirección que tomaba esta conversación. —En efecto.

—Es evidente que Stapleton confía en su opinión. El hombre habla de su fácil buen carácter todo el tiempo.

—¿Ah, sí?

—El asunto es... he estropeado mis asuntos bastante a fondo, y necesito su ayuda para ganar su mano en matrimonio.

Aprender a notar cuando una dama no está interesada en usted podría ser una buena idea, Gideon casi dijo en voz alta. —Nunca me he casado, así que no sabría cómo aconsejarle sobre un cortejo.

El tipo frunció el ceño profundamente, apretando los labios hasta que la piel alrededor de su boca se arrugó. James entrecerró los ojos. —¿Cuánto?

—¿Disculpe?

—¿Cuánto por su propiedad?

Gideon sintió un escalofrío. —Quigley Hill no está en venta.

—Mi padre dice que todo está en venta. —Se inclinó cerca—. Si agito la compra de una propiedad tan valiosa ante Stapleton, una convenientemente cercana, verá el mérito del matrimonio. Acceda a venderme Quigley Hill ahora, y lo haré un hombre rico para fin de mes.

—Soy lo suficientemente rico. Más que usted, según he oído.

—El matrimonio restaurará mis arcas y desbordará las suyas. —El rostro de Lord James se endureció—. Pero usted no tiene título. Puedo hacer que eso suceda.

Lo miró conmocionado. —¿Me está ofreciendo un título?

—Mi padre puede arreglar cualquier cosa.

El pecho de Gideon se hinchó de furia. Los afectos de Jessica no podían comprarse, no con *su* ayuda. Dio un paso amenazador hacia Lord James, con los puños apretados. —Váyase de mi propiedad antes de que lo patee hasta la frontera, cachorro insolente.

Lord James entrecerró los ojos. —Está cometiendo un error —murmuró, pero giró sobre sus talones y se alejó a grandes zancadas.

Una mano pesada aterrizó en el hombro de Gideon y apretó. —Vuelve, pequeño señorito, y deja que Whitfield te patee el trasero mimado —llamó Rafferty suavemente, burlándose de Lord James—. Es un bastardo codicioso, ¿no? Su padre es muy parecido. Yo le habría dado un puñetazo en la nariz.

—Tentador.

Rafferty se puso frente a Gideon y puso sus dedos en su pecho. —¿Fue mi imaginación, o no te sorprendieron sus planes de casarse con Lady Jessica?

Gideon apartó su mano. —Me enteré de la posibilidad hace unos días.

—Stapleton realmente te aprecia, para compartir ese jugoso detalle —reflexionó Rafferty, frotándose la barbilla—. Siempre he encontrado a la familia bastante distante.

—Algunos de ellos lo son.

Rafferty empezó a reír. —La bonita te tiene bien enredado en sus asuntos.

Gideon frunció el ceño a Rafferty en lugar de responderle.

—Bueno, ella no se quedará quieta ante ese tipo de trato. —Rafferty sonrió rápidamente—. Terca. Ya tiene sus ideas fijas.

Gideon negó con la cabeza. —Estás describiendo a la señora Warner, no a Lady Jessica. Por mucho que sean hermanas, la señora Warner no es tan fácil de manejar como lo ha sido Jessica.

—Las mujeres nunca son fáciles, y siempre quieren manejarnos *a nosotros*. —Rafferty gruñó —. Entonces, ¿tienes intención de proponerle matrimonio?

—¿A quién?

Rafferty puso los ojos en blanco. —A Lady Jessica.

Gideon no respondió a eso.

—Espera demasiado y perderás tu oportunidad. —Rafferty rió maliciosamente—. ¿O temes que deshonrarás a todos los hombres en tu noche de bodas cuando no logres que se te levante a tu avanzada edad?

Gideon miró furioso a Rafferty. —Es poco probable.

—No con su belleza en tu cama, me atrevería a decir. —Rafferty lo miró con picardía—. ¿Por qué no has ido tras ella todavía?

Gideon se pellizcó el puente de la nariz. —Rafferty, cállate. Estoy a punto de estrangularte.

—Pagaría por ver eso. Nunca te he visto perder los estribos en todos los años que nos conocemos —Rafferty levantó los puños, lanzando unos cuantos golpes inofensivos al aire entre ellos—. A pesar de tu avanzada edad, seguro que aún te queda algo de pelea.

—Tenemos la misma edad —masculló Gideon.

—Yo soy más joven —Rafferty se rio—. ¿Cuál es el problema?

Rafferty no tenía idea de su infancia, de las palizas que había soportado para que su madre no resultara herida.

—Demasiado.

Rafferty bajó los puños, pasó un brazo por los hombros de Gideon y lo sacudió.

—¿Nunca te has enamorado?

Gideon casi sintió náuseas, especialmente al pensar en Lord James y Jessica a solas.

Rafferty pareció no necesitar su respuesta y siguió hablando, caminando con él de vuelta entre la multitud.

—Dime, ¿qué harías para ganar la mano de Lady Jessica en matrimonio?

Lo que fuera.

Gideon tropezó con sus propios pies, pero Rafferty lo sostuvo.

—Cuidado, señor, ¿o debería traerle su bastón o quizás una silla de manos?

—¿Podrías callarte y dejarme pensar? —gruñó Gideon.

Superaría cualquier obstáculo para ser el hombre adecuado para mantenerla a salvo. Se pasó la mano por la boca, dándose cuenta de que, a pesar de todas sus dudas, quizás no pudiera vivir en paz sin Jessica en su vida. No estaba seguro si eso era amor o su necesidad de ser él quien la hiciera feliz. Podría haberla tenido anoche, pero su naturaleza protectora pudo más que él.

¿Amor? Tal vez, pero no tenía ni idea de cómo demostrarlo. Ninguna en absoluto.

—Pensar. Ese es definitivamente tu problema —advirtió Rafferty—. Créeme, he pasado por esto antes. Solo tienes que lanzarte a la persecución y esperar salir victorioso. ¿Necesitas algún consejo para el cortejo?

—No.

Cuando vio a Lord James merodeando, acercándose al padre de Jessica, frunció el ceño. Lord James tenía la ventaja de la proximidad.

—Tal vez.

—Soy tu hombre, y tengo la solución perfecta para tus problemas de cortejo. Ven conmigo.

Gideon siguió a Rafferty hasta la ancha espalda del Duque de Stapleton, un poco preocupado por el entusiasmo de Rafferty por verlo finalmente atado.

—Whitfield acaba de darme la idea perfecta, su gracia —llamó Rafferty.

El duque se volvió, con el ceño fruncido.

—¿Ah, sí?

—Ya es hora de que nos invites a ambos a quedarnos, como en los viejos tiempos. Vino y una canción o dos hasta el amanecer. ¿Qué dices?

—Dios mío, esperaba que hubieras olvidado cómo cantar. Pero —el rostro de Stapleton se quedó inmóvil y sus ojos se desviaron hacia donde Lord James estaba un poco a la izquierda—, si Whitfield también se queda, entonces no veo el daño. Lo convertiremos en una verdadera fiesta en la casa. Una semana o dos, pero nada de dormir en la mesa del comedor esta vez, Rafferty. Mis hijas son lo suficientemente mayores como para dar ejemplo contigo.

Rafferty y Stapleton discutieron los detalles de su invasión de la mansión Stapleton en el plazo de una hora.

La cabeza de Gideon daba vueltas ante la rapidez con la que su futuro podría estar cambiando de lo que siempre había esperado. El envío de sirvientes para traer ropa fresca para ambos estaba en marcha, y para suavizar el impacto de su estadía, Gideon prometió sus ganancias, el vino que Rafferty había apostado, a la bodega de Stapleton en lugar de a la suya.

Esta noche, dormiría bajo el mismo techo que Jessica y no tendría motivos para regresar a su propia casa durante las próximas dos semanas. Un hombre podría ganar la mano de una mujer en matrimonio en ese espacio de tiempo... pero ¿podría Gideon ganar también la comprensión de Jessica?

Cuando miró a Lord James de nuevo, sonriendo como si la fiesta fuera en su beneficio, juró proteger a Jessica para siempre.

Stapleton le dio una palmada en el hombro de repente.

—Eres un verdadero amigo al salvar a mi familia de otra noche de tedio. Juro que ese par no habla de otra cosa que de sus propias ambiciones día y noche.

—Me alegro de ser de utilidad —murmuró, y luego hizo una mueca.

Perseguir a Jessica como esposa podría poner su amistad con el Duque de Stapleton bajo una luz completamente nueva. Tendría un padre de nuevo.

JESSICA SE ESCABULLÓ de vuelta a Stapleton, abatida por el rechazo de Gideon a la felicidad. Le dio una palmadita distraída a su caballo, le deslizó una moneda a Paulson y subió las escaleras hacia la puerta principal de la mansión Stapleton muy lentamente. ¿Por qué Gideon no podía ver que ella era lo suficientemente mayor para ser... suya?

El conocimiento de que él no la quería de la manera en que ella pensaba en él la hacía sentir tanto enojada como miserable. Durante un año, había soportado charlas sobre las cualidades que debería buscar en un posible marido. Gideon encarnaba cada atributo bueno y amable que un cónyuge podría tener, y su nombre nunca había sido mencionado. Incluso había participado en varias discusiones. A decir verdad, sus comentarios habían sido en apoyo de no apresurarse en ninguna decisión, lo que ella había atribuido a que él era un soltero de larga data.

El mayordomo de Stapleton le abrió la puerta y le dio la bienvenida a casa, y ella le

respondió con solo un asentimiento. Tal vez Gideon no la quería después de todo, o quizás no quería una esposa de ningún tipo.

Había dado tres pasos dentro del fresco interior, ni siquiera se había quitado el sombrero y los guantes, cuando Rebecca se le echó encima de repente. Miró a Rebecca estúpidamente, con lágrimas comenzando a picarle los ojos.

—Necesito hablar contigo en privado —dijo Rebecca mientras agarraba la mano de Jessica y la arrastraba hacia la sala de música. Jessica tropezó cuando la puerta se cerró de golpe detrás de ellas con una fuerza notable.

Se dio la vuelta rápidamente.

—¿Qué?

Rebecca se acercó a ella, aparentemente muy enojada.

—¿Quién. Es. Él? —gruñó, con los ojos ardiendo.

Jessica retrocedió un paso ante la furia inesperada de su hermana.

—¿Quién?

Rebecca la agarró del brazo antes de que pudiera retroceder más, sujetándola con fuerza hasta que le pellizcó.

—Te vieron anoche, reuniéndote con un hombre.

Jessica no era buena mintiendo, pero tenía que intentarlo.

—Quería tomar aire.

Rebecca se inclinó cerca y gruñó:

—¿Y el hombre que dejaste atrás? Me dirás su nombre en este instante.

Jessica tragó saliva con dificultad.

—No es lo que piensas.

Probablemente era peor.

—¿Con quién estabas? —Rebecca estaba tan enojada que tenía la boca apretada y blanca alrededor de los bordes. Su agarre se apretó aún más a medida que el silencio se alargaba. Rebecca podría causar muchos problemas a Gideon si quisiera—. ¿Te estabas reuniendo con Lord Rafferty?

—¡No! —gritó—. Estaba con Gideon.

Rebecca la soltó de inmediato y se dio la vuelta. Cuando Rebecca comenzó a pasearse con los brazos cruzados sobre el pecho, el corazón de Jessica empezó a latir al ritmo de sus pasos firmes.

—¿Qué vas a hacer?

Rebecca se detuvo y luego se volvió, sonriendo con un brillo triunfal en los ojos.

—Nada. Por ahora.

Jessica temía esa sonrisa, pero se mantuvo firme.

—¿Qué quieres decir con "nada por ahora"? ¿Qué hay de los chismes que escuchaste?

—Los chismes son inevitables en una finca de esta importancia.

—Pero...

—Nada de peros. No haremos nada y dejaremos que el rumor se propague.

Jessica palideció.

—Padre se enfadará conmigo. Y con Gideon también.

—Deberías haber pensado en eso antes de empezar a coquetear con el mejor amigo de padre —Rebecca agitó un dedo.

Jessica se quedó boquiabierta, pero luego cerró la boca de golpe. Se había sentido más atraída por Gideon desde su regreso a casa, pero no había considerado que lo que estaba

haciendo fuera coquetear. No realmente. Pero si lo amaba, su comportamiento era completamente normal. Miró a su hermana y se estremeció.

—Lo siento si mis acciones te han decepcionado.

—Sabía que algo se estaba cociendo anoche durante la cena, pero la duquesa juró que Whitfield solo estaba siendo protector. Posesivo es más probable —Rebecca se acercó y pasó un brazo por la espalda de Jessica—. Lo que empiezas debe terminar.

Le tomó un momento entender lo que Rebecca podría querer decir.

—¿Quieres decir que *deseas* que me case con Giddy?

—Quería que te casaras con el hijo de un duque pero, como siempre, mi hermanita ha tenido a todos comiendo de su mano desde sus primeros alientos —declaró Rebecca con un toque de amargura que Jessica había notado antes pero nunca se atrevió a señalar.

—No es mi culpa que la familia me mimara —protestó Jessica—. Con gusto cambiaría de lugar. Todos tenían tantas esperanzas puestas en mí que es asfixiante.

—Mejor que ser completamente ignorada —susurró Rebecca, casi para sí misma. Levantó la mirada rápidamente, con los ojos suavizándose—. Tú no puedes hacer nada malo a los ojos de padre, y él, por supuesto, te perdonará cualquier indiscreción al final. Supongo que la duquesa no sabe que has estado alentando a nuestro vecino, ¿verdad?

—Ella no sabe lo de anoche —Jessica se humedeció los labios—. ¿Qué opinas? ¿Sobre Giddy y yo?

Rebecca suspiró y luego, con los labios apretados, arregló el cabello de Jessica, empujando mechones detrás de sus orejas antes de hablar.

—No tengo nada que decir en su contra.

—Pero es mayor. De hecho, me dobla la edad. Algunas personas podrían considerar eso extraño.

Rebecca se encogió de hombros.

—Mi esposo también era mayor que yo, así que no lo considero una desventaja. De hecho, casarse con un hombre mayor puede tener muchos beneficios.

Jessica no pudo contener su alivio ante la noticia. Se había imaginado que Rebecca odiaría la idea de Gideon como su esposo. Rebecca siempre había empujado a Jessica hacia hombres más jóvenes, especialmente aquellos con título. Tomó la mano de Rebecca y apretó sus dedos con fuerza.

—¿Cuáles son, las ventajas?

—En general, los hombres mayores son sensatos, hace tiempo que dejaron atrás sus días salvajes; son frugales, y ambas sabemos que Whitfield es sensato y tan rico como podría ser. Puede mantener a una esposa, incluso sin tu dote, aunque se le debería animar a emplear más sirvientes una vez que estés casada.

—Giddy no siempre es sensato —dijo, defendiéndolo—. Me dejó besarlo.

—Sensato en la forma en que se comporta en sociedad. Dudo mucho que sea capaz de causar un escándalo que pueda avergonzar a la familia a su edad —Rebecca sonrió con picardía—. Y ahora que sé que os habéis besado, estoy aún más decidida a que deberías casarte con él. Eventualmente.

—¿Eventualmente?

Jessica se hundió en el taburete del piano, y Rebecca se unió a ella en el instrumento. Rebecca posó suavemente sus dedos sobre las teclas y tocó una melodía triste. Ella había sido la música de la familia en el pasado. Jessica había anhelado tocar la mitad de bien cuando era niña y siempre había admirado la habilidad de su hermana con el instrumento.

Todos decían que Jessica había superado a Rebecca a una edad temprana, y ahora que lo pensaba, siempre era la primera a quien le pedían que tocara. La amargura de Rebecca era comprensible, supuso, pero aun así no era culpa suya. Cruzó las manos sobre su regazo, contenta de escuchar a alguien con más experiencia.

Después de un momento, Rebecca miró de reojo a Jessica pero continuó tocando la melodía triste.

—Los hombres mayores no se apresuran cuando se trata de matrimonio. Es uno de los desafíos para los que debes prepararte. Sin embargo, si Whitfield se muestra resistente, no dudaré en ejercer un poco de presión para llevarlo al punto.

—No quiero que lo amenaces —advirtió.

Rebecca se encogió de hombros.

—Dudo mucho que necesite decir una palabra si continúas persuadiéndolo para que te devuelva los besos. Hará lo correcto al final.

El corazón de Jessica comenzó a latir con fuerza.

—Eso no suena esperanzador.

—Bueno, has elegido a un adversario digno —Rebecca dejó que sus manos descansaran sobre las teclas—. Gideon ciertamente ha tenido su cuota de admiradoras. Ha demostrado ser bastante hábil para evitar enredos a lo largo de los años, incluso los más descarados.

Los ojos de Jessica se entrecerraron.

—¿De quién?

Rebecca frunció el ceño.

—Los celos son una emoción poco atractiva en una dama, hermanita. Debes aprender a controlar tus tendencias posesivas cuando te cases con Whitfield. Conocerás a muchas personas que tienen una historia de amistad con él que tú no puedes compartir y quizás nunca llegues a entender completamente. Siempre debes recordarte a ti misma que se casó *contigo*. Eso debe ser suficiente.

Jessica se mordió el labio. Gideon había vivido otra vida mientras ella estaba en la guardería jugando con sus muñecas. De alguna manera, tenía que hacerse un lugar a su lado.

—Él no quiere que las cosas cambien.

—Los hombres nunca lo quieren. Les gusta creer que las decisiones que toman son siempre suyas —Rebecca sonrió—. Pronto aprenderá que Lady Jessica Westfall siempre se saldrá con la suya.

Jessica agarró el brazo de su hermana y la abrazó con fuerza, agradecida de que Rebecca aprobara al hombre que amaba.

—La señora Rebecca Warner también puede salirse con la suya.

Rebecca se levantó de repente.

—La señora Warner es demasiado mayor para soñar despierta y llega tarde a una cita. Te aconsejo que no pierdas tiempo en capturar la atención completa del señor Whitfield.

CAPÍTULO CATORCE

Gideon salió de las sombras y detuvo la huida de Jessica hacia los jardines. —Creí haberte dicho que no salieras sola otra vez.

Jessica corrió hacia él, se lanzó a sus brazos y lo abrazó con fuerza. —Esperaba verte a solas antes de irme a dormir. Me alegro tanto de que estés aquí. Quiero disculparme por lo de antes. Siempre espero que tengas las respuestas, pero está claro que no las tienes.

—Yo también lo siento. Me importas, más de lo que jamás pensé que podría. —Rápidamente dio un paso atrás, decidido a hacer lo que se había propuesto. Iniciar un cortejo con una mujer que conocías desde que tenía meses era complicado, y quería hacerlo bien—. Ya me has visto, así que por favor vuelve a tu habitación. Me verás mañana. Su excelencia invitó a Rafferty y a mí a quedarnos una semana o dos, ¿sabes? Estaré aquí hasta que tu pretendiente no deseado se haya marchado hace tiempo.

—No voy a volver a mi habitación —Jessica rio suavemente—. Vamos, Giddy. Voy a ver las estrellas desde lo alto de tu colina esta noche. Nada me lo impedirá.

Se alejó sin él. Salvo retenerla, lo cual no era muy caballeroso, realmente no tenía poder para evitar que explorara los terrenos sin carabina en plena noche. Había hecho un juramento cuando ella era niña de protegerla, y otro hoy mismo, y un caballero nunca faltaba a su palabra. No podía permitir que le pasara nada malo, así que la seguiría a distancia.

Jessica soltó una risita traviesa y de repente echó a correr hacia los árboles.

¡Pícara! Hacía años que no intentaba eludirlo. Meneó la cabeza y la persiguió, corriendo por el bosque sin preocuparse por sí mismo. Verla desaparecer y reaparecer delante de él lo estaba volviendo loco, y la alcanzó tan rápido como pudo.

La agarró de la mano justo antes de llegar a la cima de la colina y detuvo su loca carrera. La hizo girar en círculo. Jessica gritó, pero luego cayó contra él, pareciendo feliz de haber sido atrapada.

Sus manos se deslizaron por su pecho en una caricia sensual que no era en absoluto apropiada. —Sigues siendo más rápido que yo, señor.

—Años persiguiéndote me han mantenido en forma. —Le advirtió—: No vuelvas a escaparte.

—No lo haré.

Sonaba arrepentida, pero estaba bastante seguro de que se estaba divirtiendo enormemente mientras se aferraba a él. No había duda, había planeado esta escapada. Contaba con que él la siguiera.

—Ven a contemplar el firmamento conmigo. —Se alejó un poco y cuando fue a sentarse en

la ladera cubierta de hierba, él rápidamente le ofreció su abrigo para que se recostara.

Jessica sacó sus anteojos del bolsillo antes de que pudieran romperse y se los colocó en la cabeza. Gideon se los arrebató y los sostuvo para mantener sus manos ocupadas. —¿Qué estamos haciendo aquí, Jessica?

—Estar juntos —murmuró ella, acomodándose en el suelo—. Nunca podía ver las estrellas en Londres.

Extendió su mano hacia él, con los dedos haciéndole señas como el otro día, y luego cruzó los brazos detrás de su cabeza y se tumbó boca arriba. Gideon cerró los ojos, pero la visión en seda blanca y encaje quedó grabada en su mente. Ella permaneció en silencio, obviamente sin encontrar nada malo en su petición.

Abrió los ojos mientras se acercaba a ella. Se sentó a una distancia prudente, si es que tal cosa existía cerca de ella ahora.

Ella se volvió para mirarlo, y él juró que sus ojos se reían de él. —No muerdo.

Gideon tal vez sí. Bajó la mirada hacia sus pechos, casi desbordando el escote del elegante vestido que llevaba esta noche. Esto era casi una tortura. Su traicionero miembro se endureció ante la idea de darse un festín con su cuerpo. Maldijo por lo bajo y levantó una rodilla para ocultarle su desafortunada condición.

—Nos sentamos más cerca durante la cena —protestó ella.

—Había carabinas. Puedes oírme y verme perfectamente desde ahí. —Frunció el ceño—. Dime qué quieres de mí, Jessica.

—Creía que a estas alturas era obvio.

—Dilo.

—Muy bien. Te quiero a *ti*, señor Whitfield.

Su cabeza dio vueltas durante varios minutos. Una respuesta bastante definitiva. Una que no podía malinterpretar. —Bueno, está bien entonces.

Ella puso una mano en el suelo y se inclinó hacia él. —¿Temes ahora por tu virtud estando conmigo?

Negó con la cabeza, luchando contra la atracción que sentía hacia ella. Si supiera la clase de pensamientos que sus palabras ponían en su cabeza, Jessica también podría temer por su virtud. —No exactamente.

—Es agradable, ¿verdad?, estar tan lejos de todos. Podemos hablar con franqueza sin preocuparnos de que nos oigan. —Se giró de lado, usando su mano para apoyar la cabeza, y lo miró directamente—. Nunca imaginé que te sonrojarías, pero lo estás haciendo, ¿verdad?

Él le lanzó una mirada severa. —Tú también deberías estar sonrojada, señorita. Escapándote sola conmigo en medio de la noche otra vez. Tu familia se escandalizaría.

—Fanny no. Me querría sin importar el escándalo que causara.

—La señora Warner nunca te dejaría olvidar esto si se enterara —le advirtió. La señora Warner probablemente le dispararía primero y forzaría un matrimonio mientras se desangraba a sus pies.

Ella rio entonces y se tumbó boca arriba. —Acuéstate a mi lado, Giddy. Nadie más sabrá lo de esta noche a menos que tú digas algo.

No tenía idea de los pensamientos que ponía en su cabeza con su inocente comentario. No podía controlar a Jessica, pero ansiaba ponerla en su lugar. Debajo de él serviría, y ya que ella parecía querer eso también...

Y entonces le costó mucho borrar esa imagen de su mente.

A pesar de la tentación, Gideon se acercó un poco. —Yo lo sabré.

—¿Te dije que he tenido *la charla* siete veces? De diferentes personas. Juro que mi familia y amigos están más obsesionados con mi vida amorosa de lo que deberían.

Parpadeó. Eso era bastante. No era de extrañar que pareciera diferente. Más audaz que nunca. —¿Siete veces?

—Madre, Rebecca, Fanny, e incluso la señora Hawthorne y Natalia han dicho lo suyo, aunque Natalia apenas habla desde la experiencia. Mi última institutriz soltó un montón de tonterías que madre dijo que debía ignorar.

—Dijiste que fueron siete. ¿Quién más?

—Samuel.

—Dios mío, no quiero ni pensar qué consejos te habrá dado tu descarriado hermano.

Ella sonrió rápidamente. —Dijo que solo yo sabría a quién quería, y que no debería ser tímida al decirlo cuando lo hubiera decidido. Dijo que el caballero apreciaría a una mujer que no jugara juegos.

Bueno, eso explicaba mucho sobre los cambios que había notado en Jessica. Ciertamente era más directa al decirle lo que quería. —No estoy seguro si agradecer a Samuel o estrangularlo.

—También he estado pensando en el regalo que te di para tu cumpleaños. Samuel se sorprendió de que fuera tan exigente con lo que mandé hacer, así que quizás he estado pensando en lo que necesitas desde hace más tiempo del que me di cuenta.

Él la miró de reojo. —¿Qué imaginas que necesito?

—Hmm. —Escalofríos recorrieron su piel al oír ese sonido—. ¡Oh, mira, una estrella fugaz!

—¿Dónde?

Cuando ella señaló, él se inclinó más cerca para compartir su vista, pero no hubo otra después de la primera.

Después de un momento de espera sin otro avistamiento, se dio cuenta de que ella lo había engañado para que se acercara. —No hubo ninguna estrella, ¿verdad?

Jessica se rió. —Solo la de esta noche.

Cuando inhaló, sus pulmones se llenaron con el dulce y familiar aroma que Jessica siempre llevaba: lavanda de su propio jardín. La miró de mala gana, solo para desconcertarse al ver que ella lo estaba mirando directamente, y estaba muy cerca.

La luz de la luna iluminaba su rostro, haciéndola parecer etérea y delicada y absolutamente hechizante. Un ángel. Había conocido a esta mujer cuando era una niña, pero le resultaba difícil recordar a la pequeña en la cara de su radiante belleza.

Sus dedos se alzaron para tocar la punta de su barbilla, y ella rozó ligeramente contra la aspereza de su barba nocturna. —Me gusta que quieras proteger mi reputación, Gideon, pero nunca necesito protección de ti.

—Sí la necesitas —confesó él, alejándose de ella y acostándose boca arriba.

Ella se rió. —¿Me besarías de nuevo, por favor?

Él se concentró en las estrellas que giraban en el cielo sobre ellos mientras consideraba su petición. No era una buena idea dado el estado temprano de su cortejo. Ni siquiera deberían estar juntos ahora. —Deberíamos ir a la cama.

Jessica resopló.

—No quise decir juntos —se apresuró a prometer—. Me refería a nuestras *propias* camas. Por separado. Tú en tu lado de la mansión, yo en el mío.

—No me voy a la cama hasta que haya tenido mi beso del día, y no me refiero al tipo que me diste la primera vez. —Jessica rodó sobre su estómago y se arrastró más cerca—. Bésame como lo hiciste anoche, solo para asegurarme de que recuerdo todo lo que me has enseñado.

Gideon no podía respirar mientras ella se acercaba aún más y se posicionaba casi encima de él. Sus rodillas estaban a ambos lados, pero él podía imaginarse fácilmente tirando de ella hacia abajo hasta que lo montara. Gideon estaba atrapado por sus propios pensamientos lujuriosos y sintió que el control de la situación se le escapaba de las manos una vez más. Apenas podía pensar más allá del anhelo de cumplir su petición de besarla.

Sus dedos se movieron a su mejilla, y luego sus dedos se enredaron en su cabello en la sien. Se estaba volviendo muy seductora en la forma en que lo tocaba, y contra su mejor juicio, si es que alguna vez lo tuvo, levantó la cabeza. Presionó sus labios contra los de ella en un tierno beso, con la intención de que fuera tan corto como el último.

Su beso duró un poco más que todos sus besos combinados, y él trató de alejarse de la presión de su cuerpo contra el suyo. —Ahí tienes.

—Cielos —susurró ella, dejándose caer sobre su pecho, inmovilizándolo y apoyando su barbilla en el dorso de su propia mano—. Tus besos mejoran cada vez más, ¿no es así?

—Si tú lo dices.

—En efecto, lo digo. ¿Podemos besarnos de nuevo?

Él envolvió sus manos alrededor de sus brazos, con la intención de empujarla si fuera necesario. Ella no tenía idea de lo que estaba diciendo o cómo sus palabras lo torturaban. —¿Por qué? ¿No fue suficiente para satisfacer tu curiosidad?

—Ni de cerca. —Su expresión se volvió seria—. Quién sabe cuándo me concederás otro.

Gideon dejó escapar un gemido torturado y miró más allá de su cabeza hacia el cielo. —¿Por qué yo?

Ella le dio unas palmaditas en el pecho. —¿Debería haber dejado que Lord James me atrapara en su lugar?

Él miró rápidamente su rostro. —No si quieres que siga con vida.

—¿No lo apruebas?

—No es el hombre para ti.

—Estoy de acuerdo. —Jessica se acurrucó un poco más cerca—. No es tú.

—Me voy a arrepentir de esto algún día —advirtió.

—Pero no esta noche —prometió ella—. Esta noche, quiero que estés orgulloso de mí.

Su expresión se suavizó. —Siempre he estado orgulloso de ti, Jess.

—Esto es diferente.

—Lo es.

Ella desvió la mirada brevemente. —Natalia dice que un hombre podría meter su lengua en mi boca mientras me besa. ¿Es horrible?

Él se quedó quieto debajo de ella, y se preocupó por todas esas *charlas* que ella había soportado. Demasiada información o información errónea debía ser confuso. Levantó su mano hacia la cabeza de Jessica y suavemente giró su rostro hacia el suyo. —No cuando se hace bien.

—Muéstrame —suplicó, y lentamente bajó sus labios hacia los de él.

Su beso comenzó como los otros, pero con Jessica suspendida sobre él, la tensión se acumuló rápidamente entre ellos. Después de considerarlo, Gideon la hizo rodar suavemente hacia su costado. Se elevó sobre ella, con la intención de controlar sus besos. Suavemente acunó su rostro, deslizó sus dedos a lo largo de su mandíbula, hacia su garganta y detrás de su hombro.

Jessica no hizo nada para impedir que él tocara su cuerpo en absoluto. Ella abrazó con entusiasmo lo que estaban haciendo juntos, y eso lo preocupó. Sus brazos se enroscaron alrededor de su cuello y lentamente lo atrajeron hacia ella.

Recordando su nueva petición, la hizo rodar sobre su espalda, manteniendo su cuerpo en

ángulo con el de ella, y luego pasó su lengua a lo largo de la costura de sus labios. Jessica jadeó.

Gideon aprovechó su sorpresa y provocativamente introdujo su lengua en su boca.

Jessica inhaló bruscamente, y él la sintió retorcerse en respuesta. Tuvo que colocar firmemente la palma de su mano en la parte superior de su hombro para evitar que ella se girara hacia él. Las cosas podían salirse rápidamente de control entre ellos si él no ejercía su voluntad al menos un poco. Se suponía que esto era un cortejo lento después de todo, pero Jessica estaba demasiado ansiosa. Claramente pensaba que podía envolverlo alrededor de sus delicados dedos. No estaba tan perdido como para no ver los riesgos de darle lo que quería cuando lo quería.

Un suave gemido escapó de ella cuando él se apartó. —Esto es suficiente —dijo él, jadeando ligeramente.

Jessica se desplomó de nuevo en el suelo, también jadeando. —Creo que sí.

Al menos ella podía ser sensata. Los besos llevaban a la cama, y era demasiado pronto para eso. Quizás necesitara tiempo para deshacer algunos de los malos consejos que le habían dado familiares y amigos bien intencionados.

Se puso de pie de un salto, alejándose unos pasos mientras fingía sacudirse la ropa y disimuladamente ajustaba su excitación. Besar a Jessica era emocionante, pero era demasiado pronto para revelar la lujuria que ella despertaba en él. —Levántate, y nos escabulliremos de vuelta adentro.

—Gracias, Giddy —susurró ella. Después de un momento, se levantó, recogiendo el abrigo de él del suelo. Lo sacudió y luego lo apretó contra su pecho. Lo abrazó unos instantes y luego se lo tendió.

Gideon se puso rápidamente el abrigo y, tras un momento, decidió que quizás pasaría la inspección en los pasillos en penumbra de Stapleton Manor siempre que no se demorara. Encontró sus lentes en la hierba, asombrado de que no se hubieran roto mientras rodaban, y los guardó de nuevo en el bolsillo de su abrigo. —Vámonos.

Ella corrió a su lado y enlazó su brazo con el de él. —¿Cómo lo hice?

—Como siempre, eres una alumna rápida —aseguró Gideon mientras comenzaban el largo camino de regreso a la mansión a un ritmo más lento. Gideon tendría mucho a lo que acostumbrarse en las próximas semanas—. No me verás hasta tarde mañana.

—¿Por qué?

—Tu padre desea una mañana de caballeros, con tiro y demás.

—Entonces te veré para el almuerzo —insistió ella—. Espero que te sientes a mi lado. Tendremos sopa de champiñones.

Su corazón se alegró con su pequeña broma al mundo. Los champiñones *eran* un tema aburrido. Casi nadie sabía sobre ellos, lo que significaba que podían decir lo que quisieran —tonterías en su mayoría— y nadie cuestionaba sus exageraciones. —A Lord James no le gusta comerlos.

—Qué lástima, y por eso insistí en que se añadiera un plato de champiñones a cada comida durante su estancia. Mañana también usaremos algunas de las especias que encontré en Londres. Necesitaré tu opinión sobre si te gustaría volver a comer alguna de ellas. Quiero informarle a la señora Harrow de tu reacción.

—Ya veo. —Puso sus dedos en el rostro de ella, tocando suavemente la suavidad de su mandíbula—. Eso es muy amable de tu parte.

—Me agradan tus sirvientes —susurró ella, y luego se quedó helada—. Hay alguien de pie frente a nosotros.

Él empujó a Jessica detrás de él y se movieron a la sombra de una pared. Se apretaron juntos,

esperando no ser notados. Cuando la figura finalmente se retiró hacia la casa, Gideon pudo respirar tranquilo de nuevo. —Eso estuvo demasiado cerca para mi gusto.

Fue solo entonces cuando descubrió que Jessica había envuelto sus brazos alrededor de su cintura y había enterrado su rostro en su corbatín. Parecía bastante hábil para acurrucarse contra él, había notado. Llevó su mano por el brazo de ella y la deslizó detrás de su cabeza. El rostro de ella se elevó hacia el suyo, y lo besó una última vez.

Cortejo rápido o lento, tenía la sensación de que comportarse correctamente con Jessica no iba a ser fácil.

Se apartó bruscamente. Su casi encuentro podría convertirse en un verdadero escándalo si se olvidaba de sí mismo. —No más encuentros a la luz de la luna —susurró—. Por favor.

—Pero...

Él acunó el rostro de ella en su palma. —Te buscaré mañana, lo prometo.

—Bien. —Los labios de ella encontraron los suyos de nuevo, y luego se había ido, corriendo de vuelta hacia la casa sin hacer el menor ruido que la delatara.

CAPÍTULO QUINCE

—¿Puede alguien bajar ese infernal estruendo? —se quejó lord Rafferty, sujetándose la cabeza mientras entrecerraba los ojos mirando los campos de Gideon.

Gideon le entregó el frasco de brandy.

—Medicina.

Rafferty le echó un vistazo y luego arrebató el frasco, dando un largo trago. Se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¿De quién fue esta idea?

—Tuya —sostenía su arma sobre el brazo, con el cañón apuntando al suelo. Se oyeron disparos delante de ellos. Stapleton y lord James estaban haciendo un último recorrido por la zona antes de dar por terminado el día.

Habían tenido mala suerte en la finca de Stapleton, así que se habían trasladado a la propiedad de Gideon por sugerencia de este.

Gideon estaba ahora aguardando el momento, esperando hasta que todas las armas hubieran sido disparadas y los sirvientes las hubieran llevado de vuelta a la mansión junto con las piezas cobradas, antes de abordar la necesidad de una conversación privada con Stapleton.

—Un amigo no habría señalado eso —Rafferty se pellizcó el puente de la nariz y luego entrecerró los ojos mirando al cielo—. ¿De verdad vas a hablar con él hoy?

—Sí, o de lo contrario se enterará de la peor manera de que su hija anda correteando por la finca de noche.

—Contigo.

—Conmigo —levantó la cabeza bruscamente cuando Stapleton entregó su arma al administrador de la finca—. Recuerda tu promesa de distraer a Newfield y al hijo.

—Las cosas que hago en nombre de la amistad —Rafferty se puso de pie y se colocó a su lado—. ¿Le oíste cuando cruzamos el arroyo? Tiene una opinión tan pobre de las mujeres que hasta yo me sentí ofendido. Mantenerlas en casa, con la mente fija en llevar un hogar, y me aconsejó que nunca dejara un periódico serio como *The Times* al alcance de mi hija para que lo leyera.

Gideon apretó los dientes.

—Me hace preguntarme si su primera esposa falleció de aburrimiento excesivo.

—Yo pensé lo mismo. Aunque Newfield tiene cuidado de ocultar sus opiniones delante de las mujeres. Lord James también. Me pregunto qué le haría la señora Warner a Newfield si supiera lo que ha dicho de su sexo.

—Tentador, pero no hagamos que el verano termine con un asesinato.

—Hace años que Becca no tiene un buen motivo para enfadarse con un hombre —Rafferty se rio maliciosamente.

Gideon miró a Rafferty con sorpresa al oírle usar un apodo familiar para la señora Warner. Casi nadie lo hacía ya.

—Creo que aún no te ha perdonado del todo por la última vez que la provocaste para que se enfrentara a ti. ¿Cómo te llamó?

—Un borracho degenerado sin sentido de la decencia.

—Te metiste en la cama equivocada en aquella fiesta en la casa, completamente borracho y desnudo, y te negaste a despertar hasta la mañana.

—El anfitrión le dio una cama más blanda que la mía —se quejó Rafferty.

—Te deberé una si esto sale bien —respiró hondo cuando Stapleton por fin llegó hasta ellos —. ¿Todo listo?

—Sí, creo que esto debería ser suficiente —dijo Stapleton.

—Sí, sí. Una salida bastante productiva. Debe reconsiderar mi oferta —sugirió lord James.

—¿Qué oferta? —preguntó Stapleton.

Rafferty ya lo sabía por haber escuchado a escondidas, pero aun así preguntó:

—Sí, ¿qué oferta?

Gideon negó con la cabeza, pero lord James estaba más que feliz de explicar.

—Le hice una generosa oferta por la propiedad. Todavía creo que puedo persuadirlo para que se deshaga del lugar. ¿Qué dice usted, Stapleton?

—Yo diría que sería un tonto si considerara una oferta por debajo de cien mil libras, que es lo que *yo* le ofrecería si alguna vez pensara que podría considerar una venta.

Gideon se atragantó. Lord James también. Era una cantidad ridículamente alta para sugerir por su pequeña porción del condado.

—Dije que no. Quigley Hill no está en venta.

Stapleton le puso una mano en el hombro y no lo soltó. Ladeó la cabeza hacia Rafferty.

—Ustedes vayan yendo. Los alcanzaremos en breve. Necesito tener unas palabras con mi vecino.

Rafferty asintió y animó a lord Newfield a caminar delante con él. Lord James frunció el ceño, pero siguió a su padre a través del campo.

Stapleton esperó hasta que se hubieron ido antes de hablar.

—Si necesitabas dinero, deberías haber acudido a mí primero.

—Tengo más dinero del que sé qué hacer. Yo no inicié esa conversación, ni lo haría jamás —insistió Gideon—. Nunca voy a abandonar mi hogar solo porque el hombre piense que puede comprar su camino hacia un matrimonio. Quiere comprar Quigley Hill, pero pretende pagarme con la dote de Jessica y sin duda del bolsillo de su padre.

Stapleton entrecerró los ojos.

—¿Te das cuenta de que vinieron para llevarse a Jessica de nuestro lado?

Gideon asintió.

—Ninguno de los dos me ha hablado directamente sobre el tema, pero el marqués está dejando caer indirectas a diestra y siniestra. Ojalá lord James lo soltara de una vez en lugar de andarse con rodeos. Nunca entregaré a mi hija a semejante pelele.

Gideon se desplomó de alivio. Jessica no se casaría con un cazafortunas. Ella estaba libre, y él también para hacer lo que su corazón deseaba.

—Así que preferiría que los pretendientes de Jessica fueran directos al grano.

—Por todos los dioses, sí. Ya he casado a dos hijas. Sé a quién vale la pena animar y a quién

no.

Gideon miró brevemente a sus pies y luego volvió a levantar la vista. Ahora o nunca.

—Me gustaría su permiso para cortejar a su hija.

—Sí, eso es exactamente lo que desearía que lord James hubiera hecho desde el principio.

Gideon frunció el ceño.

—Stapleton. Su Excelencia. Lo estoy pidiendo para *mí*. He llegado a encariñarme con Jessica y me gustaría su permiso para cortejarla.

El duque arrugó el ceño.

—No puede hablar en serio.

—Hablo completamente en serio.

Stapleton miró a su alrededor.

—Esto es una broma, seguramente. Un medio para divertirme.

—No haría la petición a la ligera de esa manera. Hablo en serio. Me gustaría casarme con Jessica, si ella me acepta.

El duque lo miró fijamente durante un minuto entero, tiempo durante el cual Gideon dio gracias de que no hubiera armas al alcance. El duque se dio la vuelta y se alejó una corta distancia, no hacia Stapleton, sin embargo. Estaba caminando más adentro de Quigley Hill.

Gideon lo vio marcharse, suponiendo que necesitaba tiempo para ordenar sus pensamientos. Volvería pronto, así que Gideon esperó nerviosamente su respuesta.

No esperó mucho. El duque se abalanzó hacia él, erizado de indignación.

—Déjame ver si lo entiendo. Me pides hoy permiso para cortejar a mi hija menor. Una chica que has conocido toda su vida.

—Sí.

—Cuando te despediste de ella en enero, ¿sabías que le propondrías matrimonio después de su presentación en sociedad?

—No. No tenía ninguna intención de hacerlo.

—Ninguna intención de hacerlo entonces. —El duque avanzó otro paso—. Pero sí pensaste en ella de esa manera, sin la intención de proponerle matrimonio.

Negó con la cabeza.

—Siempre creí que Jessica terminaría la temporada casada. Pensé que no la volvería a ver antes de que llegara ese día.

—Así que en cuanto regresó, sin estar casada ni comprometida, tú... ¿qué? ¿De repente decidiste que estabas harto de ser soltero y tenías que tenerla? —El duque le clavó un dedo en el pecho—. ¡Confié en ti!

—Nunca me sobrepasé mientras no fue presentada en sociedad.

—¿Pero después, tras el gasto de su presentación y una temporada sin éxito, sí lo has hecho?

—La besé, y por eso es correcto que actúe como un caballero y le haga saber mi interés a su padre.

—¿Dónde la besaste?

—En el jardín.

El duque apretó los puños.

—¿Y qué hizo mi hija para que pensaras que tenías derecho a besarla?

—Jessica no hizo nada malo.

—Perdóname si no estoy de acuerdo. Jessica nunca me causó problemas antes de que tú aparecieras.

Gideon apretó los dientes.

—He estado aquí todo el tiempo, calmando sus berrinches infantiles, explicándole cosas que no entendía cuando usted estaba demasiado ocupado para dedicarle tiempo. Le quité la botella con la que pretendía ahogarse cuando murió su esposa —añadió para rematar—. Nunca antes la habían besado.

El duque resopló y negó con la cabeza.

—Así que, por supuesto, aceptó sus lecciones del buen tío Giddy sin una palabra de queja.

Gideon apretó los puños a los costados. Nada de lo que Stapleton decía era algo en lo que Gideon no hubiera pensado ya en el último día.

—¡Lo hace sonar como si me hubiera forzado sobre ella! Ciertamente no hice nada para lastimarla.

Si Stapleton supiera la verdad, que fue Gideon quien fue perseguido por besos, podría ser más comprensivo. El duque adoraba a su hija menor y no le gustaría escuchar esa verdad.

Stapleton parpadeó, retrocediendo.

—Me disculpo. No quise insinuar que fueras como él.

Gideon controló su temperamento. Ser comparado con su padre era el mayor insulto. Stapleton había conocido a su padre, *y* la naturaleza brutal que había ocultado a puertas cerradas de casi todos.

—Aceptado.

Stapleton negó con la cabeza.

—No. No puedes cortejar a mi hija.

Cuando no dio más explicaciones, Gideon retrocedió un paso, aunque en cierto nivel esperaba esa respuesta. No tenía título, ni una gran fortuna a su nombre.

Tragó el nudo en su garganta.

—Bueno, entonces. Gracias por escucharme.

—Olvidaremos el asunto —anunció Stapleton.

—Por supuesto. —Inclinó la cabeza para ocultar su desánimo y le indicó a Stapleton que se marchara.

El duque, sin embargo, se mantuvo firme.

—*Vendrás* a almorzar, ¿verdad?

Gideon levantó la mirada lentamente.

—No imaginé que aún me quisiera allí.

El duque frunció el ceño.

—No seas tan dramático. Como dijiste, solo fue un beso. Fácil de olvidar, y ya perdonado.

No tan fácil de olvidar para Gideon.

Y ahora comenzaría la verdadera tortura: invitado a visitar su casa pero sin permiso para cortejar al objeto de su afecto. Stapleton no podría haber elegido un mejor castigo si lo hubiera hecho deliberadamente.

A regañadientes, se puso a caminar junto al duque, y pronto alcanzaron a Lord Rafferty, Lord Newberry y Lord James. Rafferty intentó captar su mirada, pero Gideon la evitó cada vez. No quería ver la lástima que podría encontrar en los ojos de Rafferty.

En los terrenos de la gran finca de Stapleton, divisó a Jessica regresando a la casa. Ella miró en su dirección varias veces pero no cambió su rumbo. Se alegró de que se mantuviera alejada. No tenía idea de qué decirle después de su conversación con su padre.

El duque decidió continuar su paseo, alejándose de la mansión. Gideon declinó unirse a ellos, al igual que Rafferty, alegando fatiga. El corazón de Gideon estaba demasiado apesadumbrado en ese momento. No sabía qué hacer.

Lo único bueno que había salido de hoy era saber que cuando Lord James finalmente pidiera la mano de Jessica en matrimonio, sería rechazado.

Gideon entró a la sala de botas y dejó sus botas embarradas para que uno de los muchos sirvientes de Stapleton Manor se encargara de ellas. Luego subió corriendo por la escalera más cercana y entró en la habitación de invitados que le habían asignado durante su estancia.

Cerró la puerta y maldijo suavemente, seguro de que este iba a ser el día más difícil de su vida. Ahora que finalmente había hablado de su interés, no esperaba con ansias el futuro. Un futuro solo, soltero de por vida, parecía una idea inquietante ahora.

Cuando miró al otro lado de la habitación, vio una carta sellada sobre su almohada. La alcanzó, notando que no había nada escrito en el exterior que revelara el contenido o quién podría estar enviándole misivas aquí.

Cuando desprendió el sello de cera azul, la elegante caligrafía de Jessica en los papeles saltó a la vista. La dobló rápidamente y la empujó debajo de la almohada sin leer una palabra.

Se dejó caer en la cama y se cubrió los ojos con un brazo. Debería haber sabido que Stapleton no dejaría que su hija se casara con cualquiera que se atreviera a pedirlo. El duque era demasiado protector. Lento para el cambio, también. A Stapleton le había llevado mucho tiempo volver a casarse.

Gideon se incorporó lentamente, con los ojos muy abiertos. Quizás Stapleton solo necesitara tiempo para acostumbrarse a la idea de que estaba interesado en Jessica. Había dicho que no a un cortejo formal, pero eso no significaba que no pudiera asegurarle a Jessica que estaba genuinamente interesado en casarse con ella.

Stapleton también había sido difícil con el difunto esposo de Fanny. Le había hecho pasar a Lord Rivers, un acaudalado par, por muchos obstáculos innecesarios antes de finalmente dar su bendición al matrimonio. Lord Rivers nunca se había quejado, y tampoco se había rendido jamás.

Gideon asintió. Haría bien en seguir ese ejemplo.

JESSICA CAMINABA DE un lado a otro por la galería larga, preocupada de que Gideon no viera su carta a tiempo.

Pero cuando la puerta de la galería larga emitió un suave gemido, se dio cuenta de que debería haber tenido más fe. Gideon se deslizó en la habitación. Cuando la cerró con la misma discreción, el pulso de Jessica comenzó a acelerarse.

—Giddy.

Se acercó a él, un poco insegura, a decir verdad. Anoche había estado con él, había disfrutado tanto de sus besos que había estado pensando en él todo el día. La forma en que la había tocado; quería más de eso. Pero no estaba segura de que él también lo quisiera.

Él sonrió mientras se acercaba. —¿Qué tal tu mañana?

—Bastante productiva. Madre está de acuerdo en que las chicas del pueblo podrían beneficiarse de recibir instrucción. La señora Beck se mudará a mi cabaña con sus hijos mañana. Las lecciones comenzarán tan pronto como se haya instalado. Incluso logré encontrar un puesto para la hermana del peón. Dos veces por semana, la señorita Sweet limpiará y lavará la ropa para la nueva escuela y la señora Beck.

Él sonrió. —Hiciste todo eso en una mañana.

—No solo yo. —Acortó la distancia entre ellos y puso sus manos sobre su pecho—. Que la

señora Beck reiniciara la vieja escuela fue originalmente tu idea. Yo ofrecí mi cabaña y Mamá aprobó la financiación. Papá ya había estado de acuerdo con eso anoche.

—Hacemos un buen equipo, ¿no? —Sonrió, calentándola por completo—. La nota que dejaste en mi cama podría haberte metido en problemas. ¿Por qué querías verme? ¿Era solo para contarme lo que has hecho por la señora Beck?

—No. —Tragó saliva—. Simplemente no podía esperar para estar a solas contigo de nuevo.

Cuando él acunó su mejilla en su palma, Jessica se inclinó hacia el contacto.

—No arriesgues tu reputación por mí. Siempre estaré aquí para ti. Pase lo que pase.

El alivio la inundó. —Bien.

Gideon bajó la cabeza la distancia restante y por fin besó a Jessica de la manera en que ella había estado soñando todo el día. Jessica rodeó su cuello con sus brazos y se apretó contra él firmemente. Gideon no contuvo su pasión hoy. La abrazó estrechamente y permitió que el beso continuara hasta que ella empezó a sentirse acalorada y muy alterada.

Jessica lo empujó, forzándolo contra una pared. Llevó sus manos hasta enredarlas en su cabello, amando poder tocarlo y que a él pareciera gustarle que lo hiciera.

Él se humedeció los labios. —Tenemos que parar.

—¿Por qué?

—El almuerzo será anunciado pronto. Se espera que nos sentemos con todos en breve.

Ella hizo un puchero y le acarició la oreja. —No quiero ir. Me gusta esto.

—A mí también, pero no dejaré que tu reputación sea cuestionada.

Entendía su preocupación, aunque no le gustara. —No es justo.

—No, no lo es. Paciencia.

Intentó no sonreír. Él estaría justo al final del pasillo esta noche. Si no quería encontrarse con ella en el jardín, la otra opción era visitar su habitación. —Paciencia, y luego podríamos hacer otras cosas juntos esta noche.

Él besó sus labios. —Tenemos que ir más despacio, pero no importa lo que oigas, recuerda, no me voy a ninguna parte.

—Yo tampoco. —Volvió a encontrar su mirada—. Giddy, ¿quién imaginas que podría ser mi esposo?

—Antes nunca me gustó especular. —Presionó sus labios contra su frente y le dio besos por toda la piel. Se apartó demasiado pronto—. Espero que sea el hombre que ya te ama mucho —susurró.

Una risa nerviosa se le escapó, y ella rodeó su cuello con sus brazos fuertemente. Lo abrazó, y él respondió levantándola del suelo y haciéndola girar en un círculo.

—Puedo ver que eso te agrada, pero —la volvió a poner en el suelo para mirarla a los ojos—, temo que tu padre pronto comenzará a hablar de llevarte de vuelta a Londres para continuar tu temporada.

—¿Por qué?

Él trazó su mandíbula con sus dedos y ella se estremeció por completo. —Para que puedas conocer a más hombres elegibles.

—¿Oh? ¿Qué? ¡No! —No había nadie más elegible para ser su esposo que *su* Gideon.

—Jess —dijo con cuidado—. Soy mucho mayor que tú.

—Eso es obvio.

Él suspiró y la soltó. —Por si no lo has notado, tampoco tengo un título, lo cual ha sido durante mucho tiempo un requisito de tu padre.

Ella puso las manos en sus caderas. —No me importa eso.

—Pero a tu padre sí, y a ti también podría importarte. Odiaría que un día te volvieras amargada como la señora Warner, recordándole a todos en cada momento de cada día que es la hija de un duque. Se casó por debajo de su posición, aunque su marido tuviera fondos suficientes para hacerlo aceptable.

Jessica negó con la cabeza. —Esa no es realmente la razón por la que está amargada. Es mi culpa, en cierto modo. Odia que yo sea la favorita. —Jessica lo miró fijamente mientras sus palabras calaban—. Eres guapo y amable, me haces reír. Eres alguien con quien podría envejecer.

Su frente se arrugó. —Ya soy viejo.

A Jessica le encantaba sorprender a Gideon. Agarró las solapas de su abrigo con urgencia. —Entonces no deberíamos perder más tiempo. Deberíamos fugarnos.

Los ojos de Gideon se abrieron de golpe, y se alejó tambaleándose de ella. —¡Absolutamente no!

—¿Por qué no?

Gideon se alejó unos pasos y luego se dio la vuelta. —Porque si nos fugáramos, tu nueva madre no podría asistir a tu boda y tu padre podría no volver a hablar con ninguno de nosotros jamás.

—Oh —El atractivo de una fuga se desvaneció al instante—. Tener a mis padres en nuestra boda era algo que esperaba con ilusión.

—Nunca vuelvas a sugerir una fuga —le advirtió.

—Sí, Giddy —murmuró ella en un tono que esperaba transmitiera acuerdo. Sin embargo, no descartaría volver al tema en otro momento.

—No te preocupes, aún no estoy senil —prometió él, y su sonrisa era decididamente pícara.

—No, no lo estás —Le sonrió. Parecía muy vivaz cuando ella estaba en sus brazos—. Ahora, ¿dónde estábamos?

Él frunció el ceño ante eso. —¿A qué te refieres?

Ella avanzó con paso seductor, añadiendo un poco de contoneo a sus caderas. —Soy lo suficientemente mayor para saber lo que quiero, y eso, mi querido señor, es más de ti.

Gideon retrocedió un paso. —Deberíamos discutir un plan para los próximos días.

Jessica sonrió triunfante cuando él chocó con otra pared. —Nos las arreglaremos para vernos sin que nadie sospeche, como lo hicimos en Navidad.

Colocó ambas manos en la pared a cada lado de los hombros de Gideon, impidiendo su escape. Él tiró de la corbata alrededor de su cuello como si tuviera demasiado calor. —Nos comportaremos de la mejor manera hasta que Lord Newfield y Lord James se vayan. Si tan solo pudiéramos enviar a la señora Warner lejos también.

—Oh, Rebecca no será un problema. Incluso podría ser de ayuda —sugirió. Jessica le bajó la cabeza y lo besó hasta que fue hora de unirse a todos para el almuerzo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Con el asunto de su futuro marido decidido, Jessica sonreía demasiado. Su hermana le sugirió que moderara su expresión para no alentar por error a Lord James. Su madre sonreía con indulgencia, y su padre le preguntó si se sentía bien.

Gideon simplemente observaba desde lejos, con la corbata ligeramente torcida por el manejo anterior de Jessica y una sonrisa conocedora en sus labios tan besables.

Estar casada con él sería encantador. Cuanto más tiempo pasaban a solas juntos, más se disparaba la imaginación y las esperanzas de Jessica para el futuro. Después de todo, había recibido la charla de siete personas, así que sabía qué esperar y, combinado con sus nuevas experiencias besando a Gideon, casi no podía quedarse quieta.

Le dolía donde quizás no debería. Tenía un impulso increíble de cruzar la habitación y sentarse en el regazo de Gideon. No lo había hecho desde, bueno... debían ser años ya. Aunque estaba segura de que, una vez en el regazo de Gideon, se comportaría de una manera diferente a como lo había hecho de niña.

—La propuesta debe convertirse en ley. La reforma no puede esperar —insistió Lord Newfield, golpeando con el puño el brazo de su silla.

Uf, política otra vez. ¿Acaso Lord Newfield nunca se callaría? Gideon había estado dispuesto a leerles esta noche, pero nunca había tenido la oportunidad de hacer más que sugerir un libro de poesía.

Padre negó con la cabeza. —No. No. En su forma actual, el proyecto de ley nunca será aprobado.

Lord Newfield frunció el ceño. —El progreso no será detenido por una docena de hombres decididos a mantener intacto su monopolio en el norte.

Padre se quedó quieto, y la sonrisa de Jessica se desvaneció. Padre se oponía al proyecto de ley actual ante el parlamento, pero no porque tuviera algún interés pecuniario. La propuesta era obviamente defectuosa e injusta.

La tensión aumentó mientras Padre y Lord Newfield se enzarzaban en un concurso de miradas.

—Lady Jessica, ¿podría pedirle que toque el pianoforte de nuevo esta noche? —preguntó Gideon de repente.

—Sí, una excelente idea —concordó Rebecca, con los ojos abiertos, alentando un acuerdo urgente con la sugerencia de Gideon.

—Por supuesto, pero solo si tocas conmigo esta noche —le sugirió a su hermana.

—Sí —asintió Gideon—. Todos podemos turnarnos esta noche.

—Oh, no —exclamaron Rebecca y Madre al unísono, haciendo reír a Jessica.

Gideon se encogió de hombros. —No soy *tan* malo.

—¿Nos disculpan? —Jessica se acercó a Gideon, enganchó su brazo al de él y lo condujo hacia la sala de música—. Odio ser portadora de malas noticias, Giddy, pero eres simplemente terrible en el pianoforte.

—¡Juzgado injustamente! —exclamó mientras Padre y Lord Newfield reanudaban su discusión. Madre y Rebecca los seguían, cada una ofreciéndole a la otra la oportunidad de tocar primero con Jessica.

Jessica miró por encima del hombro mientras las voces de Padre y Lord Newfield se elevaban más que nunca. Pobre Papá. Había momentos en que su vida parecía injustamente aburrida.

Lord James los siguió, en silencio, gracias al cielo. Al menos él podía contener sus opiniones en ocasiones. Ella se apartó de él sin sonreír.

Un juego de cajones de arce contenía toda la música que poseía la familia, y Gideon abrió el cajón que contenía los duetos. —Hay tantos para elegir —dijo mientras comenzaba a hojear la colección.

Jessica hizo una mueca. Giddy realmente era terrible. Para un hombre que tenía un hermoso instrumento inactivo en casa, no podía explicar su falta de habilidad. Había oído que su madre tocaba maravillosamente hasta el día de su muerte.

Finalmente eligió una partitura, se volvió hacia el instrumento y se sentó en el banco antes de que Lord James pudiera ganarle el sitio.

Jessica intercambió una mirada resignada con Madre y luego se sentó a su lado. Leyó la partitura que él había colocado frente a ella, notando que era una muy antigua que no había tocado en años.

Lord James, privado de la oportunidad de sentarse junto a ella, rondaba cerca del instrumento, obviamente ansioso por tomar el lugar de Gideon en el momento en que se levantara. Jessica se tomó su tiempo para familiarizarse de nuevo con su parte, y luego se preparó mientras miraba a Giddy. Él tenía que empezar primero. —Estoy lista.

—Bien. —Se ajustó las gafas y levantó las manos hacia las teclas.

Y entonces tocó. Perfectamente.

Jessica se quedó boquiabierta de asombro y continuó mirando mientras él interpretaba su parte de la pieza impecablemente sin ella. Él la miró de reojo, con una ceja levantada. —Esto es un dueto —señaló—. ¿Intentamos de nuevo?

—Sí. —Ella seguía boquiabierta. Su mente daba vueltas. Gideon sabía tocar el pianoforte—. Sí, por favor.

Se enfrentó a las teclas y tocó con él, la primera vez que disfrutaba haciéndolo. Tocaron hasta el final, y luego sus dedos dejaron las teclas. El silencio fue sorprendente después de su interpretación. —¿Cuándo aprendiste a hacer eso?

—Tomé lecciones de niño. Mi padre no lo aprobaba y me hizo dejar, pero mientras estabas en Londres, encontré un instructor para refrescar mi memoria —confesó, con una ligera sonrisa curvando sus labios—. Ya no tan terrible.

—No, en absoluto. Pero como siempre me has dicho, la práctica ayuda. No hay nada que no puedas hacer una vez que te lo propones.

—Quería sorprenderte cuando volvieras —tocó la punta de su barbilla con los nudillos—, ya no tienes derecho a burlarte de lo terriblemente que toco ahora.

Asombrada y muy complacida, Jessica lo abrazó rápidamente. Lo había hecho por ella,

estaba segura. De ahora en adelante, no tocaría duetos con ningún caballero más que con él. Especialmente no con Lord James. —Gracias, Giddy —susurró—. Pronto podremos tocar juntos todo el tiempo.

Él rió suavemente mientras alcanzaba la partitura y la cerraba. —Cualquiera pensaría que hice algo inusual.

—No inusual para ti, pero muy agradable. —Emocionada, se puso de pie de un salto—. ¿Busco otra que podamos tocar juntos?

Él negó con la cabeza y se levantó. —Escuchemos a la señora Warner contigo ahora.

—Pero...

Él se inclinó cerca. —Me tomó todos los meses que estuviste fuera perfeccionar esa.

—Te enseñaré otra, empezando mañana —decidió, sonriéndole tímidamente.

Gideon le devolvió la sonrisa. —Esperaba que no te importara ayudarme con mis lecciones cuando tengas tiempo para dedicarte a mi instrucción.

Ella se estremeció ante el tono repentinamente ronco de su voz. Más tarde, cuando estuvieran casados, cuando fuera su esposa, su vida estaría dedicada a él de tantas maneras.

Se apartó mientras su pulso se aceleraba. El problema de sentir deseo repentinamente era que no tenía la más remota idea de qué hacer consigo misma mientras duraba la sensación.

—¿Cuándo podrá usted concederme *a mí* un momento de su atención, Lady Jessica? —interrumpió Lord James bruscamente.

Jessica levantó la mirada hacia Lord James, notando su mirada suspicaz y su mandíbula apretada.

Se acercó a Gideon. —Nunca, milord.

Gideon le rodeó los hombros brevemente con el brazo. —Jessica mencionó que usted pasó mucho tiempo con Lady Hannah Alexander durante la temporada. Conozco a la familia. Fui a la escuela con su tío George por un tiempo. Una familia excelente. Ni un asomo de escándalo en sus filas.

Jessica cruzó su mirada con la de Lord James. —Lady Hannah debe de echarle de menos tanto como yo extrañé al señor Whitfield mientras estuve en Londres. Parecía bastante prendada de usted.

Los ojos de Lord James se entornaron al mirarlos. —Sí, Lady Hannah es una mujer excelente. Muy apropiada —murmuró con el ceño fruncido ante su proximidad.

¡Eso era casi una acusación de que Jessica no lo era! Sin dejarse amilanar, sonrió de todos modos. Pronto estaría casada con Gideon. Muy pronto, esperaba. —Esperamos leer pronto noticias felices sobre ustedes dos en los periódicos.

Lord James retrocedió un paso, pero sus ojos se desviaron hacia Gideon, cuestionando. —Espero leer un anuncio similar sobre ustedes también.

—Lo habrá —prometió Gideon.

Lord James se pasó una mano por la boca y luego se rascó la cabeza. —¿Me disculpan? Necesito estar... en otro lugar, creo.

—Por supuesto —dijo Gideon mientras le tendía la mano a Lord James—. Le deseo buena caza.

—Arrastrarse siempre es una buena idea —sugirió Jessica mientras los dos se estrechaban las manos—. Pero dese prisa. Nunca se sabe quién podría estar intentando ocupar su lugar en su corazón.

Lord James asintió y luego se apresuró a cruzar la habitación. El joven se despidió de Madre y Rebecca, que habían permanecido absortas en su propia conversación.

Ella y Gideon permanecieron de pie uno al lado del otro por un momento, y luego él se volvió hacia ella. —Te eché *mucho* de menos, Jess.

Ella sonrió. —¿De verdad?

—Cada maldito día que estuviste fuera fue una agonía —admitió con un tímido encogimiento de hombros—. Intenté no preocuparme, pero no se me da muy bien.

—¿De qué te preocupabas?

—De que alguien más pudiera amarte tanto como yo quería —confesó.

Jessica se rio. —Entonces estoy agradecida de que mi temporada fuera un fracaso.

Él se acercó. —No fue un fracaso. Volviste a mí.

Ella asintió, pero podía sentir que se le formaban lágrimas en los ojos.

Se dio la vuelta antes de que él lo notara, pero Rebecca los estaba observando ahora, con una sonrisa triunfante flotando en sus labios.

Jessica ignoró la sonrisa y se acercó a su madre. —¿De qué estabais hablando vosotras dos?

—De la Navidad.

Jessica dejó escapar un suspiro de alivio. Al menos Rebecca no le había revelado aún a Madre su persecución de Gideon. Quería ser ella quien se lo dijera.

—La señora Warner se ha ofrecido a organizarlo todo para la Navidad este año —murmuró Madre con una sonrisa de gratitud—. Y he aceptado.

Jessica sonrió. —Pero...

Madre se llevó la mano a su vientre creciente. —Seré madre primeriza en Navidad, y no sé lo difícil que puede ser este pequeño.

—Necesitará descansar. Antes y después —murmuró Rebecca, mirando el pequeño bulto con el ceño fruncido.

Jessica miró fijamente a su hermana, preguntándose qué pensaría realmente sobre la inminente adición a la familia. Rebecca nunca había tenido hijos, pero era muy buena con los hijos de su hermano. Todo lo que ambas sabían sobre dar a luz a un niño venía de observar a otras mujeres pasar por la experiencia. Pero era amable por parte de Rebecca ofrecer su ayuda con la mansión. —¿Vas a quedarte en el campo entonces? ¿Te quedarás en Stapleton hasta que nazca el niño y después?

—Si Padre lo permite —murmuró—. Estaría encantada.

—Yo lo convenceré. —La declaración de Madre sorprendió tanto a Jessica que se quedó boquiabierta.

A ninguna de las dos les había gustado la forma en que Rebecca se había comportado con Gillian la Navidad pasada. Cuando Jessica no estaba prestando atención, Madre y Rebecca parecían haber hecho las paces, y eso también era un alivio. Cuando se casara con Giddy y se mudara a Quigley Hill, Rebecca estaría aquí para ocupar el lugar de Jessica.

Levantó la mirada cuando Padre entró en la habitación. Afortunadamente, estaba solo. —Bueno. Eso salió tan bien como se esperaba.

Gideon se apartó y sirvió un whisky a Padre. —¿Qué le dijo?

—Lo que necesitaba. —Su expresión se agrió al mirar a Gideon—. Una palabra, si me permite.

—Por supuesto.

Los dos se apartaron y hablaron en privado durante unos momentos, la espalda de Gideon poniéndose rígida con cada palabra pronunciada, mientras Padre se volvía más expresivo con las manos.

Los dos se volvieron, Padre revelando fastidio, la expresión de Gideon ilegible.

Ambos tomaron asiento en lados opuestos de la habitación, Padre al lado de Madre, Gideon solo. Los dos ofrecieron sonrisas falsas cuando Jessica los miró.

—¿Jessica? —llamó Rebecca—. He encontrado la música perfecta para nosotras.

Preocupada por la tensión que ahora sentía en la habitación, Jessica se apresuró al lado de su hermana y miró la partitura que le mostraba. Era una pieza musical complicada de tocar, una que le daba más problemas. —¿Están discutiendo? —susurró.

—Sospecho que sí. Padre os ha estado observando a los dos toda la noche, y claramente no está contento con lo que ve —advirtió Rebecca—. ¿Qué progreso has hecho en dirigir a Whitfield hacia el resultado que discutimos?

—El mejor resultado imaginable. Admitió que me ama.

Rebecca exhaló. —Gracias al cielo. Ahora podemos trabajar en Padre. Estoy segura de que Newfield sacó a colación tu futuro esta noche y fue rechazado. ¿Puedes oír a los sirvientes corriendo arriba?

Jessica se concentró y oyó más ruido del esperado a esta hora de la noche. —Oh, espero que Lord Newfield y Lord James nunca vuelvan.

—Esperemos que así sea. Pero no importa si regresan. Tendremos el tiempo que necesitamos para convencer a Padre de que te deje casarte.

—¿Dejarme?

Rebecca sonrió con ironía. —Puede que hayas ido a Londres a buscar marido, pero padre nunca ha creído que alguien fuera lo suficientemente bueno para sus hijas. Todavía tenemos una batalla por delante para que acepte tu pérdida.

Aunque pretendía tener a Gideon como esposo, realmente no quería que su padre estuviera infeliz por ello. Gideon era un buen hombre, amable, considerado y su amigo. Amigo de su padre también. Eran vecinos, y no podía soportar la idea de que amarla los pusiera en desacuerdo.

Cuando se sentaron a tocar, la tensión en la habitación se alivió un poco. Al final, cuando madre anunció que estaba cansada, padre salió de la habitación con ella.

Jessica puso las manos en su regazo y miró a Gideon, sintiéndose abrumada por la incertidumbre. Él sonrió, pero la sonrisa nunca llegó a sus ojos.

Se puso de pie lentamente y se acercó. Las felicitó por su actuación y luego tomó un gran respiro. —Me temo que me han llamado a casa y debo pedir su perdón por mi partida.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada por lo que debas preocuparte.

—Padre te ha enviado lejos —dijo Rebecca en voz baja.

Gideon asintió. —Debo irme.

Jessica intercambió una mirada con Rebecca. —¿Cuándo volverás?

Su sonrisa se desvaneció. —No estoy seguro. Mis pertenencias están siendo empacadas mientras hablamos. Tendrán que conformarse con la pobre compañía de Lord Rafferty, si es que alguna vez aparece.

Jessica se puso de pie de un salto. —Te acompañaré a la salida.

—No estoy seguro de que sea una buena idea —aconsejó él—. No es apropiado.

—¿Rebecca?

—Paciencia —advirtió Rebecca.

Ella simplemente se quedó mirando a Gideon, abrumada por la decepción de que tuviera que irse. —Oh, al diablo con eso —murmuró Jessica entre dientes. Dejaría que Gideon se fuera y lo seguiría más tarde.

CAPÍTULO DIECISIETE

Gideon suspiró cuando la puerta a su lado se abrió suavemente y Jessica, ahora vestida con un traje más oscuro, apareció junto a él en la terraza fuera de la galería larga. Ella se sobresaltó cuando él hizo un suave sonido para anunciar su presencia, pero rápidamente tomó su mano extendida. Gideon cerró y aseguró la puerta de Stapleton, guardó la llave en su bolsillo y condujo a Jessica al jardín vacío y oscuro, manteniéndose en las sombras. No se dijeron ni una palabra hasta que estuvieron en las tierras de Quigley Hill.

—Creí haber dejado claro que no hiciéramos esto —se quejó él.

—Pero necesitaba verte —aseguró ella—. Quiero saber qué está pasando.

—No hay nada de qué preocuparse. Te dije que no me rendiría —prometió Gideon mientras la tomaba en sus brazos, sonriéndole con cariño—. No importa lo que tu padre haga o diga, estoy enamorado de ti. Esperaré eternamente a que él lo acepte. ¿Qué querías decirme que no podía esperar hasta mañana o pasado?

—¿Qué vamos a hacer?

—No hay nada que hacer. Lord James ya se ha ido. Pidió su caballo tan pronto como nos dejó, y sin duda se dirige directamente a la puerta de Lady Hannah para suplicar su perdón por el abandono. —Presionó su cabeza contra la de Jessica e inhaló el aroma de su cabello—. Me pregunto cuándo se dará cuenta tu padre de que te has ido.

—No lo hará —prometió Jessica, deslizando sus manos por el pecho de él—. Me aseguré de que todos me vieran ir a mi habitación y meterme en la cama.

Él detuvo sus manos antes de distraerse demasiado. —Es tu padre, y te conoce tan bien como yo. Si puedo anticipar cada uno de tus movimientos, él también podrá.

—Esperemos que no. —Ella rodeó los hombros de Gideon con sus brazos—. ¿Le pediste permiso a mi padre para cortejarme?

—Parecía lo correcto. Cierta señorita no se contentaba con besos en los dedos.

—Los de tus labios son mejores.

—Espera a que te haya besado por todas partes, entonces realmente quedarás impresionada. —Rió suavemente, pero oyó cómo se le cortaba la respiración ante su sugerencia—. Los besos pueden ser en cualquier parte, Jessica. Labios, cuello... codos.

—¿Codos?

Sonrió lentamente. —No quería escandalizarte nombrando el *verdadero* lugar en el que estaba pensando besarte.

—¿Dónde es eso?

—Te dejaré imaginarlo. Ya hemos estado solos demasiado tiempo.

—Aún no me voy a casa —dijo ella obstinadamente—. Llévame contigo para que podamos seguir hablando.

Aunque no debería, se acercó más. —Sabes lo que pasará si te llevo a casa conmigo. Probablemente no hablaremos en absoluto.

—¿Qué tiene eso de malo? Quiero que *mi* pretendiente me cuente más sobre la pasión esta noche.

—Eso sería el estudio de toda una vida, no de una sola noche en mi cama.

Ella jugueteó con los botones de su chaleco. —Me darás esa vida muy pronto.

—Lo haré —prometió él, anticipando esos dichosos días por venir.

—Entonces empezamos esta noche, y mañana, y el día siguiente y el otro.

Él negó con la cabeza. —Ya no hay forma de detenerte, ¿verdad?

—Cuando te di mi corazón, también obtuviste el resto de mí.

Las manos de Jessica se extendieron sobre su pecho, y luego agarró las solapas de su abrigo. —Te necesito, más de lo que he necesitado a nadie en mi vida.

Su pulso se aceleró ante esa confesión. Tal vez él la necesitaba tanto como ella. —¿Exactamente cuánto te contaron sobre la intimidad?

—Me sonrojé bastante —admitió. Jessica tomó su mano y la colocó sobre su pecho—. Y ahora mi piel se calienta cada vez que estás cerca.

Él movió su mano hasta que su pulgar rozó su pezón. Jessica jadeó pero no se apartó. —Hmm, empiezo a sospechar que tu instrucción fue un poco más explícita de lo estrictamente necesario.

Jessica rió y lo abrazó. —Al menos sé lo suficiente para no tener miedo. De hecho, espero con ansias ciertos aspectos; estar desnuda contigo es uno de ellos.

Él la atrajo más cerca. Jessica continuamente lo sorprendía con su disposición a explorar el deseo creciente entre ellos. Lo volvía un poco loco, imaginando todas las cosas que podría hacerle en su cama con su permiso. Bajó un poco más la cabeza y presionó sus labios contra la piel de su cuello. Un suspiro entrecortado escapó de sus labios, y ella giró la cabeza para darle mejor acceso.

—Quiero estar contigo —susurró ella.

Él debatió negarse, pero estar a solas con ella era lo que él también quería. —De acuerdo.

La levantó en sus brazos y comenzó a caminar.

Los brazos de ella se apretaron alrededor de su cuello. —¿Adónde vamos?

—A mi cama.

Jessica se acurrucó contra él y guardó silencio mientras Gideon la llevaba a casa. Su casa estaba oscura, sus sirvientes hacía tiempo que se habían ido a dormir, sospechaba. No se encontraron con nadie al entrar.

Gideon estaba un poco agitado cuando llegó a su dormitorio, aunque trató de no mostrar fatiga. Dejó a Jessica suavemente sobre sus propios pies para poder cerrar y asegurar la puerta silenciosamente detrás de ellos.

Mientras se quitaba el abrigo, Jessica se alejó, moviéndose por su habitación, estudiando sus posesiones en la escasa luz. Captó su expresión cuando pasó por la ventana: estaba sonriendo mientras miraba todo lo que le importaba a él. Se detuvo cerca de la cama, donde descansaba la bata que ella le había mandado a hacer. Se dio la vuelta y se apoyó contra el pie de la cama. —¿Y bien?

Él se acercó, buscando señales de duda. Pero debería haberlo sabido mejor. Ella había elegido: a él.

Jessica levantó sus manos hacia su corbatín tan pronto como estuvo lo suficientemente cerca y se concentró en desatar el nudo.

Gideon la dejó intentarlo, y luego terminó el trabajo cuando ella demostró no ser capaz de hacerlo. Sacó la larga tira de su cuello y se quedó esperando para ver qué haría Jessica a continuación.

Ella le desabrochó el chaleco y comenzó con las mangas de su camisa. —Nunca antes había querido desvestir a un hombre.

—Me alegra oír eso. —Gideon levantó una mano hacia su cabello—. ¿Cuántos alfileres debo buscar?

—Una docena.

Las buscó y las sacó con suavidad. Se le cortó la respiración cuando el cabello oscuro de Jessica cayó suelto sobre sus hombros. Había esperado que fuera más largo. —¿Te cortaste el pelo?

—Mientras estuve fuera —se tocó la cabeza con timidez—. No está demasiado corto, ¿verdad?

Él pasó los dedos por los suaves y sedosos mechones. —Solo me sorprendió, no me decepcionó que te lo hayas cortado.

—Es más ligero, más fácil de recoger ahora.

—Siempre te ves hermosa.

<

style="text-align: left;">Ella le subió la camisa sin molestarse en desabrocharle los pantalones, y Gideon se la quitó por la cabeza. Jessica extendió los dedos sobre su pecho desnudo antes de que él pudiera siquiera arrojarla a un lado.

—Oh, cielos —susurró ella—. Tu piel está tan cálida.

Sus manos sobre su cuerpo eran una dulce tortura. Ella lo tocaba, le apretaba los bíceps y lo hacía sentir más varonil de lo que jamás se había sentido. Él se giró para sentarse y quitarse el calzado, tomándose su tiempo por si Jessica decidía marcharse.

En lugar de eso, ella se quitó las zapatillas y las colocó ordenadamente debajo de la cama, como si ya fuera suya.

Cuando él se puso de pie de nuevo, ella se acercó y sus dedos fueron a la cintura de sus pantalones. Él contuvo la respiración mientras ella averiguaba cómo desabrocharlos, rozando inocentemente con las yemas de los dedos su erección. Cuando los pantalones comenzaron a deslizarse de sus caderas, él atrapó a Jessica contra sí y se deleitó con su boca dispuesta.

Se quitó los pantalones de una patada y los dejó en el suelo.

Pero sabiendo que no podía evitar revelarse por mucho más tiempo, se apartó un poco y esperó la reacción de Jessica ante su desnudez.

Una sonrisa jugó en sus labios mientras lo miraba, luego acarició su longitud con la mano. Su toque le hizo cerrar los ojos, luchando contra un estremecimiento de deseo que recorrió su alma. Ella lo exploró con avidez, a fondo, como hacía con todo lo que él le había presentado alguna vez.

Encontró humedad en la punta de su erección y jugueteó con su dedo sobre la cabeza.

—Demonios —gruñó él, y luego apretó la mandíbula para evitar más exclamaciones. Tenían que estar en silencio, o serían descubiertos por sus sirvientas, quienes siempre debían respetar a Jessica.

Jessica rió suavemente. —Los hombres realmente son tan sensibles como Fanny decía.

Él la miró y negó con la cabeza. Estrangularía a Fanny la próxima vez que se encontraran. —

Especialmente ahí.

Ella asintió y lo maniobró para que se sentara en el borde de la cama. Gideon vislumbró entonces su futura vida amorosa. Nada la sorprendía, y nada impediría que estuviera con él. Jessica se estaba divirtiendo seduciéndolo. Él no estaba para nada descontento con eso. Iba a casarse con ella.

Se recostó en la cama ante su insistencia.

—Quítate la ropa —susurró él.

Ella sonrió. —Pensé que nunca lo pedirías.

Sus dedos volaron por la hilera de botones en el frente de su vestido, y cuando se lo quitó de los hombros, estaba desnuda debajo.

¡Había venido a Gideon, cruzado dos propiedades con él, vistiendo nada más que un fino vestido!

Él la alcanzó y la arrastró desnuda a la cama con él. Se besaron y besaron, hasta que ambos jadeaban y ardían de lujuria. Gideon exploró sus curvas con avidez. Presionando besos mientras bajaba por su cuerpo.

Jessica suspiraba y jadeaba con cada caricia, sus dedos enredados en su cabello. Cuando él llegó a sus pechos y les hizo el amor, sus gemidos y entusiasmo por lo que estaba haciendo no dejaban duda de que lo estaba disfrutando.

Él pasó las yemas de los dedos por el exterior de sus largas piernas, y luego se desvió hacia sus suaves muslos internos. La respiración de Jessica comenzó a agitarse, y él la miró rápidamente. Ella no dijo nada... ni siquiera cuando él movió sus dedos hacia el ápice de sus muslos. Ella tembló un poco y se mordió el labio inferior para ahogar su gemido. Gideon se movió a una posición más cómoda, de modo que su rostro quedara directamente sobre su sexo.

—Ahí es donde querías besarme, ¿no? —preguntó ella en un susurro ronco.

Él asintió. —Aquí es donde te besaré, repetidamente, tan a menudo como quieras.

Ella se dejó caer de espaldas y abrió las piernas para él. Intrigado, él jugueteó con sus dedos entre su vello y luego la separó suavemente. Jessica se estremeció un poco mientras sus dedos exploraban sus pliegues. La encontró ya húmeda, y el aroma de su excitación casi lo deshizo.

Manteniendo un firme control sobre sus deseos, encontró su clítoris y jugó con ella. Jessica se cubrió los ojos con un brazo, el otro sobre su boca, y aun así, sus gemidos adquirieron un tono desesperado.

Él bajó la cabeza y la besó una vez, dos veces, una tercera. Y luego pasó su lengua sobre ella mientras ella gritaba de sorpresa. Se acomodó para devorarla con hambre.

Jessica le agarró el pelo de repente, manteniéndolo contra su sexo como si no estuviera lo suficientemente cerca. Él succionó un poco, lamió mucho, y no pasó mucho tiempo antes de que Jessica se retorciera, perdida en la pasión.

Gideon le separó más los muslos con los hombros y luego inmovilizó su cuerpo. La amó hasta que ella se sacudió y se agitó contra su rostro y jadeó su nombre.

La trajo de vuelta a la tierra con suaves besos, y luego subió por su cuerpo lentamente, tomándose su tiempo antes de encontrarse con sus ojos de nuevo.

Ella tenía una mirada aturdida, y nunca se había visto más hermosa con su cabello oscuro esparcido sobre sus almohadas. Él se apoyó sobre ella, manteniendo su peso sobre sus brazos mientras ella volvía en sí.

Ella se humedeció los labios. —Oh, cielos. Eso fue...

Él sonrió y alineó sus caderas con las de ella. —Solo el comienzo.

Jessica se movió debajo de él, mirando hacia donde sus caderas presionaban contra las suyas.

—Todavía puedo sentir las sensaciones.

Él asintió. —Así es como debe ser.

No tenía prisa por poseerla, pero colocó sus caderas en posición. Levantó una de sus piernas y puso su pie en el colchón junto a su cadera. Jessica levantó la otra por su cuenta.

Ella le tocó el rostro, le acarició la mejilla, sonriendo todo el tiempo. —Estoy lista.

Gideon puso su mano sobre su cadera y la inclinó un poco. —Lo sé.

Presionó hacia adelante con una presión constante, deteniéndose cuando Jessica siseó y se apoyó contra él. Permaneció así un rato, y luego se relajó lentamente. Cuando estuvo lo suficientemente relajada, él empujó más adentro, pero esta vez los dedos de ella solo lo acariciaron.

Cuando estuvo completamente dentro de ella, se apoyó sobre sus antebrazos.

—Eres asombrosa.

Ella sonrió mientras él comenzaba a moverse. Sus dedos se enredaron una vez más en su cabello y cerró los ojos.

—Esto es maravilloso —susurró después de un rato. Sus ojos se abrieron lentamente y se fijaron en los de él—. Puedo sentirte dentro de mí. Me estás excitando de nuevo.

Gideon gimió y enterró su rostro en la curva del cuello de ella. Movió su peso a un brazo y deslizó sus dedos entre ellos para acariciar su sexo una vez más.

Jessica se frotó contra ellos con avidez, y él la dejó llevar su pasión aún más alto.

—Quédate conmigo. No... Por favor —suplicó Jessica mientras su espalda se arqueaba una vez más y su cuerpo se estremecía en el agarre de un segundo clímax.

Gideon perdió lo que quedaba de su control y ahogó su gemido contra la piel de ella. Jadeando con fuerza, con el cuerpo caliente y húmedo, intentó rodar sobre su espalda para no aplastar a Jessica mientras recuperaba el aliento.

Podría haberlo logrado si ella lo hubiera soltado.

Tal como estaban, Jessica lo siguió, dejándose caer suavemente sobre su cuerpo, también jadeando en busca de aire.

Él colocó una mano detrás de la cabeza de ella, manteniéndola contra su pecho mientras su pasión mutua se desvanecía en un hermoso recuerdo.

Después de un momento, Jessica se movió.

—Fanny tenía razón.

—¿Sobre qué?

—Hacer el amor es mucho mejor que hablar de hongos contigo.

Él comenzó a reírse de su comentario y tuvo que agarrar una almohada para ahogar su risa cuando no pudo parar.

Jessica se movió, subiéndose encima de él, lo enjauló con sus brazos y piernas y le arrancó la almohada de las manos.

—Oh, ¿ahora te parece gracioso hablar de hongos conmigo?

Él arrastró un dedo desde la barbilla de ella hasta la punta de su pecho, deleitándose con el pequeño jadeo que ella emitió cuando su sensible pezón se endureció.

—Sí.

Jessica presionó su pecho con más fuerza contra la mano de él.

—Me encantan nuestras tonterías.

—A mí también. Pero esto no es una tontería —trazó un círculo alrededor de la plenitud de su pecho—. Podríamos seguir divirtiéndonos mucho en la cama incluso cuando seamos un viejo matrimonio.

—Samuel mencionó eso.

Él la agarró por la cintura y la movió para que se sentara sobre sus caderas.

—¿Qué más mencionaron tus otros instructores sobre hacer el amor?

—Que hacer el amor una vez nunca será suficiente para mí. Soy una Westfall, y somos gente apasionada.

Él le acarició el dulce trasero con sus manos y lo apretó.

—Entonces soy el hombre más afortunado por haber sido bien y verdaderamente cautivado.

La tumbó sobre el colchón y la puso debajo de él, ansioso por descubrir cuán aventurera en la cama podría llegar a ser. Ella no parecía tener prisa por dejar su cama, así que decidió aprovechar al máximo su buena fortuna. Mientras las piernas de ella se envolvían alrededor de sus caderas y sus manos se deslizaban por su espalda hasta su propio trasero, él se estremeció bajo su agarre.

—Estoy tan agradecido de que me hayas elegido, Jessica —susurró—. Si no hubieras exigido un beso, tal vez nunca hubiera sabido que podía ser tan feliz.

Como respuesta, Jessica lo atrajo hacia abajo para más besos que duraron hasta que el amanecer iluminó la habitación.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Jessica llamó a la puerta abierta del estudio de Stapleton poco después de las nueve de la mañana siguiente y entró. La llamada de su padre la había hecho bajar corriendo las escaleras tan rápido como pudo arreglarse, con la esperanza de escuchar que su padre por fin estaba dispuesto a ser razonable sobre Giddy. —¿Quería verme, padre?

—Sí, pasa. Pasa.

Le hizo un gesto urgente para que entrara. El rostro de su padre estaba serio, y ella se puso inmediatamente en guardia cuando él cerró la puerta tras ella. —¿Qué sucede?

—Siéntate.

Volvió a una silla y esperó hasta que ella obedeció, pero su tono mantuvo a Jessica en pánico. ¿Sabría que había estado con Gideon anoche?

—He tenido muchas conversaciones interesantes sobre ti en los últimos días —comenzó.

Ella tragó saliva. —¿Ah, sí?

—Lord Newfield me habló anoche temprano sobre arreglar un matrimonio entre tú y su hijo. Indicó que tú estarías complacida de ser la esposa de su hijo.

—¡No! No me agrada Lord James en absoluto —exclamó ella—. ¿Qué le dijo usted?

—Le dije a Newfield que no consideraría la petición de su hijo hasta que él mismo viniera a verme.

—Lord James se fue anoche. Creemos que ha ido a proponerle matrimonio por fin a Lady Hannah Alexander.

—Su padre no lo sabe. —Padre frunció los labios y luego golpeó con los dedos el brazo de su silla—. ¿Quieres oír sobre otra conversación que te concierne?

¿Qué podría ser peor que Lord Newfield afirmando que ella querría ser la esposa de un cazafortunas? —Sí, padre.

—Whitfield pidió permiso para cortejarte hace dos días. Me negué, por supuesto, aunque confesó que te había besado. Una lección, dijo que era. No habrá más lecciones.

Ya habían superado las meras lecciones de besos, aunque ella nunca lo admitiría. Intentó no sonrojarse más al pensar en la noche anterior y en las grandes manos de Gideon sosteniéndola cerca contra su piel desnuda.

Jessica sabía con quién estaba destinada a casarse. No podía esperar para llamar a Quigley Hill su hogar y a Gideon su esposo.

—¿Entiendes mi dilema? Tengo dos solteros interesados en pedir tu mano en matrimonio en el espacio de una semana. Uno, descubrí, utilizaría cualquier medio, incluso ofrecer comprar Quigley Hill con tu dote, para obtener mi aprobación.

—¿Qué? —chilló ella.

—Whitfield rechazó la venta —prometió su padre—. Pero luego, en el siguiente aliento, anunció su interés por ti también. Un momento muy sospechoso. Solo puedo imaginar que apelaste a Gideon en busca de ayuda para frustrar a Lord James y hacer parecer que Lord James tenía competencia.

Ella lo miró en estado de shock. —No hice tal cosa —confesó—. ¿Fue por eso que le negó a Giddy la oportunidad de cortejarme? ¿Cree que yo caería tan bajo como para incitarlo a hacerlo?

—Whitfield era considerado un amigo de confianza hasta esta semana, ahora no estoy tan seguro de conocerlo en absoluto. ¿Cuántos hombres pueden ser persuadidos a dejar de lado creencias largamente sostenidas y cambiar su vida en el espacio de una semana?

Ella lo miró boquiabierta y se inclinó hacia adelante. —¿Negaría su amistad a Whitfield porque *yo* lo besé a *él*?

—¿Lo defiendes?

—Lo amo —susurró ella—. Amo a Gideon.

—Oh, ¿ahora lo amas? —Las cejas de su padre se alzaron—. Has logrado envolverlo alrededor de tus dedos desde que eras una niña. No quise creer las acusaciones de tu hermana sobre un coqueteo, pero ahora le creo. Ella no mentiría sobre algo tan importante como tu futuro, y los vi juntos en la sala de música. Pensar que confiaba implícitamente en ambos.

—Tenía razón en confiar en él. —Jessica levantó la barbilla—. Ha sido un buen amigo para mí y un confidente. Nunca le oculté que me agradaba. Pero mis sentimientos han cambiado. Ya no soy una niña pequeña que puede contentarse con que él me alborote el cabello. ¡Lo amo! Odiaba estar en Londres porque él no estaba allí conmigo.

Padre levantó un dedo y luego inclinó un poco la cabeza hacia un lado. Entrecerró los ojos mirándola, y ella esperó que finalmente estuviera entendiendo la verdad detrás de sus palabras.

De repente, su expresión se oscureció aún más. —Habría preferido no ser el último en saber que tu respeto era más profundo antes que todos los demás. ¿Por qué no dijiste algo antes?

—Fue una realización muy repentina, hecha sin discutir el asunto con nadie. Nunca imaginé que usted se opondría a que amara a Giddy.

Padre suspiró y apartó la mirada primero. —De ahora en adelante, siempre estarás en compañía de una carabina adecuada cuando él esté cerca. No habrá más conversaciones susurradas juntos, ni más duetos. Permanecerás en esta casa y en nuestra compañía hasta que tome mi decisión sobre tu futuro, jovencita.

Eso no parecía tan malo. Jessica había querido permanecer en el campo. Estar más cerca de Giddy era preferible a no tener ninguna oportunidad de verlo. Gideon había sugerido paciencia, y aunque no era su costumbre, intentaría ser muy paciente por el bien de ambos. —Sí, padre.

Jessica saltó cuando la puerta del estudio de su padre se sacudió ruidosamente con la fuerza de un golpe. Ella giró en su silla, esperando que Gideon hubiera venido a pedir su mano en matrimonio nuevamente.

—Un momento —llamó su padre. Rodeó el escritorio—. He conocido a Whitfield durante años, y justo el otro día juró permanecer soltero toda su vida. Tú misma lo escuchaste.

Jessica se sonrojó. —No es tan extraño. La gente cambia de opinión y de corazón todo el tiempo. Usted lo hizo.

Padre se desplomó contra el escritorio. —En efecto, pero yo nunca me opuse al matrimonio de la manera en que él lo había hecho.

—Lo sé.

Su padre frunció el ceño. —Insisto en que te comportes.

El golpe se repitió en la puerta del estudio de su padre, sobresaltándolos a ambos y haciéndolos girar, y ella escuchó a Lord Newfield llamar con impaciencia. Su padre la miró. —¿Sabes con certeza que Lord James volvió a Londres?

—No, pero es allí donde Lady Hannah suele residir.

Padre miró fijamente la puerta mientras otro golpe sonaba. —Maldito tipo grosero. Creo que enviaré al padre hacia Cornwell en su lugar.

El padre la besó en la coronilla. —Vuelve a tu habitación y hablaremos más tarde. Cuando Lord Newfield se entere de que su hijo ha huido sin pedirte matrimonio, espero que esté bastante malhumorado.

—Ya me voy —prometió antes de huir escaleras arriba por la puerta que conectaba con la biblioteca.

GIDEON MIRÓ CON severidad a sus sirvientes tardíos. —Ya era hora —espetó.

—Lo siento, señor. Tenía que terminar de poner una olla de estofado para su cena —le reprendió la señora Mills.

—Estaba a punto de terminar de hacer las cuentas de la casa —protestó la señora Harrow—. Siempre lo hago los sábados.

Dirigió su atención al señor Lewis y arqueó una ceja. —¿Y bien?

El hombre se encogió de hombros. —No sabía que sería tan urgente.

—Pues ahora lo sabe. —Gideon se dio la vuelta. Ellos no tenían la culpa de su humor, pero sus respuestas no ayudaban a mejorarlo—. Quiero que la habitación al otro lado del pasillo quede completamente despejada hoy.

—Pero señor, era la habitación de su madre —exclamó la señora Harrow.

—Y será la de mi esposa a continuación.

Quería que el trabajo de despejar el antiguo saloncito de su madre comenzara hoy para que Jessica pudiera arreglarlo todo a su gusto, cuando su padre finalmente lo aprobara como esposo.

Todo allí estaba cubierto con paños antipolvo, excepto el viejo pianoforte de su madre, con el que había estado practicando. Eso no era suficiente.

Se dio la vuelta cuando su personal no dijo ni una palabra más.

Las mejillas de la señora Harrow se habían puesto rosadas, y la señora Mills se había quedado pálida. El señor Lewis se cruzó de brazos y su mirada era decididamente beligerante.

Lewis habló primero. —¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo lo arrastran al altar?

—No lo sé —confesó.

La señora Harrow dio un paso adelante, su sonrisa era tentativa. —¿Con quién se va a casar, querido?

Sonrió. —Con Lady Jessica, si su padre me lo permite —les dijo, y luego esperó a que señalaran su falta de idoneidad.

Las damas chillaron y se apresuraron a abrazarlo. Como nunca hacían eso, o no lo habían hecho desde que era un niño, se encontró siendo el sorprendido receptor de su entusiasmo sin límites.

—¡Oh, señor!

—¡Oh, cielos!

Las miró entrecerrando los ojos. Nunca las había visto quedarse tan sin palabras antes. —Supongo que por eso no se oponen realmente, ¿verdad?

—¡Oh, por supuesto que no, señor! Ella siempre ha sido nuestra favorita, ¿no es así?

—Ciertamente, señor. Será como un soplo de aire fresco en este lugar.

Reprimió una risa. —Yo también lo pensé.

La señora Harrow extendió los brazos de repente. —Pero, señor. No deberíamos despejar la habitación de su madre sin Lady Jessica si este será su hogar pronto.

—No sé si será pronto. —Miró a las mujeres con consternación—. Pero todo allí está cubierto de polvo y creo que vi una telaraña en la cornisa.

—Refrescaremos la habitación para usted, quitaremos el polvo y limpiaremos todo antes de su próxima visita. ¿Cuándo será eso?

Suspiró. —No tengo idea.

—¿Pero la verá hoy?

—No. Estoy desterrado de Stapleton por el momento.

—No debería dejar que su señoría le impida verla —sugirió Lewis, rascándose la barbilla—. Si la quiere como esposa, será mejor que no acepte un no por respuesta esta vez.

Gideon frunció el ceño. No se le ocurría una excusa razonable para visitarla y llevaba toda la mañana devanándose los sesos.

La señora Harrow se retorció las manos. —No puedo entender por qué su excelencia no lo aprobaría como esposo de su hija. Ella siempre lo ha favorecido.

—Quizás mi edad sea un factor.

—Usted es un hombre joven —exclamó la señora Harrow.

Sonrió ante la ingenuidad de la señora Harrow. —Contando los años, tengo treinta y cinco, no ocho, ¿sabe?

—Actúa como joven —insistió la señora Mills—. Pero todos estamos esperando su próximo cumpleaños, y ahora tendremos a Lady Jessica para planear una fiesta especial para usted.

—Ella le da mucha importancia a celebrar todo. —Sonrió—. Estoy seguro de que le encantará.

—Prepararé el carruaje —decidió Lewis. Lo miró de arriba abajo—. Quizás debería cambiarse. También debería llevarle flores. Recogeré sus favoritas para que se las lleve.

Gideon se quedó boquiabierto mientras Lewis salía apresuradamente de la casa. ¿Cómo diablos sabía su hombre cuáles eran las flores favoritas de Jessica?

—¡Tenemos tanto que hacer antes de que llegue el día feliz! —dijo la señora Harrow—. Necesitaremos airear todas las habitaciones, pulir la mejor plata de la casa en preparación para la boda.

—Su excelencia organizará el desayuno, pero estoy segura de que ustedes, los recién casados, organizarán una o dos cenas después —sugirió la señora Mills—. Ayudaré revisando el contenido de la bodega y puliendo la cristalería. A ella le gusta el jerez con la cena, ¿verdad?

Asintió lentamente. —Entonces las dejo con eso.

—Eso sería lo mejor. —Las damas lo instaron hacia la escalera—. Vaya, querido, y cámbiese a ropa más adecuada para cortejar. Cuando la vea, dele nuestros más cálidos saludos a Lady Jessica.

Se dirigió a su dormitorio para cambiarse un poco aturdido, pero miró la cama al pasar.

Gideon no podía retroceder ahora. No cuando él y Jessica habían hecho el amor anoche. La había disfrutado demasiado, y estaba seguro de que Jessica lo había disfrutado a él por completo.

En cierto sentido, era tanto un canalla como Lord James podría parecer.

Gideon se vistió con especial cuidado, llevando un chaleco azul debajo de su traje oscuro porque Jessica había mencionado muchas veces que le gustaba verlo de azul, y luego bajó para ver si el carruaje estaba listo.

El señor Lewis tenía el coche listo en la entrada, con las señoras Mills y Harrow susurrándole. El hombre silbó y luego le sonrió a Gideon.

Gideon se dirigió hacia él con paso firme. —¿Ha recogido flores?

—Sí, en efecto. Están esperando en el banco delantero.

Echó un vistazo al interior, observando con deleite el enorme ramo que Lewis había recogido. El hombre conocía bien las favoritas de Jessica: margaritas, rosas y lavanda. Se ajustó los guantes y se acomodó el sombrero con más firmeza en la cabeza. Tomó las riendas y subió al carruaje.

El señor Lewis mantuvo sujeta la cabeza del caballo, y su sonrisa se volvió pícara. —Si me permite decirlo, señor, ha hecho una sabia elección. Lady Jessica es la única para usted.

—Estoy de acuerdo —se despidió rápidamente de Lewis. Pero mientras conducía hacia Stapleton Manor, se le ocurrió que últimamente Lewis solo sonreía cuando se mencionaba a Jessica. Y fruncía mucho más el ceño cuando la señora Beck estaba cerca. De hecho, el mal humor de Lewis había comenzado a principios de mes, poco después de que le presentaran a la señora Beck en el funeral del difunto señor Grieves. Miró por encima del hombro—. Vaya, que me aspen. El viejo debía estar preocupado de que me casara con la mujer equivocada.

Volvió a dar un latigazo con las riendas sobre la grupa del caballo y partió con brío hacia Stapleton Manor. Normalmente, habría recorrido a pie la corta distancia, pero ya no creía tener el derecho de ir y venir caminando.

Redujo la velocidad del carruaje al girar por el camino circular y fue recibido por el señor Brown y un mozo de cuadra en las escaleras.

—Me alegro de verle de nuevo, señor Whitfield —exclamó el mayordomo, sonriendo como si su rostro fuera a partirse.

—Hola, Brown —mantuvo su respuesta comedida, pero su anticipación iba en aumento. Era imposible mantener secretos en una casa de este tamaño. Lo más probable es que Brown ya supiera que estaba interesado en casarse con Jessica. Gideon pensó que podría estar contento por ello; de lo contrario, el viejo se habría comportado de manera mucho menos amistosa—. ¿Cómo está la familia hoy?

—Bien. Bien. Lord Newfield partió hace una hora.

—Ah —dijo, encantado de oír que la pareja se había marchado—. Qué lástima.

Brown le instó a entrar. —La duquesa le está esperando —explicó.

—¿La duquesa? Ya veo. Por supuesto —frunció el ceño, sin embargo. Su visita no estaba planeada. La esposa del duque no había sido partícipe de ninguna de sus conversaciones con su marido. Con su salud tan delicada, apenas habían hablado esta última semana. Stapleton seguramente ya le habría informado de la petición de Gideon. Sin duda debía estar decepcionada con él. En realidad, había prometido mantener las distancias con Jessica la pasada Navidad, aunque en ese momento no fuera un pretendiente. Debía parecer que había roto esa promesa tan pronto como Jessica regresó de Londres soltera. Lo más probable es que estuviera a punto de ser reprendido.

Brown le condujo a una habitación en la que raramente había pasado tiempo, una estancia algo estrecha e íntima más allá de la opulencia del salón blanco. La habitación estaba bañada en una luz suave, llena de cojines y cómodas sillas acolchadas. Parecía que la nueva duquesa había elegido su propio salón por comodidad más que para impresionar a quienes la visitaban.

Hizo una profunda reverencia, pero mantuvo oculto tras la espalda el ramo de flores para Jessica.

La duquesa estaba sola, con una labor de costura en las manos. Le estudió durante unos largos y dolorosos momentos y luego dio unas palmaditas en el cojín a su lado. —Ven a sentarte junto a mí, Gideon.

Respiró hondo y cruzó la habitación. —Gracias.

Ella sonrió al notar las flores en su mano. —¿Qué voy a hacer contigo?

Frunció el ceño y dejó las flores a un lado. —Sé que debe estar muy enfadada conmigo. Estoy seguro de que...

—Querido, ¿crees que estoy enojada contigo?

La miró con brusquedad. —¿No lo está?

—Por supuesto que no —se inclinó hacia él—. También sé que Jessica no decidió de repente besarte porque quisiera convencer a Lord James de que tenía competencia. No olvides que ahora conozco muy bien a mi hija.

Su corazón se aceleró, pero se mantuvo en silencio.

—Lord Newfield se marchó enfadado esta mañana, y todos nos alegramos mucho de verle partir. Estoy agradecida por la distracción que tu cortejo con Jessica ha proporcionado a mi marido.

—No se me permite cortejar a Jessica.

—Eso dice el duque ahora, pero no nos mintamos el uno al otro. Es bastante obvio que estás involucrado en un cortejo a sus espaldas —negó con la cabeza—. Vi su expresión devastada cuando su padre se negó a invitarte a cenar esta noche.

—No podía mantenerme alejado —tragó saliva—. Jessica sabe lo que siento por ella. No voy a abandonar la persecución como el duque claramente espera que haga.

—Tampoco creo que Jessica se deje persuadir fácilmente para alejarse de usted, señor —la duquesa se rio—. Como ambos sabemos, Jessica tiene una mente propia. Le adora. Siempre lo ha hecho.

—Ambos sabemos que hay otras consideraciones. Jessica merece mucho más que casarse con un simple caballero de modestos medios.

La duquesa hizo un sonido de descontento. —Cuando finalmente se anuncie que van a casarse, el tamaño de su fortuna y la falta de título no serán importantes. Cuando la familia vea cómo ella le sonríe, y usted a ella, creerán que es un matrimonio por amor y se alegrarán por ambos. Pero hasta que llegue ese día, es importante que todos crean que la reputación de Jessica está por encima de todo reproche.

—Yo nunca haría nada... —comenzó, pero la duquesa levantó la mano.

—Nunca fue usted quien me preocupaba. Conozco su corazón, Gideon Whitfield. He sabido de sus sentimientos por Jessica desde hace mucho tiempo. Jessica, sin embargo, a veces puede ser impetuosa y a menudo actúa sin pensar en las consecuencias de sus aventuras —suspiró—. Todo lo que le pido es que continúe protegiéndola lo mejor que pueda.

—Siempre lo haré —prometió.

—Bien. Ahora, encontrará a Jessica en el salón con la señora Warner. Según los deseos de mi marido, deben estar acompañados en todo momento, y me disculpo por ese obstáculo innecesario en su cortejo. Mi esposo siempre ha sido sobreprotector con su hija menor, como ya habrá notado —dijo—. Jessica no tolerará sus mimos por mucho tiempo. Nunca soporta estar encerrada. No tiene idea de lo infeliz que fue en Londres.

—Algo. A Jessica le encanta la libertad de ir y venir. Pero... —Gideon se humedeció los

labios—. Debo decir que es un gran alivio saber que usted apoya la unión y no desea arrojarme un tiesto.

—Aún hay tiempo —sonrió la duquesa, y él se dio cuenta de que solo le estaba tomando el pelo—. ¿Cómo podría pensar en hacerle daño cuando Jessica ha estado flotando por todos lados casi desde el momento en que lo volvió a ver? Usted la hace muy feliz, y eso es todo lo que quiero para ella.

—Gracias.

La duquesa hizo un gesto hacia la puerta.

—Ahora váyase. No se deje desanimar por los modales bruscos de mi marido. Siempre es lento para cambiar.

Gideon hizo una reverencia.

—Haré todo lo posible por convencer al duque de los beneficios tan pronto como pueda — recogió su ramo de flores y se dirigió hacia el salón.

Gideon entró en la habitación y se le cortó la respiración. Dios mío, estaba a punto de comprometerse con la criatura más hermosa que existía. Ni siquiera la presencia ceñuda de la señora Warner podía disminuir el alocado palpitar de su corazón.

Jessica llevaba un bonito vestido azul, con el cabello recogido en un elegante peinado. Pero fue su sonrisa de bienvenida lo que lo atrajo a cruzar la habitación.

—Buenas tardes, Lady Jessica. Señora Warner.

Jessica hizo una reverencia, y él se inclinó y luego le entregó las flores.

—Señor Whitfield. Son preciosas —cuando Jessica levantó la mirada, la expresión en sus ojos era definitivamente lujuriosa.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Gideon tomó la mano de Jessica entre las suyas. —Me alegro de que te gusten.

—Son perfectas, como tú —susurró Jessica.

—Por favor, bésala de una vez antes de que se desmaye —refunfuñó Rebecca.

—¿Desmayarse? —preguntó Gideon, observando el aspecto de Jessica. Su respiración parecía muy acelerada y sus mejillas se estaban tornando rosadas lentamente.

Jessica se inclinó hacia él para susurrar: —¿Cómo puede alguien vivir con esta sensación?

—¿Estás bien? —susurró Gideon.

—Nunca he estado mejor —le susurró ella en respuesta—. Es solo que no puedo olvidar lo de anoche.

—Yo tampoco.

La señora Warner le quitó las flores de las manos a Jessica. —Haré que las pongan en un jarrón. Padre está siendo ridículo con todo esto.

—Gracias —dijo Jessica cuando su hermana salió de la habitación—. Fue muy considerado de su parte darnos algo de privacidad.

—Sí, bastante sorprendente en realidad. —Jessica se acercó aún más, pero él frunció el ceño —. Será mejor que nos comportemos, sin embargo.

—Por ahora —accedió ella.

Gideon tomó el codo de Jessica con su palma y la guio hacia el asiento de la ventana. —Es una pésima carabina. Tu padre no estará contento cuando se entere de que nos dejó solos.

—Oh, creo que es perfecta. Además, ella sabe que me amas.

—En efecto. —Acunó el rostro de Jessica—. Más de lo que jamás pensé que podría amar a alguien. Pero he arriesgado tu reputación más de lo que pretendía.

—No más de lo que yo misma he hecho. Te pedí que me besaras, y quiero más —susurró ella. Se acercó un poco más—. Siempre he odiado esperar para verte. Deberías haber venido a Londres con nosotros.

—Estabas ocupada —le recordó él.

—Conociendo hombres inadecuados. Cazafortunas. —Echó un vistazo hacia la puerta y se movió una pulgada más en su dirección.

Gideon apretó sus manos juntas entre sus rodillas. No deberían estar solos, pero había cosas que necesitaba contarle a Jessica sobre su vida que requerían precisamente esta privacidad. —¿Cuál es tu primer recuerdo de mí?

—No lo sé. —Frunció el ceño, mirando sus manos—. Supongo que sosteniendo tu mano. La mía era diminuta entonces.

Él alcanzó la suya ahora, deslizando la palma de ella sobre la suya. Todavía había una considerable disparidad entre ellas a pesar de que ella había crecido. Siempre la habría. —He sido amigo de tu padre durante mucho tiempo, pero primero fui amigo de tu hermano. ¿Recuerdas eso?

Ella apretó su mano con fuerza. —No has seguido siendo amigo de ellos. ¿Discutieron?

—No. Ellos siempre pertenecieron a un grupo más joven. Nos distanciamos como les sucede a muchos hombres. —Sonrió rápidamente—. Mi primer recuerdo de ti fue unos meses después de tu nacimiento. Después de que muriera tu madre. Vine de visita y te oí llorar en la guardería. La casa estaba en cierto alboroto en ese momento, y pensé que tu familia podría estar contigo, así que subí a la guardería. Tus hermanas estaban allí, Fanny y Rebecca. Estaban discutiendo sobre tu cuna, y tú estabas sentada allí sollozando.

—Nunca había oído esta historia antes.

Ella parecía tan preocupada que él se apresuró a tranquilizarla. —Termina bien. Los sirvientes no estaban por ninguna parte, así que te tomé en brazos y dejaste de llorar. Recuerdo que fue muy repentino, y te aferraste a mí y no quisiste que te volviera a dejar. Así que te mantuve en mis brazos para mantenerte feliz. Fanny y Rebecca se fueron enfurruñadas, y fui a buscar al duque contigo.

—Tu padre no había estado lidiando bien con la pérdida de tu madre, me di cuenta, pero él era tu padre y responsable de ti. Así que le recriminé por dejarte llorar durante tanto tiempo. Estaba bastante enojado en ese entonces. Pensaba que todos los padres eran criaturas crueles y egoístas.

Jessica lo miró fijamente. —¿Qué hizo él?

—Nada de lo que esperaba. Te habías quedado dormida en mis brazos, de hecho, mientras yo estaba ocupado regañándolo. No me conocías, pero de alguna manera confiaste en mí desde el principio, y Stapleton no podía dejar de mirarnos. Su silencio me molestó, y lancé algunas acusaciones más sobre negligencia, embriaguez, y le advertí que si no empezaba a ser tu padre, te llevaría a casa y te cuidaría yo mismo. Eso captó su atención. Me ordenó que me quedara donde estaba. Todavía te tenía en mis brazos, y una vez que mi furia inicial se calmó, esperé, temblando, a que el duque volviera para azotarme por mi impertinencia.

—Padre nunca azotaría a nadie —prometió ella.

—Bueno, en ese momento no sabía eso de él. *Mi* padre lo había hecho por menos, así que pensé que mantenerte en mis brazos el mayor tiempo posible era la única forma de retrasar una paliza que merecía.

—Nadie merece ese trato —susurró Jessica.

—Cuando el duque regresó casi una hora después, tus hermanas habían sido desterradas a habitaciones separadas durante la semana siguiente, algunos miembros del personal habían recibido órdenes de marcharse y el duque, más sensato de lo que había sido quizás en meses, prometió que dejaría de beber ese mismo día. Me pidió que te devolviera y me juró que nunca más te descuidaría.

—Eso es tan dulce.

—Fue hace mucho tiempo. Tu padre empezó a invitarme a cenar después de eso, principalmente creo que para que no estuviera solo. Jess, he velado por ti desde la distancia durante tanto tiempo que se ha convertido en un hábito. Te dejé contarme tus secretos y los guardé, incluso de él, pero nunca pude contarte los míos. Eras demasiado joven.

Ella pareció sorprendida por eso. —¿Qué secretos podrías tener que yo no pudiera saber ya?

—Mi padre me golpeaba cuando era niño. Generalmente sin motivo. También lastimaba a mi

madre. Tenía dieciséis años cuando le devolví el golpe.

—Bien —Su expresión cambió a una de molestia—. ¿Es por él que nunca confiaste en amar a alguien?

—Le rompí la nariz y el brazo en esa pelea, Jessica. Perdí completamente los estribos, pero nunca volvió a golpearme, ni lastimó a mi madre hasta el día en que ella murió.

—Me alegro.

Él frunció el ceño. —No pareces sorprendida.

—En realidad no lo estoy. Vi su retrato cuando era joven y me asustó. Desde entonces he oído algunas cosas que confirman que mi presentimiento sobre él era correcto. Era un hombre frío, cruel, pero tú no eres como él. Te lastimarías a ti mismo antes de lastimar a tu esposa o a tus hijos.

—No hay garantías de que no termine siendo como él.

—Ese es un riesgo que cualquiera que realmente te amara estaría feliz de correr —Apoyó su cabeza en el hombro de él—. ¿No decidimos la otra noche que somos un equipo, Giddy? Queremos las mismas cosas.

—¿Una vida tranquila en el campo y conversaciones sobre hongos durante la cena?

Jessica suspiró. —¡Qué podría ser mejor!

Él sonrió. Ella realmente lo hacía feliz. Lo hacía imaginar que un gran futuro podría ser suyo si estaba dispuesto a dejar de lado sus miedos. Jessica conocería su carácter mejor que nadie, también.

Le besó la parte superior de la cabeza. —Mi ángel, mi tormento, mi corazón.

Desafortunadamente, el Duque de Stapleton eligió ese momento para irrumpir en la habitación.

Miró dos veces cuando vio a Gideon, y sus ojos se entrecerraron aún más cuando divisó a Jessica acurrucada junto a él. El duque se irguió, pero luego perdió la compostura lo suficiente como para gritar: —¿Qué te dije sobre estar a solas con él?

Sin quedarse atrás, Jessica apretó los labios con terquedad mientras se incorporaba. —Tú y Gillian estaban a solas todas las noches antes de que siquiera soñaras con pedirle matrimonio.

—Gillian era viuda. Tú eres una inocente.

Ya no tan inocente, y eso era su culpa por no hacer las cosas correctamente desde el principio.

Jessica soltó una risita. —¡No va a ultrajarme en tu sala de estar!

Gideon le dio unas palmaditas en la mano antes de que se dejara llevar en su defensa y soltara la verdad. Ciertamente no la ultrajaría aquí, en la casa de su padre. Preferiría esperar hasta que estuvieran en Quigley Hill de nuevo, donde pudieran tomarse su tiempo. Se vería muy bien, desnuda y jadeante, extendida sobre su diván de cuero o la mesa del comedor, donde él podría deleitarse con ella. —Podemos hablar en otro momento.

—¿Te refieres a cuando encaje en el horario de su gracia? No, no voy a esperar ni un día más para que te destierre de nuevo. Tiene que empezar a compartirte; ¡de lo contrario, seré una solterona para cuando me permita tenerte! —Jessica besó a Gideon en los labios—. Es *mi* turno de convencerlo, Giddy.

—No te excedas con esto —le advirtió, pero no pudo contener una sonrisa. Realmente era algo cuando se enfadaba.

—Llegaré tan lejos como sea necesario para tenerte —le advirtió ella.

Se enfrentó a su padre, y no era la primera vez que Gideon sentía lástima de que el duque se interpusiera en su camino. Después de dieciocho años de Jessica manejando a su familia, era

sorprendente que el duque tuviera la fortaleza suficiente para resistir incluso tanto tiempo.

—No estás siendo razonable —le dijo al duque.

—No me contestes, hija. Te encerraré en tu habitación si no te comportas —amenazó su padre.

—Pensé que podrías decir eso —Dirigió una mirada triste a su padre, y su labio inferior tembló—. ¿No quieres que sea feliz?

—Por supuesto que sí —Pero de repente el duque sonaba mucho menos seguro de sí mismo.

Jessica se volvió hacia Gideon, y él vio lágrimas en sus ojos. Falsas, decidió. —Me van a encerrar, Giddy, y me harán muy infeliz.

Gracias al cielo que había aprendido a entender sus trucos hace años. —Eso parece.

—¿Te fugarás conmigo?

Gideon se puso de pie y se alisó el chaleco. —Ya hablamos de esto. Preferiría no comenzar nuestro matrimonio con un escándalo.

Ella se apoyó contra él, abriéndose paso entre sus brazos, ignorando los balbuceos de su padre. —Puede que no tengamos opción. Te amo demasiado como para dejarte ir sin luchar.

Gideon le acarició la mejilla con los dedos. —Yo también te amo, pero si él dice que no podemos casarnos, no lo haremos.

—Bueno, yo estoy a favor de crear un escándalo —anunció, y luego se dirigió hacia la puerta con aire desafiante—. Voy a hacer las maletas —gritó a todo pulmón.

Gideon se pellizcó el puente de la nariz. Cada sirviente en la Mansión Stapleton debería haber oído ese comentario, o lo habrá hecho al caer la noche.

El duque la miró boquiabierto. —¿Las maletas?

—Le juro que no me la estoy llevando —prometió Gideon mientras se sentaba de nuevo.

Cuando levantó la vista, Stapleton lo miraba con el ceño fruncido. —Lo he tenido todo mal desde el principio, ¿no es así? No es Jessica quien necesita protección —Los ojos de Stapleton se abrieron de par en par—. Eres tú. De *ella*.

—No diría que necesito protección —murmuró Gideon, pero luego hizo una mueca. No le molestaba el hábito de Jessica de besarlo, pero hacerlo frente a su padre no era bueno para el temperamento de Stapleton, obviamente. Gideon se aclaró la garganta—. Tendrá que dejar ir a Jessica eventualmente.

El duque se pasó la mano por la boca, con los ojos abiertos de par en par.

—Ella dijo que te besó. Al principio no quería creerle. Y luego Rebecca advirtió que se había vuelto reservada y que no se la podía encontrar después de la cena. Y esta mañana me dijo que...

—¿Qué le dijo?

Pero el duque no respondió. Fue por el brandy, sirvió una copa, la bebió y luego sirvió otra. No le ofreció una a Gideon, y se quedó de pie sorbiendo la segunda, mirando hacia afuera.

Gideon se aflojó un poco la corbata, sin saber qué haría o diría el duque a continuación.

El duque se movió repentinamente, sirviendo brandy en otra copa y llevándosela a Gideon. Le extendió la copa.

—Bebe esto. Como un hombre recién casado al siguiente, necesitarás mantener la cabeza fría una vez que unas tu nombre y corazón a una Westfall.

Tomó la bebida ofrecida, decidiendo que esa era toda la bendición que recibiría jamás.

—¿Cuándo será la boda?

El duque apuró su copa.

—En un mes. Haré que se publiquen las amonestaciones mañana.

Gideon sonrió.

—Gracias, su gracia.

—No te atrevas a agradecerme, no me llames *su gracia*... ni se te ocurra llamarme *papá*, tampoco. Estás robando a mi hija, y ella *quiere* ser robada.

—Como usted prefiera —murmuró, encontrando graciosa la situación—. Por el lado positivo, no me la llevaré muy lejos. Estoy seguro de que podría verla todos los días si lo desea. ¿Puedo ver a Jessica para darle la noticia?

Aunque el duque refunfuñó, tiró de la campana e hizo que un sirviente sonriente fuera a buscar a Jessica. Ella entró bailando en la habitación de puntillas, directamente a su lado, y le besó la mejilla.

—¿Lo hemos convencido o nos fugamos?

—No nos fugamos, pero tu comportamiento podría haberlo decidido a nuestro favor.

Ella se volvió.

—Realmente quiero casarme con él.

Su padre suspiró.

—¿Realmente pensabas fugarte si no podías casarte con él?

—Mencioné que era una opción, pero Giddy, por supuesto, se negó de inmediato —dijo Jessica, haciendo una mueca—. Es demasiado correcto para eso, y sabía que querría que mi familia estuviera en nuestra boda. Ha sido bastante sensato y complaciente con todas mis peticiones hasta ahora. Creo que será un marido admirable y un yerno para ti.

Su padre alzó el rostro al cielo.

—No estoy seguro de tener la fuerza para hacer esto de nuevo.

Jessica se rio.

—Pobre papá.

Gideon tocó el hombro de Jessica, atrayendo su atención de vuelta hacia él. Cuando sus ojos se encontraron, sintió una certeza sobre su lugar en el mundo y al lado de Jessica. Gideon no se interpondría entre padre e hija. No tenía que hacerlo, ya había encontrado su lugar, aunque quedaba una cosa por decir para hacer que su decisión de casarse fuera absolutamente oficial.

Se arrodilló allí mismo y tomó su pequeña mano entre las suyas.

—Lady Jessica Westfall. Me sentiría honrado todos los días de mi vida si aceptara mi cortejo y me considerara como su esposo.

El duque emitió un sonido inarticulado y se dio la vuelta.

Jessica le sonrió, con lágrimas brillando en sus ojos.

—Pensé que nunca lo preguntarías.

—No podría haber nadie más que tú.

—Lo sé. Nunca permitiría que nadie se interpusiera entre nosotros —Jessica sonrió radiante e hizo ademán de levantarlo—. Por supuesto que me voy a casar contigo. Nos pertenecemos el uno al otro.

Gideon se puso de pie rápidamente. Le acarició la mejilla, secó las lágrimas que se aferraban a sus pestañas y luego sacó un anillo de su bolsillo que tenía un pequeño zafiro. Se lo deslizó en su delgado dedo, encontrándolo perfectamente ajustado.

—Querida Jess.

—¿Este era el anillo de tu madre?

Él asintió.

—Ella te habría amado.

Se besaron para sellar su promesa mutua, con la mano de Jessica aferrada a la suya.

Se separaron cuando el ruido del duque aclarándose la garganta se volvió tan fuerte que era

distractor.

—¡Está bien! —refunfuñó el duque, limpiándose la cara con un pañuelo.

Jessica lo miró con asombro.

—¿Tú también estabas llorando, papá?

—Por supuesto que no. Maldita sea, hay mucho polvo aquí —gruñó Stapleton, e hizo un espectáculo de sonarse la nariz—. Tendré que hablar con el ama de llaves al respecto.

Gideon ocultó una sonrisa. No se dejaba engañar ni un poco.

—Entonces, ¿qué quiso decir con su arrebato?

—Arreglaré una licencia especial para que puedan casarse antes, solo dejen de hacer eso mientras estoy en la habitación.

Jessica envolvió los brazos de Gideon a su alrededor.

—Le propusiste matrimonio a Gillian frente a un testigo. La señora Hawthorne dijo que fuiste terriblemente romántico. ¿Qué hay de malo en ser afectuoso con quien amas?

Demasiadas cosas para nombrarlas ahora. Su padre podría haber aprobado el matrimonio, pero podría pasar mucho tiempo antes de que se sintiera cómodo con ello.

—¿Estás segura de que deberías seguir provocándolo?

—Completamente segura —Jessica sonrió—. Ignoré bastante porque vi lo feliz que Gillian lo hacía cuando estaban juntos.

—Los alentamos, amor —susurró Gideon en su oído, haciéndola estremecer—. Hay una diferencia.

—Sabía que debería haberlos mantenido separados después del invierno pasado —refunfuñó de nuevo el duque—. ¿Cuánto tiempo ha estado pasando esto bajo mis narices?

Gideon se enderezó. No podía recordar un momento en que la felicidad de Jessica no hubiera significado más para él que la suya propia. No había una fecha en la que se hubiera *enamorado* de ella. Simplemente lo estaba—. Me gustaría empezar a mentirle ahora, si no le importa.

Jessica soltó una risita cuando su padre se quedó boquiabierto. Besó a Gideon una vez más antes de salir corriendo de la habitación, diciendo—: ¡Tengo que contarles a Gillian y Rebecca las buenas noticias!

Hubo un gran silencio después de su partida, luego el duque se volvió hacia él—. ¿Qué otras peticiones te ha hecho mi hija? —exigió, con el vaso a medio camino de sus labios.

—Creo que cuanto menos sepa, más fácil dormirá por la noche —murmuró Gideon.

Cuando el duque abrió la boca y la cerró de nuevo, Gideon tomó un sorbo de su bebida. El pobre hombre parecía estar todavía aturdido. Con el tiempo, aceptaría que su hija había crecido. Jessica se había convertido en una mujer audaz y apasionada. Le gustaba todo de ella. Estaba mirando hacia el futuro de una manera que nunca antes había hecho.

El duque se aclaró la garganta y Gideon volvió a mirarlo. El duque sonreía ampliamente y luego le guiñó un ojo—. Perdóname. Rechazarte fue lo más difícil que he hecho jamás. Tenía que estar seguro.

Gideon alzó las cejas—. ¿Me estaba poniendo a prueba?

El duque asintió—. Su determinación más que la tuya. Solo llevamos una semana de vuelta y ambos parecían poco inclinados a casarse hasta ahora. Pero tenías razón sobre ella desde el principio. Cuando se decidió por un marido, no perdió el tiempo en reclamarte para sí misma y de manera bastante vocal, además.

Gideon sonrió—. Recibió la charla de siete personas diferentes, ¿sabe? Tantas malas ideas metidas en su cabeza —advirtió.

—Ya veo. —El duque metió el dedo bajo su corbatín y tiró de él—. Sabes, si vamos a

mantener una buena relación, *tendrás* que mentirme. Hay cosas que no necesito saber sobre tu relación con mi hija. Bienvenido a la familia.

—Gracias. —Gideon ocultó una sonrisa mientras añadía—: Padre.

La expresión de sorpresa del duque fue absolutamente impagable—. *Eso* tampoco. Puedes dirigirte a mí como siempre lo has hecho. Nicolas bastará cuando estemos a solas.

Y eso estaba bien para Gideon.

ACERCA DEL AUTOR

La autora de best sellers de USA Today, Heather Boyd, cree que cada personaje que crea merece su propio final feliz, sin importar los problemas que les haga pasar. Con ese objetivo en mente, escribe romances apasionantes que bordean los límites del decoro para mantener cautivados a los lectores hasta altas horas de la madrugada. Heather ha publicado más de cincuenta novelas románticas de regencia y obras más breves llenas de atrevidas seducciones y distinguidos pícaros. Vive al norte de Sydney, Australia, con su marido, sus hijos y un señor supremo de cuatro patas.

Obtenga más información sobre Heather en:

www.Heather-Boyd.com

